

Borges

EL JUDAISMO E ISRAEL

EDICIÓN ESPECIAL 70 AÑOS DE AMISTAD ISRAEL-ARGENTINA

Borges

EL JUDAISMO E ISRAEL



70 AÑOS
JUNTOS

REEDICIÓN SEFÁRDICA N 6. "BORGES: el JUDAÍSMO e ISRAEL"
Edición No Comercial

Editor Responsable: EMBAJADA DE ISRAEL EN ARGENTINA
Av. De Mayo 701. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
+5411 3724 4500
buenosaires.mfa.gov.il
Redes sociales: ISRAEL EN ARGENTINA

Editor Responsable de la primera edición: CIDICSEF
Salguero 758. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
+5411 4861 0686

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina. Printed in Argentina

ISBN N° 978-987-28337-1-8

Reimpresión. Buenos Aires, Marzo de 2019

Ilustración de tapa: Sebastián Domenech

AGRADECIMIENTOS

MARIA KODAMA

ARCHIVO DE LA TELEVISION PUBLICA DE ISRAEL

ARCHIVO GENERAL DE LA NACION – EMILIO PERINA

BIBLIOTECA NACIONAL DE REPUBLICA ARGENTINA
MARIA LAURA ROSATO Y GERMAN ALVAREZ

FUNDACION INTERNACIONAL JORGE LUIS BORGES

FUNDACION RAOUL WALLENBERG – BARUJ TENENBAUM

LIC. MARTIN HADIS

MARCELA GOLDIN

MUNICIPALIDAD DE JERUSALEN

SOCIEDAD HEBRAICA ARGENTINA – GERARDO MAZUR

THE BEN GURION RESEARCH INSTITUTE FOR THE STUDY OF ISRAEL AND ZIONISM

UNIVERSIDAD BEN GURION

EL APOORTE DE MATERIAL GRAFICO A: DIARIO CLARIN, DIARIO LA NACION,
ALEJANDRO VACCARO, AMANDA ORTEGA Y PEDRO ROTH

ÍNDICE

Cronología General	pág.13
Cronología Especial	pág.18
Prólogo Especial . Por María Kodama	pág.21
Prólogo a la 1° Edición . Por el CIDICSEF	pág.25
Prólogo a la 2° Edición . Por Isidoro Blaisten	pág.27

ISRAEL

EN LA OBRA DE BORGES

Sus tres mil años	pág.36
Una tierra viva	pág.37
A israel	pág.39
Israel	pág.40
Borges y David Ben Gurión: una relación marcada por la admiración a los griegos y a la cultura judía	pág.41
Cartas con Ben Gurion	pág.44
Israel, 1969	pág.47
Acevedo	pág.50
No podemos imaginar la cultura sin israel	pág.52
“Estaba seguro de mi fervor por la causa de Israel”	pág.53
“Mi preocupación por la existencia de Israel”	pág.58

“Borges...un argentino no judío que usó la puerta sefaradita para entrar en la cultura judía”

Edna Aizenberg

Conferencia de Borges en la
Sociedad Hebrea Argentina

EL JUDAÍSMO

EN LA OBRA DE BORGES

Yo, Judío	pág.66
Judería	pág.68
Prólogo al libro “Mester de judería”	pág.69
Grünberg llevó un acento nuevo a la poesía judía	pág.74
¿Por qué se interesa Borges por el judaísmo?	pág.77
“Sin Israel nosotros no existiríamos”: La diáspora sefaradí y los orígenes de Borges	pág.86
El mundo judío de Borges	pág.94
Borges: Tan universal y particular como el pueblo odiado-amado	pág.110

LA CÁBALA

EN LA OBRA DE BORGES

La Cábala	pág.120
Fascinación por la cábala	pág.133
Borges, las palabras genesíacas	pág.144
El significado cabalístico del nombre JLB	pág.155
El universo es un gran libro	pág.158
Bibliografía acerca de Borges y la Cábala	pág.160

SPINOZA

EN LA OBRA DE BORGES

Baruch Spinoza	pág.164
Spinoza	pág.165
Las Traslúcidas manos del judío	pág.166
“La filosofía es la meditación de la vida”	pág.171
Spinoza, el más querido de los filósofos”	pág.176

SEFARAD

EN LA OBRA DE BORGES

Cansinos eligió su destino	pág.180
Borges conoce el Talmud, la Cábala y la Gnosis	pág.181
De la diversa Andalucía	pág.182
1965: Borges integrante de un centro de estudios sefarditas	pág.183
Poemas de Borges en la “lengua del paraíso”	pág.184
Borges. De Sefarad a Israel	pág.185

EL GOLEM

EN LA OBRA DE BORGES

El Golem (Texto)	pág.196
El Golem (poema)	pág.199
El Golem (fragmento de reportaje)	pág.202
En esos lugares germinó una increíble teología	pág.204
El nombre impronunciable	pág.206

EL TEMA JUDÍO**EN LOS REPORTAJES A BORGES**

pág.209

“Todos de alguna manera somos griegos y judíos”

pág.210

“Tengo también una gota de sangre judía,
como todo el mundo”

pág.215

Borges y su origen sefaradí

pág.216

PÁRRAFOS SELECTOS**DE LA OBRA DE BORGES**

pág.219

Testimonio Argentino: Israel

pág.220

Una vindicación de Israel

pág.222

Agnón: La memoria viviente de este pueblo admirable

pág.224

El Reflejo

pág.228

Manifiesto de la gente de arte

pág.229

Gerchunoff: El estilo de su fama

pág.230

El libro de Job

pág.231

Elegía

pág.237

El Aleph

pág.238

Génesis IV,8

pág.239

Una pedagogía del odio

pág.240

“Bastaba con volcar el agua, el vino y la sal”

pág.242

“Henrich Heine”

pág.243

Historia de los ecos de un nombre

pág.245

**CRONOLOGÍA
GENERAL****BORGES****1899:**En Buenos Aires, el 24 de Agosto,
nace Jorge Luis Borges.**1907:**Escribe su primer relato:
La Víspera fatal.**1908:**Traduce del inglés el cuento “El
Príncipe Feliz” de Oscar Wilde.**1914:**Viaja a Europa con su familia,
acompañado por su abuela
materna. Conoce París y luego se
instala en Ginebra, Suiza.Jorge Luis ingresa en el Colegio de
Ginebra fundado por Calvino.**1915:**Jorge Luis lee autores franceses:
Voltaire, Baudelaire, Flaubert,
Maupassant, Rimbaud; e ingleses:
Carlyle, Chesterton.**1918:**La familia se traslada a vivir a
Lugano. Aprende el idioma alemán
con un volumen de Heine y lee
a Schopenhauer, Meyrink y los
poetas expresionistas alemanes.
Se recibe de Bachiller.**1919:**La familia viaja a España, primero a
Barcelona y después a Mallorca.En Palma escribe dos libros que
no serán publicados nunca! LOS
RITMOS ROJOS (poemas de elogio
a la revolución bolchevique) y
LOS NAIPES DE TAHUR (cuentos).
En Sevilla toma contacto con el
movimiento literario ultraísta.

1920:

Permanece en Madrid. Publica poemas, ensayos y traducciones en varias revistas.

1922:

Funda con Macedonio Fernández la primera revista PROA (1922-1923).

1923:

Borges realiza su segundo viaje a España. Visita Londres, París. Pasa por Palma y Sevilla, instalándose en Madrid.

1925:

Luna de enfrente. Cuaderno San Martín (1925-1929), Inquisiciones.

Por intermedio de Güiraldes conoce a Victoria Ocampo. Más tarde conocerá a Silvina, con la que mantendrá relaciones amistosas hasta el final de su vida.

1926:

El tamaño de mi esperanza.

1928:

El idioma de los argentinos. Conoce al poeta Alfonso Reyes, embajador de México en Buenos Aires.

1929:

Cuaderno San Martín.

1932:

Discusión

Por esta fecha conoce a Adolfo Bioy Casares, que se convertirá en colaborador y compañero de su producción literaria.

1933:

Las Kenningar. Comienza a colaborar como asesor literario del diario "Crítica".

1935:

Historia universal de la infamia.

1936:

Historia de la eternidad.

1937:

Otras inquisiciones (1937-1932).

1941:

El jardín de los senderos que se bifurcan.

1943:

Poemas (1922-1943).

1944:

Ficciones (1933-1944).

1946:

Dos fantasías memorables (con A. Bioy Casares).

Un modelo para la muerte. Por haber firmado algunas declaraciones antiperonistas, Borges se ve destituido de su puesto en la Biblioteca Municipal.

Es nombrado director de la revista Anales de Buenos Aires.

1947:

Nueva refutación del tiempo.

1950:

Aspectos de la literatura gauchesca

Borges ocupa la cátedra de literatura inglesa en la Asociación Argentina de Cultura Inglesa. Se acentúa su interés por la antigua literatura anglosajona.

1953:

Martín Fierro (con Margarita Guerrero).

1955:

Los orilleros. El paraíso de los creyentes (con Bioy Casares).

Leopoldo Lugones (con Betina Edclberg). La hermana de Eloísa (con L. Mercedes Levinson).

Borges es nombrado director de la Biblioteca Nacional. Es nombrado también miembro de la Academia Argentina de Letras.

1956:

Análisis del último capítulo del Quijote.

Profesor de literatura inglesa en la Universidad de Buenos Aires.

Recibe un doctorado. "honoris causa" por la Universidad de Cuyo.

Se le concede el Premio Nacional de Literatura.

1960:

La poesía gauchesca. El hacedor.

1961:

Antología personal.

Comparte con Samuel Beckett el Premio Formentor.

El Gobierno italiano le concede el título de Commendatore; visita por primera vez los EE.UU.

1964:

Obra poética (1923-1964)

Invitado por el Congreso por la Libertad de la Cultura, vista la RFA, en compañía de María Esther Vázquez. La UNESCO le invita a asistir a la celebración en homenaje a Shakespeare, en París. Viaja después a Inglaterra, Estocolmo y Copenhague.

De regreso a Argentina pasa por España para conocer Santiago de Compostela.

1965:

Literaturas germánicas medievales.

Leopoldo Lugones (23. edición aumentada).

Para las seis cuerdas.

Introducción a la Literatura Inglesa (con María Esther Vázquez).

Visita Perú en compañía de María Esther Vázquez. Recibe varias condecoraciones: La insignia de caballero de la muy distinguida Orden del Imperio Británico; Medalla de Oro del IX Premio de Poesía de la ciudad de Florencia; Orden del Sol del Gobierno de Perú. Viaja también a Colombia y Chile.

1967:

La literatura fantástica

Crónicas de Bustos Domecq.

Libro de los seres imaginarios (con M.Guerrero).

1969:

Elogio de la sombra

Borges viaja a Israel y a EE.UU.

1970:

El informe de Brodie.

Borges se divorcia de Elsa Astete.

En Brasil recibe el Premio Literario Interamericano.

1971:

Borges viaja EE.UU y Europa. Recibe el Premio Jerusalén. Recibe un doctorado «honoris causa» por la Universidad Oxford.

1974:

Les autres (con A. Bioy Casares).

1975:

La rosa profunda.

El libro de arena

Prólogos.

Borges es nombrado director de la

colección Biblioteca de Babel.

Muere su madre, Viaja a EE.UU con María Kodama.

1976:

Cosmogonías.

La moneda de hierro.

Qué es budismo (con Alicia Jurado).

1977:

Historia de la noche.

Adrogué.

Rosa y azul.

Laberintos.

Nuevos cuentos de Bustos Domecq (con A.Bioy Casares).

Nuevo viaje a Europa. Recibe un doctorado «honoris causa» por la Sorbona.

1978:

Breve Antología Anglosajona.

1979:

Borges oral.

Sonetos a Buenos Aires

Recibe Medalla de Oro de la Academia Francesa y la Orden del Mérito de la República Federal Alemana, Visita Japón con María Kodama.

1980:

Siete noches.

Nuevo viaje a EE.UU. En España el Premio Cervantes se reparte entre Borges y Gerardo Diego.

1981:

La cifra

Borges recibe un doctorado «honoris causa» en Harvard.

1982:

Nueve ensayos dantescos.

Atlas.

1983:

25 de agosto de 1983 y otros cuentos.

Visita España en compañía de María Kodama.

Participa en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y recibe la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.

1985:

Los conjurados

1986:

En Ginebra, el 14 de junio, muere Jorge Luis Borges.

CRONOLOGÍA ESPECIAL

El Judaísmo e Israel en la Obra de Borges

MARIO E. COHEN



1926:

Publica el libro *El Tamaño de mi Esperanza* (en varios artículos toca el tema judío).

1934:

Aparece el artículo *Yo, Judío*.

1940:

Publica el Prólogo al libro *Mester de Judería*, de Carlos M. Grünberg.

1944:

Aparece *Artificios* (incluye entre otros el cuento “*La Muerte y La Brújula*”) escrito en 1942.

1949:

Aparece “*El Aleph*”.

1958:

Escribe el poema “*El Golem*”. Aparece el prólogo de Jorge Luis Borges en la Revista SUR (totalmente dedicada a Israel).

1964:

Aparece “*El Otro, El Mismo*” (incluye entre otros “*Una llave en Salónica*”; “*El Golem*”; “*París 1856*”; “*Rafael Cansinos Asséns*”, “*Spinoza*”, “*España*”).

1967:

Publica en *Davar* Nro. 112— A ISRAEL y en *Davar* Nro. 114 — ISRAEL

Aparece “*Conferencias del ICAI*”. Incluye las Conferencias de Borges; El Libro de Job y Baruj Spinoza.

Firma con otros intelectuales y escritores una solicitada en favor de Israel.

1969:

Viaja a Israel y se entrevista con David Ben Gurión. Cumple 70 años y los escritores argentinos le rinden un homenaje en acto público realizado en la Sociedad Hebraica Argentina.

Aparece el poema ISRAEL 1969 en “*Elogio de la sombra*” que incluye además los poemas “*A Israel*” e “*Israel*” ya adelantados en *Davar*.

1971:

Recibe el Premio Jerusalem.

1972:

Miembro del Museo Judío de Buenos Aires.

1973:

Firma, con otros escritores e intelectuales, una solicitada en favor de Israel.

1974: Borges habla en la Sociedad Hebraica Argentina en el festejo de los primeros veinticinco años de Davar (Davar Nro. 125).

1976:

Publica el Libro “La Moneda de Hierro” (incluye entre otros poemas, “El Inquisidor”, “A Manuel Mujica Lainez”, “Baruch Spinoza”).

1980:

Aparece el Libro “Siete Noches” que incluye la Conferencia La Cábala dictada el 26 de julio de 1977 en el Teatro Coliseo de Buenos Aires.

1981:

Escribe el Prólogo para el libro de Rafael Cansinos Asséns “El Candelabro de los siete brazos” (publicado en 1986 por Alianza Editora).

1986:

Publica “Los Conjurados” en el que incluye “ELEGÍA dedicada al amigo judío de Borges de su juventud, Abramowicz (había sido escrita en 1984).

PRÓLOGO ESPECIAL

BORGES E ISRAEL

MARÍA KODAMA

Hablar sobre Borges e Israel... ¿qué puedo aportar yo que no haya sido ya objeto de atención por distintos investigadores? Conocemos toda su definida posición durante los penosos años de la segunda guerra mundial, y la persistente crítica que ejerció sobre esa barbarie nazi que tanto le dolía a él, que había aprendido alemán para leer a los filósofos y a los escritores, y que había llorado cuando advirtió que, sin darse cuenta, había leído todo un poema de Heine sin la habitual ayuda del diccionario. Todos hemos leído -o algunos leeremos- sus conferencias sobre Spinoza -el más puro de los filósofos- sobre El libro de Job, sobre Agnon. Y los poemas dedicados a Israel y a su obligado andar -con el doloroso destierro de Una llave en Salónica-, provocan esa emoción tan particular sin la cual, para Borges, no había poesía, porque el verso debe provocar una emoción casi física, debe sentirse como la cercanía del mar o el amor de una mujer, decía.

Y, sin embargo, cómo transmitir ahora, aquí, su presencia, la suavidad de su voz de poeta, cuando me contaba lo que sintió al pisar esa tierra de Israel que le brindaba el misterio de sus raíces, hundidas más allá del polvo de los siglos, que le abría las puertas de su cultura milenaria, en un regreso a su lejana infancia deslumbrada por la memoria de Fanny Haslam, su abuela inglesa, cuya voz recitando versículos bíblicos le había anticipado tantas veces, ese respeto hecho de maravilla y de nostalgia que el hombre que fue aquel niño, sentía de nuevo, ante los sonidos de esa extraña lengua hebrea, que no había podido aprender pero que, de algún modo era suya.

Tan lejano y tan familiar le era todo. Volvía a su adolescencia, a su amistad con Abramowicz y Jichlinsky, sus compañeros de clase, allá en Ginebra. Con ellos había jugado entonces al truco, improvisado maestro, y cuando los dejó camino a España, siguió escribiéndose con Abramowicz, el más apasionado por la literatura. En una de sus cartas, le contaba a su amigo lo alegre que se sintió al leer que, según el historiador Ramos Mejía, los Ace-

vedo tenían origen judío: “Je ne sais trop comment célébrer ce ruisseau de scing israelite qui coule dans mes veins...” (Yo no sé cómo celebrar este hilo de sangre israelita que corre por mis venas).

Recuerdo lo feliz que era cuando se acercaba el fin de alguna gira de conferencias por Europa y se aproximaba el momento de pasar una semana en Ginebra donde se reencontraría con sus amigos. En el bar, discutían como entonces e intercambiaban sus novedades.

Borges ha dicho en distintas oportunidades, que la amistad es una pasión que honra a los argentinos y sé que sus palabras eran el espejo de esa realidad ideal, donde se reencuentran los espíritus de los hombres de bien.

A veces, también recuerdo aquel día, cuando nos volvimos a sentar en el lugar habitual en Ginebra, todos, menos Abramowicz que ya no estaba. Y con todo... se escuchaba una canción griega y no sentimos su ausencia; mágica sensación de su presencia, allí, entre nosotros, con Borges, su amigo. Y después, en otro lugar, los versos pensados después, sentidos después de ese poema que suelo releer porque me devuelve aquello, sin tiempo, con nosotros, allí. Lo llamó

MÚSICA GRIEGA

Mientras dure esta música,
seremos dignos del amor de Helena de Troya.

Mientras dure esta música,
seremos dignos de haber muerto en Arbela.

Mientras dure esta música,
creeremos en el libre albedrío,
esa ilusión de cada instante.

Mientras dure esta música,
sabremos que la nave de Ulises volverá a Itaca.

Mientras dure esta música,
seremos la palabra y la espada.

Mientras dure esta música,
seremos dignos del cristal y de la caoba,
de la nieve y del mármol.

Mientras dure esta música,
seremos dignos de las cosas comunes que ahora no lo son.

Mientras dure esta música,
seremos en el aire la flecha.

Mientras dure esta música,
creeremos en la misericordia del lobo y en la justicia de los justos.

Mientras dure esta música,
mereceremos tu gran voz Walt Whitman.

Mientras dure esta música,
mereceremos haber visto, desde una cumbre,
la tierra prometida.

Jorge Luis Borges

No en vano sostuvo Borges que “todos, de alguna manera, somos griegos o judíos”. de esa, su visita a la tierra prometida, queda en su biblioteca un libro sobre la cábala dedicado por su autor -Guershon Scholem- a Borges.

Por otra parte, su gran amistad con Alfonso Reyes, entonces diplomático destacado por su país en la Argentina, comenzó durante una visita a una casa de amigos comunes, cuando Reyes mencionó a Agnon, lo que provocó la exclamación de Borges -¡Ud. ha leído a Agnon!- después de lo cual, la timidez del joven escritor desapareció, ante el inesperado hallazgo de alguien con quien podía hablar del cuentista al que le dedicó, años después, una conferencia. Pero escuchemos lo que dijo de un cuento de este

creador en quien reconocía la influencia de los cuentos jasídicos: “He aquí aquel hermoso cuento “Ido y Einam”, surcado de misterios y simbolismos. Es la extraña historia de un erudito a quien le son reveladas noventa y nueve palabras de un idioma desconocido. Creo que son noventa y nueve también los nombres de Dios, fuera del centésimo, Tetragramatón, que es infalible. En ese cuento, aunque de un modo indirecto, está insinuada la leyenda del Golem, del hombre credo mediante palabras sagradas por un cabalista de la judería de Praga”.

Esa leyenda del Golem que leyó en la novela de Meyrink, “esa inolvidable novela que reúne el ámbito onírico de Alicia detrás del espejo con un palpable horror que no he olvidado al cabo de los años”, escribió en el prólogo de un volumen de la “Biblioteca de Babel”. ¿Cómo no lo iba a fascinar aquel torpe muñeco, aquel homúnculo creado por el mago al que vio en sus versos de “El Golem”? Estaba allí su preocupación de siempre, la busca de los límites del poder creador del verbo y el reconocimiento del abismo insalvable entre la palabra sagrada y la humana, aunque esta sea el verbo del poeta, del hacedor que, pese a todo, no es The Maker.

Y en este desfile desordenado de imágenes donde se mezclan mis recuerdos con mis lecturas, también se me presenta el mejor traductor en castellano -según Borges- de las Mil y una noches, el sabio Rafael Cansinos Assens, allá, reunido con los jóvenes ultraístas de los años veinte, todos los sábados, en el café Colonial de Madrid. Cansinos Assens según Borges relataba, se había convertido al judaísmo.

Sí, Borges siempre estuvo ligado a ese pueblo de Israel por los lazos de la amistad, de los textos bíblicos tan transitados desde la infancia, por el deslumbramiento ante esa cultura milenaria, profunda y ligera, tan grave y tan sin énfasis.

Pero ¡caramba! -diría él en esta ocasión- yo no merezco tanto, esta reunión tan linda con todos ustedes en la Feria del Libro de mi Buenos Aires.

Y yo sé que todos nosotros no estaríamos esta vez de acuerdo con él: la prueba de ello es la reimpresión de este libro que nos habla de esa larga amistad entre un creador de la lengua castellana y el pueblo unido para siempre al mayor de los libros, el de la escritura divina.

Gracias a todos, por haberme invitado a recordar con ustedes, a alguien tan admirado y tan querido por ustedes y por mí.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICION

La aparición del presente número adquiere características especiales.

Es una antología de la obra del gran Jorge Luis Borges en relación con Israel, lo judío en general y lo sefaradí en particular.

No nos mueve un falso orgullo o un pretendido ligamen de privilegio con este gran maestro de la literatura. Nos une la realidad y la realidad es que el interés por lo judío nace en Borges a través de su amor a Sefarad, indagando en sus ancestros judeo-españoles; a través de su admiración por Rafael Cansinos Asséns y por los sabios medievales, por la Cábala, por Spinoza, por las víctimas de la Inquisición y por lo fantástico de la conjunción de la razón y la fe.

La muerte del genial argentino nos exige un homenaje y así lo hacemos. Sin objetivo comercial, simplemente un homenaje.

Pero debemos destacar que SEFÁRDICA se ocupó del autor del ALEPH en vida del mismo. El número III nos trajo un trabajo de Ricardo Adúriz al respecto (“LOS SEFARDITAS Y EL ORIENTE EN LA OBRA POETICA DE BORGES”).

Por todo ello se ha cambiado en esta entrega la tradicional diagramación de SEFÁRDICA de diverso contenido por otra de unidad temática.

Pero esta antología específica no agota el tema, tan sólo es la base y el incentivo de futuros trabajos.

Continuamos, de esta manera, con la idea de una publicación que representa un constante desafío de la memoria frente al olvido, de lo ancestral lanzado hacia el futuro, de la vigencia de nuestro tiempo.

Por todo ello agradecemos profundamente a nuestros tradicionales lectores y a los nuevos, a las instituciones y a los investigadores que creen en nosotros.

CIDICSEF

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

LA SUPREMA PALABRA

ISIDORO BLAISTEN

La idea de este libro es una idea feliz. Se trata de una obra colectiva que comienza con un homenaje de la revista Sefárdica al más grande prosista en lengua castellana de este siglo.

Un número de homenaje a Jorge Luis Borges, que se convierte, merced a la calidad de sus colaboradores, en un hecho singular, en un libro singular.

Un libro que constituye una felicidad inesperada para todos los borgeanos, donde se analiza hasta las últimas consecuencias un tema poco frecuentado en las numerosas biografías: Borges y su relación con el judaísmo. El solo hecho de agrupar casi todo lo que Borges escribió sobre el tema es de una inestimable ayuda y proyecta una luz nueva y excitante acerca de esta relación.

Borges se acerca a las grandes religiones a través de la palabra, a través de la literatura (como se acerca a todas las cosas de este mundo).

Borges se declara agnóstico, se confiesa ateo, se dice no creyente y, sin embargo, escribe sobre Buda, escribe sobre el I-Ching, escribe sobre la Biblia.

El hecho de circunscribir todo lo que Borges ha escrito sobre el judaísmo e Israel, agruparlo, comentarlo y ordenarlo, ha configurado por parte de los que hicieron ese número extraordinario de la revista Sefárdica, año III, número 6, un hecho literario. Pero, además, y quizá sin proponérselo, han constituido un sistema.

Sabido es que constituir un sistema requiere antes que nada, y sobre todo,

situarse en un único punto de vista. Un sistema de organización de una biblioteca puede hacerse por autores, por fechas, por países, por abecedario, todo eso es factible. Pero hay que elegir un único punto de vista. Una sola de esas diferentes posibilidades. No se pueden mezclar.

Esto, mágicamente, es lo que ha sucedido con este volumen. Se ha constituido un corpus literario.

El prólogo a la primera edición destaca con claridad y humildad los propósitos de homenaje:

“La aparición del presente número adquiere características especiales.

Es una antología de la obra del gran Jorge Luis Borges en relación con Israel, lo judío en general y lo sefaradí en particular.

No nos mueve un falso orgullo o un pretendido ligamen de privilegio con este gran maestro de la literatura. Nos une la realidad y la realidad es que el interés por lo judío nace en Borges a través de su amor a Sefarad, indagando en sus ancestros judeo-españoles, a través de su admiración por: Rafael Cansinos Asséns, y por los sabios medievales, por la Cábala, por Spinoza, por las víctimas de la Inquisición y por lo fantástico de la conjunción de la razón y la fe.

La muerte del genial argentino nos exige un homenaje y así lo hacemos. Sin objetivo comercial, simplemente un homenaje”.

El trabajo, sólido y contundente, de Edna Aizenberg rastrea en la infancia de Borges y vislumbra el acercamiento de Borges al pueblo del Libro a través del libro: la Biblia. Aquella Biblia que la abuela inglesa, Fanny Haslam, se sabía de memoria.

Entrañable como siempre, con humor y amor, Bernardo Ezequiel Koremblit traza un informe de su amigo. Una semblanza emotiva por donde desfilan Ilka Kupkin, Marechal, Shakespeare, Chesterton, Baudelaire y la Sociedad Hebraica Argentina. Allí, en el despacho de Koremblit, en la redacción de Davar, Borges, al dejar la Biblioteca Nacional, trabajó todas las tardes durante veinte meses. El trazo inconfundible de Koremblit aborda las cuestiones más serias con la sonrisa en los labios.

BORGES, EL MISTERIO DE LA PALABRA.

José Luis Najenson, en el trabajo que primitivamente denominó “Borges, ese misterio de la palabra”, con sagacidad y precisión dice:

“Borges no era judío ni cabalista, pero envidió ambas pesadas cargas...

En cambio, resulta difícil encontrar en su creación literaria -y menos en su personalidad- manifestaciones propiamente judías. Este artículo interesantísimo indaga en la Cábala, en la extraordinaria relación de alguien que no sabía una palabra de hebreo, y en las inesperadas puertas que abre Borges con su poema “El Golem”.

El trabajo de Ricardo Adúriz es notable. Es la Opinión de un cristiano que reconoce su agradecimiento a Borges por haberle descubierto el deslumbrante mundo sefaradí.

“Debo a Borges (quiero decir: a su obra, que son casi lo mismo) el descubrimiento del orbe sefardita, del mundo judeo-español, del que provenía por línea materna; ese esplendor hebraico que, en mi opinión - como alguna vez quedó escrito en sefárdica-, tiembla y yace vivo entre los varios temas hispánicos por los que su poesía, contrariamente a lo que se supone, mostró una constante predilección.

Delfín Leocadio Garasa establece la primera relación entre la Cábala y el admirable cuento “La muerte y la brújula”, y dictamina con lucidez:

“No debe olvidarse que para algunos la Kabbalah fue otorgada al hombre conjuntamente con el lenguaje, ya que nombrar es una forma de creación. Borges se sintió atraído por la secreta creencia de la mística judía en la combinación de letras que deletrean el nombre de Dios”.

La letra y Dios, la fascinación por la Cábala, el pensamiento de que “La Biblia no es ya un libro, es una biblioteca, una literatura entera” es la esencia de la traducción del artículo de L’Herne, “Fascination de la Kabbale”, donde se lee:

“La Cábala siempre sedujo a los pensadores cristianos. Que algunos de sus aspectos hayan seducido también a Borges no es algo sorprendente. Se advierte, sin embargo, en ese desarrollo, que la reflexión de Borges va más allá de lo que se conoce comúnmente como literatura fantástica”.

Un extraordinario aporte es el del poeta José Isaacson. Se llama “Borges, las palabras genesíacas, las palabras cabalísticas”, y a través de Borges explica con rigor y belleza esa relación que es puramente verbal. La transcripción de algunos párrafos nos muestra y nos demuestra que es la palabra “única, fiel, irremplazable”, como dice Isaacson la que lo llevará a sentirse atraído más por la Cábala que por el Génesis.

“Frente a la cosa multiforme, indefinible, traidora, la palabra única, fiel, irremplazable. Con una fe en las virtudes de la página escrita y una pasión por la precisión, Borges se lanza a la gran aventura y trata de asomarse al mundo de las cosas desde el mundo de las palabras, lo que nos explica la atracción que siente por la Cábala”.

“Por eso Borges será atraído por la Cábala antes que por el Génesis. Porque Borges no intenta inventar ni reinventar el mundo. Sólo quiere comprender algo de lo que sucede y finge comprenderlo. Mientras finge, enhebra versos, relatos, fragmentos del espejo que por algún punto del laberinto lo acompañan”.

“A pesar de las ocasionales manifestaciones, más verbales que íntimamente aceptadas, Borges ha sido siempre fiel a la búsqueda de los nombres que condujeran al Nombre. La Cábala, entonces más que una meta, nos propone un camino. Que puede ser un laberinto, una región en que el Ayer pudiera ser el Hoy, el Aún y el Todavía”.

EL MUNDO, UN INMENSO ALFABETO

Cuando, en 1986, Marcos Ricardo Barnatán escribe “El significado cabalístico del nombre Jorge Luis Borges”, quizás no imaginó que, cabalísticamente, exactamente diez años después, él, Barnatán, iba a publicar una de las mejores biografías que se han escrito sobre Borges, y que se llama Borges, biografía total.

Para el lego, el artículo de Barnatán, especialista en la Cábala, es toda una lección. Aplicando los tres métodos fundamentales: Gematría, Notarikón y Temurá, las tres llaves cabalísticas de interpretación, Barnatán, cabalista cabal, deja al lector suspendido. El lector se sorprenderá de lo que está leyendo, sentirá un confuso escozor, un cierto sobrecogimiento, que le

hará sentir que la Cábala no es tan inocente como parece. Ningún hecho poético lo es.

George Steiner, uno de los críticos más importantes del siglo XX. nos brinda una inquietante explicación de una metáfora: el universo es un gran libro, el mundo es un inmenso alfabeto.

“Si, como los poetas ciegos, pasamos la yema de los dedos por el filo viviente de las palabras -palabras españolas, palabras rusas, palabras arameas, sílabas pronunciadas por un cantante en la China-, sentiremos en ellas el suave latido. De una gran corriente que late desde un centro común sentiremos la palabra final hecha con todas las letras y las combinaciones de letras de todas las lenguas y que es el nombre de Dios”.

Después, el libro se interna en El Golem” en la obra de Borges.

La transcripción de este hermoso poema provoca un nuevo artículo de Marcos Ricardo Barnatán, que analiza cabalísticamente los 18 cuartetos de ese poema extraordinario, “tan mimado por Borges”, como dice Barnatán.

Se transcribe también parte de una conversación con el poeta Roberto Alfano, extraído de su libro Conversaciones con Borges, en la cual Alfano le recuerda su iniciación juvenil en el idioma alemán, su descubrimiento del libro El Golem de Gustav Meyrink que años más tarde lo llevaría a escribir su poema “El Golem”, el enorme asombro que le produjo en esos años el contacto con el idioma alemán y el arrebató mágico que le produjo ese libro.

Un nuevo apartado es referido al poema “A Spinoza. Comienza con un análisis, verso a verso, hecho por Jaime Barylko, donde ilumina con su conocida capacidad didáctica el arduo cristal y el claro laberinto.

En el reportaje de Osvaldo Ferrari, Borges dice que Spinoza quedó solo, que Bertrand Russell dice que quizá la filosofía de Spinoza no sea invariablemente convincente pero que no puede negarse que de todos los filósofos el más querible es Spinoza.

Después, el libro está surcado por la gracia infinita de muchos textos de Borges, donde el lector encontrará piezas maestras como las conferencias sobre “La Cábala”, “El libro de Job”. “Agnón”, “Baruj Spinoza”, o artículos

memorables como “Historia de los ecos de un nombre”. Encontrará, en fin, maravillosos poemas como “Rafael Cansinos Asséns”, “Una llave en Salónica”, “A Spinoza” o “París, 1856”, dedicados a Enrique Heine, y dos estupendos fragmentos de una disertación sobre Gerchunoff.

Esta no es más que una aproximación a esta obra. Pero creo que la lectura de este libro nos deja una lección y una enseñanza. Una estupenda lección de literatura y la posibilidad de entender, de renovar el deleite de la relectura de algunos textos magistrales de Borges, pero esta vez con un sentido: el descubrimiento de que el acercamiento de Borges a Israel y al judaísmo fue, es y será a través de la palabra. Esa palabra que él convirtió en felicidad.



ISRAEL

EN LA OBRA DE BORGES

SUS TRES MIL AÑOS

JORGE LUIS BORGES

No hay en el mundo entero una ciudad que haya sido tan anhelada como Jerusalén. Sus treinta siglos podrían inspirar un libro mágico, una suerte de larga epopeya mágica, cuyas casi infinitas páginas rescatarían no sólo los hechos históricos que guardan los archivos y que conmemoran la fama sino lo que sintieron y soñaron, secretamente, las generaciones de cautiverios y las generaciones de la diáspora. Jerusalén es una gran copa donde se han decantado y acumulado los sueños, las vigiliyas, las oraciones y las lágrimas de quienes no la vieron nunca, pero sintieron hambre y sed de ella.

Esto no es una fábula. Esto lo he sentido en Jerusalén.



Inédito. Colaboración de Bernardo Ezequiel Koremblit que los editores de Se-fárdica agradecen profundamente

UNA TIERRA VIVA

JORGE LUIS BORGES

A principios de 1969, pasé diez días muy emocionantes en Tel Aviv y Jerusalén como invitado del Gobierno de Israel. Volví con la convicción de haber estado en la más antigua y la más joven de las naciones, de haber venido de una tierra viva, alerta, a un rincón medio dormido del mundo. Desde mis días ginebrinos, siempre he estado interesado en la cultura judía, considerándola una parte integral de nuestra así llamada civilización occidental, y durante la guerra árabe-israelí de hace algunos años inmediatamente tomé partida. Mientras el resultado todavía no estaba asegurado, escribí un poema sobre la batalla. Una semana más tarde, escribí otro sobre la victoria. Por supuesto, a la hora de mi visita, Israel todavía era un campamento armado. Allí, a orillas de Galilea, me acordaba de estos versos de Shakespeare: “Aquellas tierras que pisaron los sagrados pies / clavados, hace mil cuatrocientos años, / para nuestra salvación, / en la amarga cruz.”

Early in 1969, invited by the Israeli government, I spent ten very exciting days in Tel Aviv and Jerusalem. I brought borne with me the conviction of having been in the oldest and the youngest of nations, of having come from a very living, vigilara land back to a half-asleep nook of the Since my Genevan days, I had always been interested in Jewish culture, thinking of it as an integral part of our so-called Western civilization, and during the Israeli-Arab war of a few ye-ars back I found myself taking immediate sides. While the the outcome was still uncertain, I wro-te a poem of the battle. A week after, i wrote another on the victory. Israel was, of course, stlf and armed camp at the time of my visa. There, along the shores of Galilee, I kept recalling these fines from Shakespeare: “Over whose acres walk’d those blessed feet, / Which, fourteen hundred years ago, were nail’d, / For our advantage, on the bitter cross.” (“Autobiographical Essay”, 257.)

Citado por: EDNA AIZENBERG, El Tejedor del Aleph, 1986, pag. 67, Altale-na.

A ISRAEL

JORGE LUIS BORGES

¿Quién me dirá si estás en el perdido
 Laberinto de ríos seculares
 ¿De mi sangre, Israel? ¿Quién los lugares
 Que mi sangre y tu sangre han recorrido?
 No importa. Sé que estás en el sagrado
 Libro que abarca el tiempo y que la historia
 Del rojo Adán rescata y la memoria
 Y la agonía del Crucificado.
 En ese libro estás, que es el espejo
 De cada rostro que sobre él se inclina
 Y del rostro de Dios, que en su complejo
 Y arduo cristal, terrible se adivina.
 Salve, Israel, que guardas la muralla
 De Dios, en la pasión de tu batalla.

“Elogio de la sombra” (1969) anticipado por Davar Nro. 112 1967



Borges en el Mar de Galilea, Israel



Borges en las proximidades del Mar Muerto, Israel

ISRAEL

JORGE LUIS BORGES

Un hombre encarcelado y hechizado,
 un hombre condenado a ser la serpiente
 que guarda un oro infame,
 un hombre condenado a ser Sherlock,
 un hombre que se inclina sobre la tierra
 y que sabe que estuvo en el Paraíso,
 un hombre viejo y ciego que ha de romper
 las columnas del templo,
 un rostro condenado a ser una máscara,
 un hombre que a pesar de los hombres
 es Spinoza y el Baal Shem y los cabalistas,
 un hombre que es el Libro,
 una boca que alaba desde el abismo
 la justicia del firmamento,
 un procurador o un dentista
 que dialogó con Dios en una montaña,
 un hombre condenado a ser el escarnio,
 la abominación, el judío, un hombre lapidado, incendiado
 y ahogado en cámaras letales,
 un hombre que se obstina en ser inmortal
 y que ahora ha vuelto a su batalla,
 a la violenta luz de la victoria,
 hermoso como un león al mediodía.

*Poesía adelantada en Davar Nro. 114, 1967.
 "Elogio de la sombra" (1969).*

BORGES Y DAVID BEN GURIÓN:

UNA RELACIÓN MARCADA POR LA ADMIRACIÓN A LOS GRIEGOS Y A LA CULTURA JUDÍA

POR MARTÍN HADIS

La visita de Benjamín Netanyahu en septiembre de 2017 fue la primera que realizó a la Argentina un primer ministro israelí en funciones. Pero tuvo un antecedente por demás notable: la visita que realizó David Ben Gurión, quien ejerció el cargo de Primer Ministro de Israel entre 1948 y 1954, y luego nuevamente entre 1955 y 1963. Ben Gurión llegó a Buenos Aires en 1969. Su viaje tuvo un objetivo por demás curioso: dictar un seminario sobre el filósofo Baruch Spinoza junto a Jorge Luis Borges.

Según Recuerda Baruj Tenembaum: "en el seminario dieron conferencias el Padre Horacio Moreno, el doctor León Dujovne, Ben Gurión y otros, mientras yo coordinaba todas las sesiones y traducía todos los discursos del hebreo al castellano y del castellano al hebreo. También hubo conferencias en idish de Samuel Rollansky"

UNA RELACIÓN POR CARTA

La relación entre Jorge Luis Borges y Ben Gurión había comenzado hacía ya algunos años, a través de un intercambio epistolar. Afortunadamente esas cartas, hasta hoy inéditas, se conservan en el archivo del Instituto Ben Gurión en Israel. El 16 de Octubre de 1966, Borges, ya ciego, dicta estas líneas:

A David Ben Gurión

De mi alta estima:

Las vicisitudes del hombre son incalculables y muchas; yo no querría que éstas me impidieran decirle, siquiera por escrito, la larga admiración que su obra múltiple ha suscitado en mí. Acaso usted no ignore la afinidad que siempre he sentido por su admirable pueblo. He estudiado con singular dedicación la mente de Espinoza, he aprendido el alemán en la obra de Heine, he procurado penetrar a través de las páginas de Buber y de Scholem en el orbe insondable de la cábala y de los Hasidim. Creo asimismo que más allá de los azares de la sangre, todos somos griegos y judíos.

Espero continuar alguna vez este iniciado diálogo con usted. Muy respetuosamente lo saluda,

Jorge Luis Borges

s/c Maipú 994 Buenos Aires

La misiva de Borges fue recibida en Israel y traducida diligentemente al hebreo; Ben Gurión la leyó y escribió inmediatamente una respuesta también en hebreo, que fue luego traducida al español:

“Al distinguido Señor Jorge Luis Borges.

Le agradezco profundamente su carta. De la Embajada de Israel en Buenos Aires oí mucho sobre su personalidad, sus magníficas obras, y su actitud hacia Israel y su herencia espiritual. De su carta veo que, por lo menos, en un detalle, me parezco a usted: en la admiración a Grecia y la sabiduría judía. Sería para mí un gran placer, si usted podría visitar nuestro país, y encontrarnos en mi hogar, en el Kibutz Sde-Boker en el Neguev. Con mucho aprecio, sinceramente, David Ben Gurión”

La grafía de “oí” y “sobre” no se debe a errores, sino que responde a la gramática y la ortografía del judeoespañol, una indicación de que esta car-

ta fue traducida del hebreo al castellano por alguien del entorno de Ben Gurión que usaba esa “dulce lengua” (seguramente Yitzhak Navon).

Además de ser considerado el padre fundador del moderno estado israelí, David Ben Gurión fue un gran políglota y un hombre sumamente erudito. Su biblioteca personal se conserva hasta hoy día: consta de 20.000 libros, escritos en inglés, hebreo, latín, turco, francés, alemán, ruso y griego antiguo; la mayoría de ellos sobre temas tales como historia, culturas y religiones (entre estos, varias biblias). El gran escritor argentino y el premier israelí tenían –como es evidente– muchos intereses en común.

Borges aceptó gustoso la invitación de Ben Gurión y el gobierno israelí, y a comienzos de 1969, para citar sus propias palabras “pasé diez días emocionantes en Tel Aviv y Jerusalén.” A su regreso, afirmó que venía de visitar “la más vieja y al mismo tiempo la más joven de las naciones”. Seis meses más tarde, es decir a comienzos de Junio de ese mismo año Ben Gurión devolvió la cortesía de Borges y visitó Buenos Aires por única vez, y por pocos días. Durante su estadía, Ben Gurión estuvo acompañado por las autoridades de Casa Argentina en Israel, entre ellos Baruch Tenembaum. La relación de Jorge Luis Borges con Israel continuó; en 1971 viajó a recibir el Premio Jerusalén, otorgado por la municipalidad de esa ciudad. Ese premio, afirmó Borges, tenía para él un significado íntimo, porque dice: Siempre me he sentido ligado a Israel, desde la infancia”. En una entrevista, Borges afirma: “Creo que mi pasión por Israel procede de mi abuela inglesa. Ella era protestante, lo cual quiere decir que era lectora de la Biblia [...] Es decir que yo me he criado un poco en un ambiente bíblico, que es decir en un ambiente judío”. Este vínculo entre Borges e Israel duró toda su vida y quedó plasmado en numerosos poemas, cuentos y ensayos; los interesados pueden consultar otros artículos de este volumen que Borges documenta abundante y detalladamente esa relación. Basten aquí a modo de ejemplo y clarificación las siguientes afirmaciones. Cuando el periodista Oved Sverdlik le preguntó a Borges acerca de la presencia del tema judío en su obra, el autor de Ficciones contestó: “Quizás eso provenga de haber descubierto, entre mis antepasados, nombres como Acevedo o Pinedo, que como usted seguramente no ignora eran familias judeoespañolas que se encontraron entre los primeros habitantes de Buenos Aires. Pero incluso, aunque este hecho no existiera, yo quiero reiterar lo que ya dije en varias oportunidades: es imposible imaginarse la

civilización occidental sin los judíos y sin los griegos”, una afirmación que expande la misma idea presente en su misiva a Ben Gurión y que estaba ya presente en un ensayo que Borges escribió en 1934: “Si pertenecemos a la civilización occidental, entonces todos nosotros, a pesar de las muchas aventuras de la sangre, somos griegos y judíos”

Buenos Aires Octubre 16/1966

Dr David Ben-Gurion.

De mi alta estima:

Las vicisitudes del hombre son incalculables y cambiantes; yo no quisiera que estas me impidieran decirle que he leído con admiración y con entusiasmo su obra, la larga admiración que su obra ha merecido en mí. Acaso usted no ignore la afinidad que siempre he sentido por un admirado pueblo. He estudiado con singular dedicación la mente de Spinoza, he aprendido el alemán en la obra de Heine, he procurado penetrar a través de las páginas de Dürer y de Sabotem en este insondable de los católicos y de los fascistas, heo aionismo que más allá de los azules de la sangre todos somos griegos y judíos.

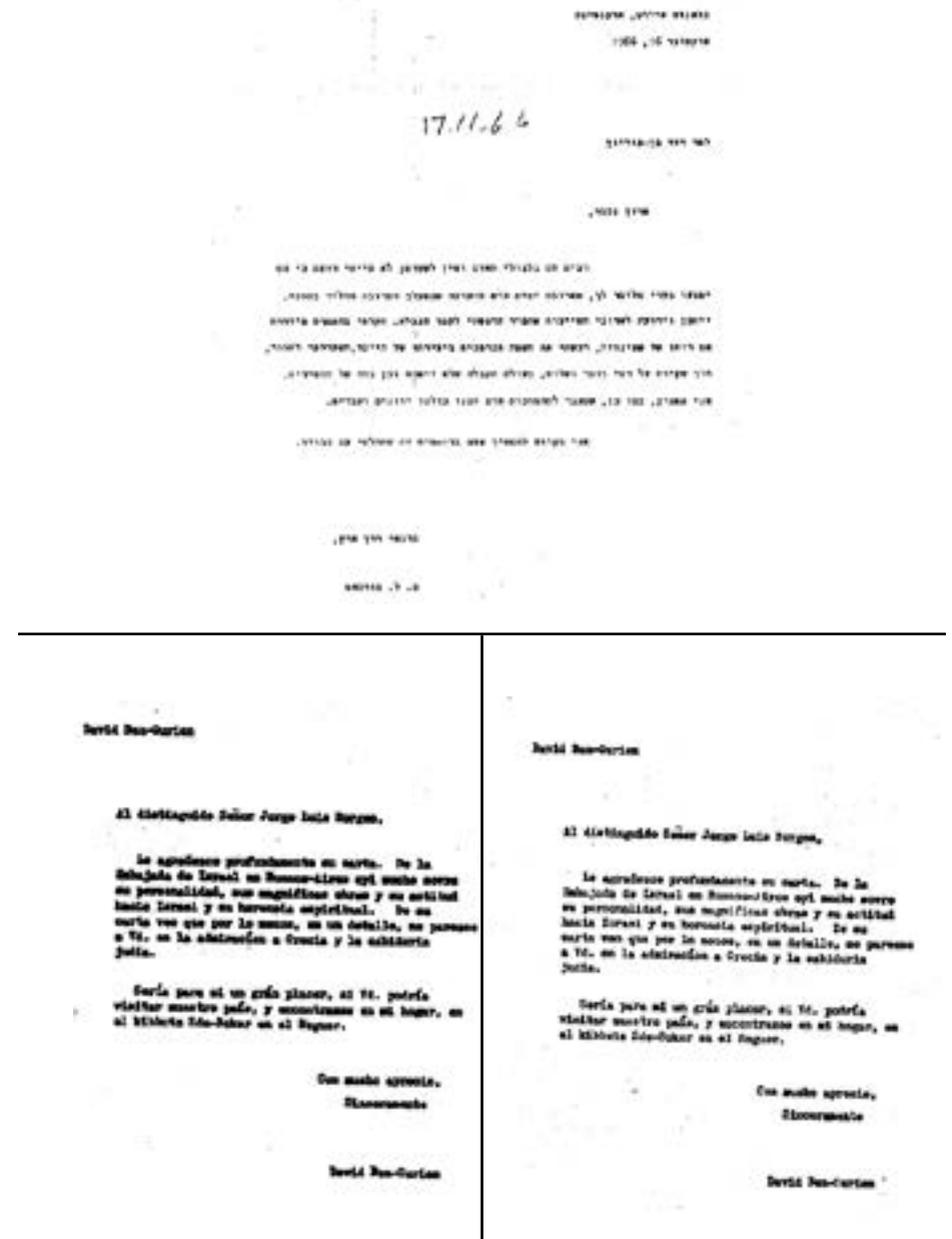
Espero continuar alguna vez este iniciado diálogo con usted.

Muy respetuosamente le saluda

J. L. Borges

16 Maipú 994 Buenos Aires

Intercambio de cartas entre J.L.Borges y Ben Gurion



Intercambio de cartas entre J.L.Borges y Ben Gurion

ISRAEL, 1969

JORGE LUIS BORGES

Temí que en Israel acecharía
 con dulzura insidiosa
 la nostalgia que las diásporas seculares
 acumularon como un triste tesoro
 en las ciudades del infiel, en las juderías,
 en los ocaos de la estepa, en los sueños,
 la nostalgia de aquéllos que te anhelaron,
 Jerusalén, junto a las aguas de Babilonia.
 ¿Qué otra cosa eras, Israel, sino esa nostalgia,
 sino esa voluntad de salvar,
 entre las inconstantes formas del tiempo,
 tu viejo libro mágico, tus liturgias,
 tu soledad con Dios?
 No así. La más antigua de las naciones
 es también la más joven.
 No has tentado a los hombres con jardines,
 con el oro y su tedio
 sino con el rigor, tierra última.
 Israel les ha dicho sin palabras:
 olvidarás quién eres.
 Olvidarás al Otro que dejaste.
 Olvidarás quién fuiste en las tierras
 que te dieron sus tardes y sus mañanas
 y a las que no darás tu nostalgia.
 Olvidarás la lengua de tus padres y aprenderás la lengua del Paraíso.
 Serás un israelí, serás un soldado.
 Edificarás la patria con ciénagas; la levantarás con desiertos.
 Trabajaré contigo tu hermano, cuya cara no has visto nunca.
 Una sola cosa te prometemos:
 tu puesto en la batalla.

"Egloga de la Sombra" (1969).

לחרגם לספרדיה (אם אפשר).

JORGE Luis BORGES למסור הנערך
 (חורחה לואיס בורחס),

שפחתי שמחה רבה לקבל סכתבך.

משגירות ישראל בארגנטינה שפחתי רבות עליך - על
 יצירותיך הנהדרות ועל יחסך לישראל ולרוחני. סכתבך
 אני רואה שבדבר אחד לפחות אני קצת דומה לך - בהערצה
 ליוון ולחכמת היהדות.

אשמח אם יעלה בידך לבקר בארצנו

ונוכל להיפגש בסגורי הקבועים, קיבוץ שדה-בוקר שבנגב

בהוקרה רבה,

ד. ב. ג.



Borges entre los invitados especiales por la visita de David Ben Gurion a la Argentina

LA PRENSA

David Ben Gurión recibió a las autoridades de la Casa Argentina en Israel - Tierra Santa



Ben Gurion, jefe del gobierno de la Casa Argentina en Israel, recibió a las autoridades de la Casa Argentina en Israel, Tierra Santa, en un momento de su visita a la Argentina. El jefe del gobierno de Israel, David Ben Gurion, se reunió con las autoridades de la Casa Argentina en Israel, Tierra Santa, en un momento de su visita a la Argentina. El jefe del gobierno de Israel, David Ben Gurion, se reunió con las autoridades de la Casa Argentina en Israel, Tierra Santa, en un momento de su visita a la Argentina.

4 JUN 1960



BEN GURION REGRESO A ISRAEL

Ben Gurion, jefe del gobierno de la Casa Argentina en Israel, regresó a Israel, Tierra Santa, en un momento de su visita a la Argentina. El jefe del gobierno de Israel, David Ben Gurion, se reunió con las autoridades de la Casa Argentina en Israel, Tierra Santa, en un momento de su visita a la Argentina.



Borges y Baruj Tenenbaum. Década del 80

Casa Argentina en Israel. En su último día de Permanencia en el País. Agradaron a Ben Gurion



En su último día de permanencia en el País, la Casa Argentina en Israel, Tierra Santa, agradó a Ben Gurion, jefe del gobierno de Israel, en un momento de su visita a la Argentina. El jefe del gobierno de Israel, David Ben Gurion, se reunió con las autoridades de la Casa Argentina en Israel, Tierra Santa, en un momento de su visita a la Argentina.

Clarín

"Casa Argentina" con Ben Gurion

Ben Gurion, jefe del gobierno de la Casa Argentina en Israel, regresó a Israel, Tierra Santa, en un momento de su visita a la Argentina. El jefe del gobierno de Israel, David Ben Gurion, se reunió con las autoridades de la Casa Argentina en Israel, Tierra Santa, en un momento de su visita a la Argentina.

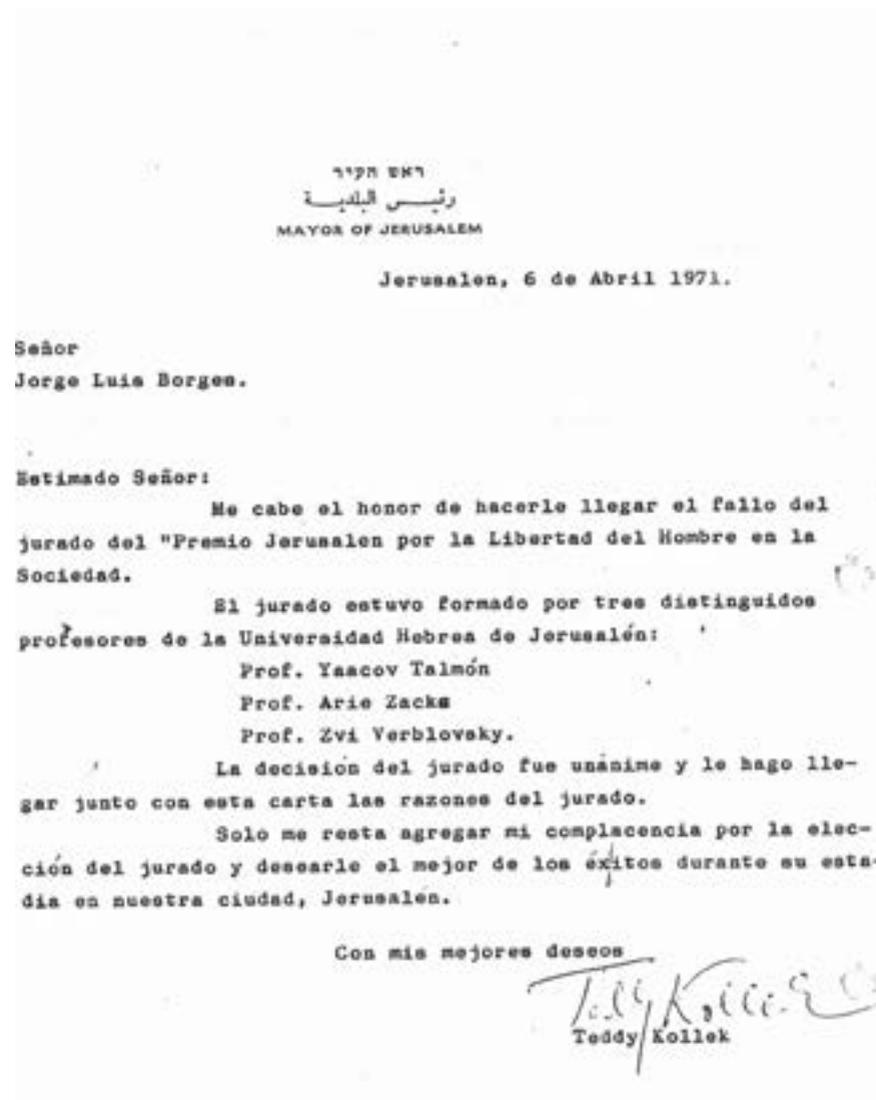
Cobertura Prensa de la visita de David Ben Gurion a la Argentina: "La Prensa" (Bs. As.) - "Los Andes" (Mendoza) "Clarín" (Bs. As.) - "La Luz" (Bs. As.)

ACEVEDO

JORGE LUIS BORGES

Campos de mis abuelos y que guardan
 Todavía su nombre de Acevedo,
 Indefinidos campos que no puedo
 Del todo imaginar. Mis años tardan
 Y no he mirado aun esas cansadas
 Leguas de polvo y patria que mis muertos
 Vieron desde el caballo, esos abiertos
 Caminos, sus ocasos y alboradas.
 La llanura es ubicua. Los he visto
 En Iowa, en el Sur, en tierra hebrea,
 En aquel saucedal de Galilea
 Que hollaron los humanos pies de Cristo.
 No los perdí. Son míos. Los poseo
 En el olvido, en un casual deseo.

"Elogio de la sombra" (1969)



Carta enviada del intendente de Jerusalem a Jorge Luis Borges por su premio otorgado en dicha ciudad (1971)

NO PODEMOS IMAGINAR LA CULTURA SIN ISRAEL (*)

Borges nos relató durante la conferencia pronunciada en mayo de 1969, en la Sociedad Hebraica Argentina, sus vivencias, sus imágenes y la significación de la visita que hiciera a Israel. He aquí algunos de sus conceptos.

“... Uno no puede imaginarse el mundo, uno no puede imaginarse la historia sin Israel. Sin Israel la historia sería distinta. Por lo pronto, nosotros no existiríamos, o existiríamos de un modo muy distinto. Alguien dijo que Francia es una idea necesaria a la civilización. Yo digo que Israel no solo es una idea necesaria a la civilización, sino que es una idea indispensable. No podemos imaginar la cultura sin Israel, y eso va mucho más allá de nuestras “simpatías y diferencias”, para repetir esa expresión tan cortés de Alfonso Reyes. Pero Israel, desde luego, existe, y existe, aunque muchos de nosotros no lo sepamos o no pensemos en ello. Es algo tan profundo que no tenemos necesidad de definirlo...”

Cuando fui invitado por el Gobierno de Israel, sentí en primer término esa sensación de volver a un manantial, a un manantial sagrado. Esto del manantial, me recuerda aquello de las fuentes del Nilo. Un poeta latino, aludiendo a lo que era entonces misterioso en sus fuentes, dijo que el Nilo no quería que los ojos humanos supieran su manantial. Yo tuve al principio esa misma convicción de regresar a un manantial cuando supe que iría a Israel, cuando supe que esos nombres, esos sonidos del Antiguo y del Nuevo Testamento ya no serían nombres y sonidos para mí, sino que se convertirían en imágenes, puedo hablar con imágenes. Se convertirían en memorias, en partes esenciales de nuestra vida.”

() Noticia aparecida en la Revista Hebraica pag. 36, Buenos Aires, 1969. Artículo retitulado por los editores de Sefárdica.*

“ESTABA SEGURO DE MI FERVOR POR LA CAUSA DE ISRAEL”

Estimado amigo Borges: Todo el mundo sabe lo que Ud. siente por Israel, quisiéramos rastrear un poco en el pasado y un poco en el futuro y saber de dónde viene, por qué y hacia dónde cree Ud. que va, todo lo que Ud. siente por Israel y también Israel.

Creo que mi pasión por Israel procede de mi abuela inglesa, ella era “The George of England”, protestante, lo cual quiere decir que era lectora de la Biblia. A diferencia de los católicos, para los cuales el antiguo y el nuevo testamento son textos ignorados y respetados, en cambio mi abuela conocía la Biblia tan bien que bastaba citar un versículo cualquiera para que ella le dijera, por ejemplo, Job, capítulo tal, versículo tal, o el versículo cual, o el Cantar de los Cantares. Es decir que yo me he criado un poco en un ambiente bíblico, que es decir en un ambiente judío.

Porque al fin de cuentas el cristianismo como el islam son ramificaciones del judaísmo, hechos que suelen estudiarse. Esa es una de las fuentes. Luego, a fines de la Primera Guerra Mundial, yo resolví emprender el estudio del alemán, para leer las obras de Schopenhauer porque las frases eran demasiado largas y mis conocimientos del alemán se reducían al der, dem, des, dir, dich, etc., pero entré en el idioma alemán de un modo espléndido. Entré por el “Lyrisches Intermezzo” de Heine, cuyo vocabulario es relativamente sencillo, ya que podría decir, exagerando, que si uno conoce las palabras: “Strand, Nacht, Liebe, Brauer, Mond”, uno puede leer esas primeras composiciones de Heine. El primer texto en prosa en alemán que leí fue la novela “Der Golem” de Meyrink, que es muy curioso: “de sueños, de sueños, adentro de los sueños y así infinitamente”. Y por aquella época también me sentí atraído por la Cábala y quizás fue esa atracción que me llevó al estudio de las obras de Buber, Bischof, Serouya, y luego de Scholem, a quien conocí personalmente en Jerusalén. Ese estudio fue estimulado por mi amistad con el pintor místico Xul Solar, nuestro William Blake, de modo que siempre me he sentido muy cerca de Israel.

Cuando empezó la Guerra de los Seis Días, me acuerdo que el primer día yo no estaba seguro de la victoria, dudaba como todos acaso dudábamos en Buenos Aires, pero estaba seguro de mi fervor a la causa de Israel.

Precisamente, en la Biblioteca Nacional, estaba caminando cuando de pronto, sentí que algo estaba por ocurrir y lo que estaba por ocurrir fue un poema que se publicó en la revista “Davar” y se lo llevé a Korembliit.

Korembliit me preguntó: ¿el poema es bueno? Ha de ser bueno, dije yo, porque no lo he escrito yo, me lo ha dictado el espíritu, creo que “Rubaja” es la palabra hebrea. Y el día de la victoria tuve otra vez esa misma impresión de que algo estaba por ocurrir, entonces traté de dar un estado de ánimo pasivo, de recibir, escuchar, y escribí y un segundo poema en el cual se hablaba no de mis esperanzas sino de la victoria tan gloriosamente conquistada y ese poema se publicó también en la revista “Davar”. Podría agregar otros detalles de índole personal.

Yo he vivido cinco años en Ginebra, Suiza, donde hice el bachillerato y ahí tuve dos amigos íntimos. Me gusta recordarlos y creo que si los nombro no será preciso que indique de qué estirpe son; uno, el médico, Simón Jichlinsky y otro, el abogado, Maurice Abramowicz. Creo que estos nombres bastan, y, aquí, en Buenos Aires, el gran poeta, pero sería mejor no decir el gran poeta, sino el poeta, porque la palabra poeta es tan importante que cualquier epíteto lo debilita, Carlos Grünberg me honró con su amistad y yo tuve el honor de prologar su libro “Mester de Judería”, publicado en la época de Hitler, que contaba con gente que admirarían después a otros dictadores no menos intolerables pero menos bélicos.

Además he leído bastante sobre filosofía judía, no sólo sobre la Cábala, sino sobre la secta de los Hasidim y otras de mis pasiones intelectuales ha sido la obra de Spinoza, sobre el cual he pensado en escribir alguna vez, salvo que no estoy seguro de comprenderlo del todo, creo que el aparato geométrico que él dio a su obra perjudica su lectura. Todo ese sistema de corolarios, axiomas, definiciones, que no corresponden sin duda a su modo de pensar, sino que él usó, erróneamente, creo, como método pedagógico o acaso polémico. Y además puede haber otra razón: que el apellido de mi madre es Acevedo. Ramos Mejía tiene un libro sobre la gente antigua de Buenos Aires. Dice que en general eran de dos orígenes: habían los vascos: Anchorena, etc., y luego habían los judeoportugue-

ses y ahí cita su propio apellido: Ocampo. Cita el apellido Ocampo, y los Ocampo tienen motivo marcadamente judío, cita a los Pereyra y también cita a los Acevedo, la familia de mi madre, pero creo que más importante que los lazos de sangre que al cabo de muchas generaciones tienden a lo infinito, es la simpatía que he sentido siempre por ese país; y además creo que todos, más allá de esas vicisitudes raciales, somos griegos. Cómo concebir la cultura occidental sin los presocráticos y sin Platón y sin Aristóteles. Y todos somos hebreos. Cómo concebir la cultura occidental sin el cristianismo cuya raíz está en la Biblia.

¿Entonces, qué significa para Ud. el actual Estado de Israel? ¿Qué significa para Ud. la existencia y preservación del Estado de Israel en función de futuro?

La profecía es un arte peligroso, no sé lo que puede ocurrir, pero creo que Israel es quizás el ejemplo más convincente de que la Patria, las Patrias, son ante todo un acto de fe. Yo he estado varias veces en Israel. La Municipalidad de Jerusalén me honró con un premio y me encontré con personas que habían venido de todas partes del mundo, de las diversas regiones de Europa, de regiones del África, todas esas personas eran israelíes. Porque habían tomado la decisión de serlo.

Creo que eso podría aplicarse a nosotros también porque sería absurdo suponer que el hecho de ser argentino es un hecho étnico, porque en ese caso seríamos, bueno, yo sería portugués o inglés o español; otros, italianos, pero la verdad es que no lo somos, sino que somos argentinos porque hemos resuelto ser argentinos. Es decir, creo que el hecho de pertenecer a una comunidad corresponde a una decisión que es muy exagerado llamar mística, y esa decisión es verdadera y aquí vuelvo al ejemplo, de la Guerra de los Seis Días que muchos hombres, que tantos hombres, probaron que estaban listos a jugarse por esa decisión y a morir por esa decisión.

¿Usted tiene, como hombre de letras, contacto con sus colegas de Israel? ¿Tiene algún contacto con la literatura de Israel, conoce algo de la literatura de Israel?

No, porque no conozco el hebreo y además perdí la vista en el año 55, el año en que la revolución me hizo director de la Biblioteca Nacional y como temía abundar en lo que Kipling llamaba “loud self pity”, como temí apia-

darme de mi y temí que los otros se apiadaran de mí, pensé, esto no debe ser el fin de algo, el hecho de que yo esté —para propósito de mi lectura— incapacitado, debe ser el principio de otra cosa. Entonces me dediqué al estudio del inglés antiguo, es decir del anglosajón y del escandinavo antiguo y además me puse a trabajar en historias literarias con más intensidad que antes, pero he leído muy poco desde entonces. Si usted me pregunta sobre la literatura argentina contemporánea conozco la de mis contemporáneos y sin duda por lo que leí antes, ahora me he dedicado más bien al estudio y he descubierto que el hecho de haber perdido la vista no es una desventaja, porque cuando tiene uno que dictar, tiene que hacerlo de un modo más suelto, no se detiene en triquiñuelas y pequeñas tonterías. No, no conozco la obra actual de los escritores de Israel, como no conozco la obra actual de los escritores de ningún país, salvo la que tengo que leer respecto a los argentinos, porque yo formo parte del jurado del diario “La Nación”. A juzgar por los manuscritos que llegan, lo que se escribe ahora parece en general deleznable, pero esto pueden muy bien ser prejuicios de un hombre que nació en el año 1899.

Una última pregunta: ¿qué impresión le sugiere o le quedó a usted de la sociedad israelí?

Una impresión paradójica, y ya sabe qué paradoja no quiere decir extravagancia sino aquello que es verdadero y que se opone a la opinión recibida. Fue una doble y contradictoria convicción: la de estar en el país más antiguo del mundo y al mismo tiempo en el más nuevo, y esas dos condiciones que parecen excluirse no se contradicen en el caso de Israel.

Yo sentí que toda la nación estaba de pie, digamos en estado de guerra y que todos estaban esperando cualquier cosa en cualquier momento y que esa esperanza era una esperanza valerosa. Cuando volví a mi patria, que quiero tanto, fue la impresión de llegar a un país viejo y dormido, después de esa impresión tan viva que me causó Israel.

Fuente: Reportaje publicado por “Tierra de Israel. Testimonios Argentinos, 1971” (págs. 13 y 14), bajo el título “Diálogo con Jorge Luis Borges”. Entrevista retitulada por los editores de “Sefárdica”.



Cobertura Prensa en diferentes diarios de Israel

“MI PREOCUPACIÓN POR LA EXISTENCIA DE ISRAEL”

COMO PUNTO DE PARTIDA

No había planificado empezar la entrevista con Borges de esta forma. Me fijé a mí mismo un cuestionario hilvanado de un modo medianamente lógico, que contenía varias preguntas concretas. Una conversación así es casi imposible de entablar con Borges. Los temas en su boca se suceden inexorablemente unos a otros. Se mezclan. Saltan.

Mi encuentro con el notable escritor argentino comenzó en realidad dos días antes por intermedio del teléfono. Simplemente busqué su nombre en la guía telefónica y marqué su número. Sabía de antemano que llegar a entrevistar a Jorge Luis Borges no es una tarea fácil. Él frecuenta los estudios de televisión. Da conferencias. Dicta clases en la universidad y acostumbra a viajar. Y por supuesto, dedica gran parte de las horas del día a la escritura. Temí por lo tanto que rechazase una entrevista más. Pero Borges escuchó que soy “un escritor que viene de Israel” y pareciera ser que ésta es una varita mágica que puede abrir cualquier puerta en contados instantes. Ya al comienzo de nuestra charla Borges señaló mi perfecto dominio del castellano a pesar de ser israelí, hecho éste que me motivó a revelar mi procedencia argentina.

“¡Ah! ¡Suerte que es así! —dijo—, ya que la única cosa que sé decir en hebreo es *‘Bereshit bará Elohim et hashamaim vebaaretz’* **(Al comienzo creó Dios el cielo y la tierra)**”.

Le aclaré que aparte de esta entrevista para el suplemento literario de “Iediot Ajaronot, mi visita tiene por objeto entregarle dos ejemplares de un libro suyo recientemente publicado en Israel.

—¿Un libro mío? —dijo asombrado.

—Sí, se trata de “El informe de Brodie”, con una carta adjunta del poeta

israelí Natán Ionatán, que fue el responsable de la publicación del libro.

Borges replicó con entusiasmo: “Soy un hombre de suerte. Fíjese que el punto de partida de todo es la Biblia. Allí comienzan todas las cosas. Ahora un libro mío es traducido al hebreo, es como si el círculo se hubiese cerrado. Como si mi libro fuese nuevamente absorbido por las fuentes”. En forma inmediata Borges me solicitó que le lea la carta de Natán Ionatán a él dirigida.

“Dejé muy buenos amigos en Israel”, dijo mientras sus dedos palpaban los ejemplares recibidos. “En especial tengo un gran aprecio y una gran amistad por el filósofo Guershon Scholem: Nos mantenemos en contacto epistolar constante e incluso destacó los rasgos de su personalidad y su pensamiento en uno de mis poemas”.

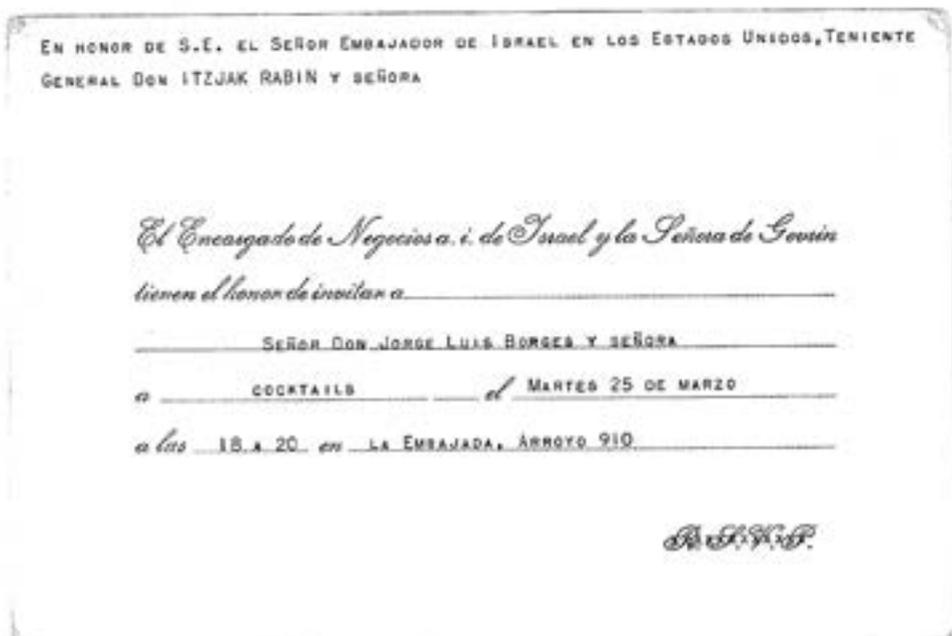
A continuación mi interlocutor se acordó de la franca conversación que mantuvo con Amos Oz en Jerusalén, en ocasión de recibir el Premio Jerusalén, al cual otorga una importancia especial.

MI DEUDA PARA CON EL PUEBLO JUDÍO

Borges se interesó por los problemas y dificultades que pudo ocasionar la traducción de su libro al hebreo. Le referí por mi parte algunos aspectos del trabajo realizado por Tzvi Bulovsky y Jaim Peled en relación a la traducción de “El informe de Brodie”. En especial detallé el trabajo de Peled, quien tuvo a su cargo la preparación final de la obra en base a un trabajo comparativo con la traducción inglesa de la misma. Borges expresó su acuerdo con este sistema y agregó que ve en la traducción hebrea de su obra un logro de significancia. También le conté acerca de la traducción de su poema “Spinoza”, realizada por mí en forma conjunta con el poeta Moshé Dor.

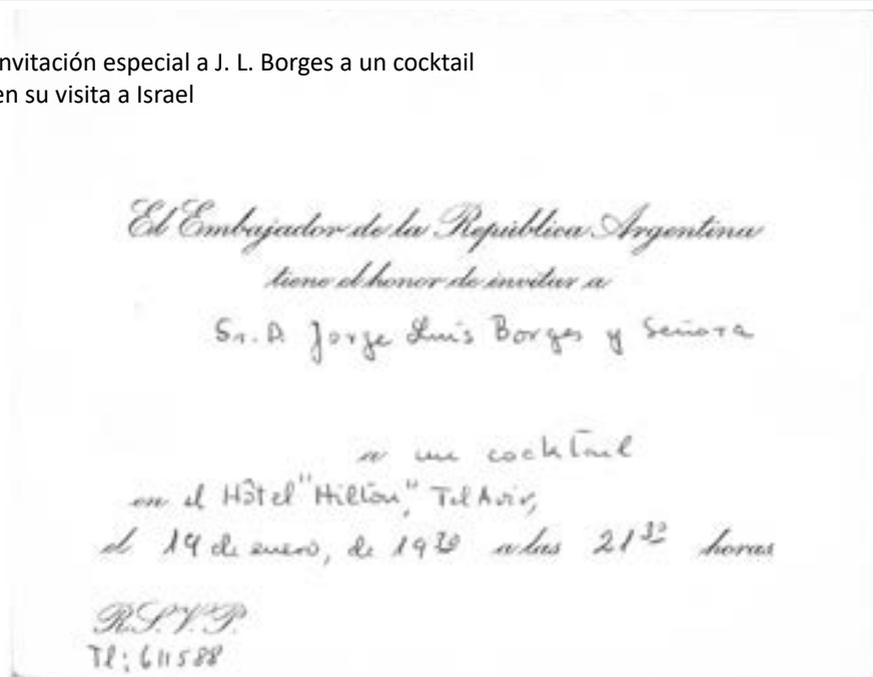
—Ese poema hizo nacer otro, dedicado también al gran filósofo judío, el cual he incluido en mi último libro. Su título: “Baruj Spinoza”, quizás para diferenciarlo del primero. Yo siento una gran proximidad con Spinoza, filósofo cuya influencia se hace sentir en toda mi obra.

—El tema judío vuelve constantemente a lo largo de toda su creación



Invitación especial a J. L. Borges a un cocktail en la Embajada de Israel en la Argentina

Invitación especial a J. L. Borges a un cocktail en su visita a Israel



literaria. Lo encontramos en cuentos como “Deutsches Requiem”, que pertenece a su libro “El Aleph”, y están sus poemas sobre Spinoza y los poemas sobre Israel que Ud. incluyó en “Elogio de la sombra”. ¿Cuál es la explicación que Ud. le da a este fenómeno?

—Quizás eso provenga del hecho que descubrí entre mis antepasados nombres como Acevedo y Pinedo, que como Ud. seguramente no ignora eran familias judeo-españolas que se encontraron entre los primeros habitantes de Buenos Aires. Pero incluso aunque este hecho no existiera, yo quiero reiterar lo que ya dije en varias oportunidades: es imposible imaginarse la civilización occidental sin los judíos y sin los griegos. Por eso, cada hombre de cultura tiene algo de éstos y de aquéllos. De esta forma puedo yo explicar mi deuda para con el pueblo judío, y de ahí mi preocupación por la existencia de Israel cuando estalló la Guerra de los Seis Días. Un poema que escribí en esos días refleja tal angustia. Luego le siguió otro poema, posterior a la victoria israelí, en el cual ya entendía que Israel venció y se salvó, con todo lo que ello implica.

La mujer que me recibió volvió a entrar para recordarle que tenía que tomar cierto remedio. También mi hora de irme ya había llegado. Me quedaba por delante la parte más difícil de la entrevista: reunir las palabras y las frases que se desparramaron por espacio de los sesenta minutos que estuvimos sentados juntos. Mientras me despedía se me ocurrió pensar que sólo un prejuicio evitaría relacionar a ese hombre que camina por los pasillos de una casa con paso dubitante y aquel otro que lideró toda una generación revolucionando la lengua española. El eco de mis pasos que se alejaban casi no se oyeron ante el ruido de las bocinas de los coches que surcaban las calles de esta ciudad, que encontró en Borges a su máximo exponente.

Fuente: Nuevo Mundo Israelita, Número 190, Caracas, 25 de Marzo al 1 de Abril de 1977. Entrevistado por Oded Sverdlík.

Artículo aparecido bajo el nombre: “Borges habla de Israel y los judíos” (fragmentos). Reportaje retitulado por los editores de “Sefárdica”.



La Lic. Inés Radunsky (Secretaria del Depto. de Cultura del Instituto Cultural Argentino Israelí –ICAI–, Jorge Luis Borges en un brindis realizado en el ICAI. El escritor era miembro honorario de esta institución.



EL JUDAISMO

EN LA OBRA DE BORGES

Borges en el Muro de lo Lamentos, Israel

YO, JUDÍO

JORGE LUIS BORGES

Como los drusos, como la luna, como la muerte, como la semana que viene, el pasado remoto es de aquellas cosas que puede enriquecer la ignorancia —que se alimentan sobre todo de la ignorancia. Es infinitamente plástico y agradable, mucho más servicial que el porvenir y mucho menos exigente de esfuerzos. Es la estación famosa y predilecta de las mitologías.

¿Quién no jugó a los antepasados alguna vez, a las prehistorias de su carne y su sangre? Yo lo hago muchas veces, y muchas no me disgustó pensarme judío. Se trata de una hipótesis haragana, de una aventura sedentaria y frugal que a nadie perjudica —ni siquiera a la fama de Israel— ya que mi judaísmo era sin palabras, como las canciones de Mendelssohn. Crisol, en su número del 30 de enero, ha querido halagar esa retrospectiva esperanza y habla de mi “ascendencia judía, maliciosamente ocultada”. (El participio y el adverbio me maravillan).

Borges Acevedo es mi nombre. Ramos Mejía, en cierta nota del capítulo quinto de Rosas y su tiempo, enumera los apellidos porteños de aquella fecha, para demostrar que todos, o casi todos, “procedían de cepa hebreo-portuguesa”. Acevedo figura en ese catálogo: único documento de mis pretensiones judías, hasta la confirmación de Crisol. Sin embargo, el capitán Honorio Acevedo ha realizado investigaciones precisas que no puedo ignorar. Ellas me indican el primer Acevedo que desembarcó en esta tierra, el catalán don Pedro de Azevedo, maestro de campo, ya poblador del “Pago de los Arroyos” en 1728, padre y antepasado de estancieros de esta provincia, varón de quien informan los Anales del Rosario de Santa Fe y los Documentos para la historia del Virreinato —abuelo, en fin, casi irreparablemente español.

Doscientos años y no doy con el israelita, doscientos años y el antepasado me elude. Agradezco el estímulo de Crisol, pero está enflaqueciendo mi esperanza de entroncar con la Mesa de los Panes y con el Mar de Bron-

ce, con Heine, Gleizer y los diez Sefiroth, con el Eclesiastés y con Chaplin. Estadísticamente los hebreos eran de lo más reducido. ¿Qué pensaríamos de un hombre del año cuatro mil, que descubriera sanjuaninos por todos lados? Nuestros inquisidores buscan hebreos, nunca fenicios, garamantas, escitas, babilonios, persas, egipcios, hunos, vándalos, ostrogodos, etíopes, dardanios, paflagonios, sármatas, medos, otomanos, bereberes, britanos, libios, cíclopes y lapitas. Las noches de Alejandría, de Babilonia, de Cartago, de Menfis, nunca pudieron engendrar un abuelo; sólo a las tribus del bituminoso Mar Muerto les fue deparado ese don.

** Respuesta de Jorge Luis Borges a la Revista Crisol (publicación argentina de las primeras décadas del siglo XX identificada con el nazismo) que insinuaba que ocultaba su ascendencia judía.*

*Revista Megáfono, 3, Nº 12, pág. 60
Buenos Aires, abril de 1934*



Conferencia de Borges en el ICAI

JUDERÍA

JORGE LUIS BORGES

Ante el portón la chusma se ha vestido de injurias
como quien se envuelve en un trapo.

Dios se ha perdido y desesperaciones de miradas lo buscan. Presintiendo
horror de matanzas los mundos has suspendido el aliento.

Alguna vez proclama su fe: Dios el Eterno, Dios de dioses, es Uno.

Y arrecia la muchedumbre cristiana con un pogrom en los puños.

Fervor de Buenos Aires (1923)



Jorge Luis Borges en la Sociedad Hebraica Argentina

PRÓLOGO AL LIBRO “MESTER DE JUDERIA” DE CARLOS M. GRÜNBERG

JORGE LUIS BORGES

Hacia 1831, Macaulay, el imparcial Macaulay, improvisó una historia fantástica. Esa invención (cuyo bosquejo suficiente perdura en el segundo tomo de los Ensayos) narra las tropelías y los tormentos, las prisiones, los destierros y los ultrajes que se encarnizaron en todas las naciones de Europa sobre la gente de pelo rojo. Al cabo de unos siglos ensangrentados no hay quien no afirma que las víctimas de ese tratamiento implacable no son verdaderos patriotas y las acusa de sentirse más allegadas a cualquier forastero pelirrojo que a los morenos y a los rubios de la parroquia. Los pelirrojos no son ingleses, los pelirrojos no podrán ser ingleses, razonan los fanáticos; la naturaleza lo prohíbe, la experiencia lo prueba. Previsiblemente la persecución ha modificado a los perseguidos, engendrando cismas recíprocos... ¿A qué proseguir? La cristalina parábola de Macaulay es una transcripción de la realidad: el antisemita Adolf Hitler manda en Europa y tiene imitadores aquí.

En las lúcidas páginas de este libro, Grünberg refuta con poderosa pasión los mitos y falacias que ese impostor y sus prosélitos han predicado al mundo. A pesar del patíbulo y de la horca, a pesar de la hoguera inquisitorial y del revólver nazi, a pesar de los crímenes que atesora una diligencia de siglos, el antisemitismo no se libra de ser ridículo. En Buenos Aires lo es todavía más que en Berlín. En Alemania, cuya lengua literaria se basa en la versión de textos hebreos que ha legado Lutero, Hitler no hace otra cosa que exacerbar un odio preexistente; el antisemitismo argentino viene a ser un facsímil atolondrado que ignora lo étnico y lo histórico. En cierta nota del admirable estudio Rosas y su tiempo, Ramos Mejía ha enumerado los apellidos principales de la época. Fuera de los de origen vasco, son todos de cepa judeo-portuguesa: Pereyra, Ramos, Cueto, Sáenz Valiente, Acevedo, Piñero, Fragueiro, Vidal, Gómez, Pintos, Pacheco, Pereda, Rocha.

Los poemas que tengo el agrado de prologar declaran el honor y el dolor de ser judío en el perverso mundo increíble de 1940. Hay escritores a quienes les importa la forma; a otros, lo que una mala pero inevitable metáfora llama el fondo. Ejemplo de formalistas es Góngora y también el improvisador de almacén, que admite cualquier verso que (más o menos) cuente unas ocho sílabas... Las páginas cabales burlan esa distinción habitual; en ellas la forma es el fondo, y viceversa. Es el caso de muchas en este libro: de Judezmo, de Sabat, de Circuncisión...

Grünberg, poeta, es inconfundiblemente argentino. Lo anterior no quiere decir que trafique en nidos de cóndores o en ombúes ni que en su estrofa sea frecuente el general Rosas: melancólica imagen de la Patria. Quiere decir un vocabulario determinado, ciertas costumbres sintácticas y prosódicas, un modo explícito que no es el modo interjectivo, alarmado, de los poetas españoles de ayer y de hoy.

Singularmente original es el concepto de la rima que declaran los poemas de Grünberg. En su monografía sobre la rima (*Der Reim*, 1891) Sigmar Mehring anota que la versificación española suele abusar de ciertas desinencias inexpresivas: ido, ado, oso, ente, ando... Así, Lope de Vega:

Sentado Endimión al pie de Atlante,
enamorado de la luna hermosa,
dijo con triste voz y alma celosa:
en tus mudanzas, ¿quién será constante?

Ya creces en mi fe, ya estás menguante,
ya sales, ya te escondes desdeñosa,
ya te muestras serena, ya llorosa,
ya tu epiciclo ocupas arrogante...

Y tres siglos después, Juan Ramón Jiménez:

Se entró mi corazón en esta nada,
como aquel pajarillo que, volando
de los niños, se entró, ciego y temblando,
en la sombría sala abandonada.

De cuando en cuando, intenta una escapada
a lo infinito, que lo está engañando
por su ilusión; duda, y se va, piando,
del vidrio a la mentira iluminada...

Góngora, Quevedo, Torres Villarroel y Lugones famosamente han utilizado lo que denomina el último de ellos “la rima numerosa y variada”;* pero han limitado su empleo a composiciones grotescas o satíricas. Grünberg, en cambio, la prodiga con valor y felicidad en composiciones patéticas. Por ejemplo:

Cortó el sobejo filisteo
para trocártelo en hebreo.

Cortó el sobejo porque eres
Judá ben Sion y no Juan Pérez.

O:

En un lejano pogrom
le degollaron al hijo,
del que una noche me dijo:
“¡Era un gallardo Absalom!”

Como todos los libros importantes, este de Carlos M. Grünberg lo es por múltiples razones. Lo es como documento legible y lúcido de este aciago “tiempo de lobos, tiempo de espadas” cuya bárbara sombra continental —y quizá planetaria— vastamente se cierne sobre nosotros. Lo es por su precisión y por su fervor, por su álgebra y su fuego, por la armoniosa convivencia continua de la destreza métrica y de la delicada pasión. Lo es por el alma irónica y gallarda que declaran sus páginas.

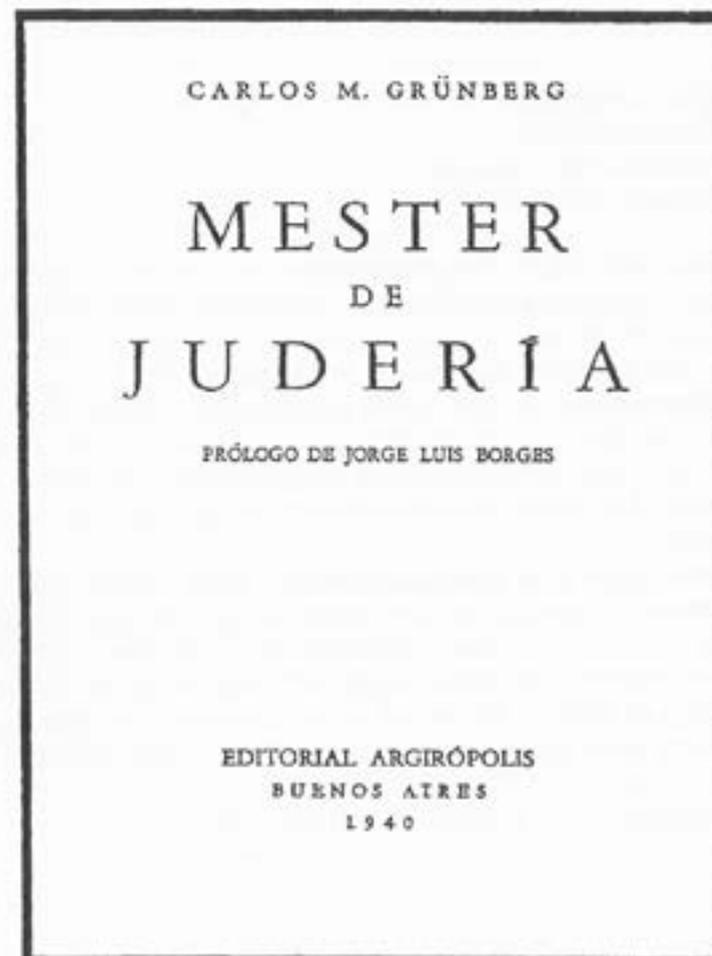
Quizá el error más obvio de este volumen es la ostentación de palabras que sólo viven en las columnas del Diccionario de la Academia.

En este siglo que no suele percibir otro halago que el de la incoherencia parcial, en este siglo en que el poema quiere parecerse a la incantación y el poeta al afebrado o al brujo, Grünberg tiene el valor de proponer una lírica sin misterio. La limpidez es hábito de Israel: recordemos a Enrique Heine; recordemos, en el palabrero siglo XIV, las coplas del rabí don Sem Tob, “judío de Carrión”...

Mis plácemes a Grünberg y a sus lectores.

Buenos Aires, 2 de Agosto de 1940

* *Lunario sentimental, 1909. En las páginas iniciales Lugones rima: ná-yade-haya de; orla-por la; petróleo-mole o. Heine, en alguna estrofa de los Zeitgedichte, usa el mismo artificio: In der Fern'hör ich mit Freude - Wie man voll von deinem Lob ist - Und wie du der Mirabeau bist - Von der Lüneburger Heide. Browning es casi inagotable en tales invenciones: monkey-one hey; person-her son; paddock-ad hoc; circle-work ill; sky-am I; Balkis-small kiss; pardon-hard on; kitchen-rich in; issue-wish you; Pri-am-I am; poet-know it; honour-upon her; bishop-wish-shop; Tithon-scythe on; insipid ease-Euripides... Hay enlaces análogos en el Hudibras; en algún soneto satírico de Milton; en el Don Juan de Byron. Rafael Cansinos Assens, en una de las noches del otoño de 1920, rimó Buscarini-y ni.*



GRÜNBERG LLEVÓ UN ACENTO NUEVO A LA POESÍA JUDÍA

JORGE LUIS BORGES

[...] Recuerdo una tarde en que me llevó el manuscrito de su libro *Mester de Judería*, recuerdo la emoción con que lo leí y lo releí, recuerdo sobre todo un poema que de antemano parecería condenado a lo imposible, el poema “Circuncisión” y el poema “Apellidos”, y recuerdo también que yo he llevado ese poema por todo el mundo. La última vez que tuve la felicidad y el honor de hablar con mi maestro, con nuestro maestro podríamos decir, Rafael Cansinos Assens, yo le recordé ese poema y Cansinos Assens repitió algunos versos paladeándolos. Y sé que ahora en los Estados Unidos, en Cambridge, hay muchachos y muchachas americanos cuyas tardes están enriquecidas por la memoria de esos versos de Grünberg cuyo misionero yo fui.

En general, cuando se trata el tema judío, el tema de la nostalgia, el tema del éxodo, el tema de la diáspora, se lo hace con cierta blandura, se lo hace urgido por la nostalgia; en cambio, Grünberg llevó a ese tema una amargura y llevó también una suerte de coraje florido, de alegría, y ésta es la innovación de Grünberg. Cuando yo pienso en versos como: “... cortó el sovejo filisteo, para trocarte en un hebreo / cortó el sovejo porque eres Judá ben Sion y no Juan Pérez / ahora gimes, lloras, gritas / gritas con gritos israelitas / aún no sabes pobre crío / que cuesta sangre ser judío / que cuesta sangre como el arte / como si fuese un arte aparte / que cuesta sangre día a día / del nacimiento a la agonía / que cuesta sangre, que con ésta / va la primera que te cuesta.”

O en aquellos otros versos de “Apellidos”, llenos de admirable insolencia, aquellos de: “...La vida de los Pérez es más fácil / pero su eternidad es más difícil...”; ahí Grünberg ha llevado a la poesía judía un acento que si no me engaño —mis conocimientos son escasos— es un acento



Imagen familiar de Borges con sus padres y hermana.
Reproducción foto: Amanda Ortega

nuevo dentro de esa poesía que suele ser grave y triste; pero Grünberg llevó a esa poesía la amargura, la insolencia también y el coraje; y eso es una parte de la obra que nos ha legado. [...]

Fuente: Homenaje a Carlos M. Grünberg. Revista Delirar, Nro. 119, 1968, pág. 29; Bs.As. Artículo retitulado por los editores de Sefardica.

¿POR QUÉ SE INTERESA BORGES POR EL JUDAISMO?

EDNA AIZENBERG

SU INFANCIA

¿Por qué se interesa Borges por el judaísmo? Un buen lugar para comenzar la búsqueda de una respuesta es el hogar bonaerense en que nació en 1899.

Es un hogar en el que convivían dos códigos, uno español y el otro inglés 1 . En una primera aproximación, ello sólo significa que se hablan ambos idiomas en el clan Borges mitad británico, mitad argentino, una mezcla que no resulta extraña en una sociedad básicamente inmigrante como la argentina, pero el dualismo de lenguas implica importantes consecuencias. En primer lugar, cada código lingüístico era reflejado de un pasado familiar distinto y, por lo tanto, de diferencias en ciertas concepciones y peculiaridades socioculturales. En segundo lugar, cada código, con sus características convergentes, conforma el núcleo de lo que Ricardo Piglia ha llamado la fábula biográfica de Borges, esa representación de su pasado que Borges ha convertido en una especie de versión autorizada.2 En esta versión los evidentes contrastes y disonancias que existían entre el código español y el código inglés se estructuran en un sistema esquematizado de oposiciones: lo que aparece en un código no está en el otro (Piglia 4). Un esquema comparativo de ambos códigos, visto a la luz de la interpretación borgeana, sería como el que sigue 3:

1. EMIR RODRIGUEZ MONEGAL: Jorge Luis Borges: A Literary Blognsphy (Nueva York: Dutton, 1978), 21, a partir de ahora, Biography. Es la más completa y actualizada blogratra del autor. En ella, Rodríguez Monegal analiza extensamente la importancia de estos dos códigos.

HISPANO - ARGENTINO

Madre: Leonor Acevedo de Borges. Descendiente de viejas familias criollas (Acevedo/Laprida/Suárez) establecidas en América desde los tiempos de la conquista española.

Adoración por el heroísmo de los antepasados militares que participaron en la Guerra de la Independencia y en los enfrentamientos civiles posteriores.

Castellano: idioma de la madre, relegado a los asuntos domésticos; el idioma de los criados. Católicos tradicionales y piadosos. Protestante es sinónimo de judío, ateo o hereje.

ANGLO - ARGENTINO

Padre: Jorge Guillermo Borges Haslam.

Descendiente de viejas familias criollas; pero la madre, Fanny Haslam Arnett, provenía de Staffordshire, Inglaterra. La hermana mayor de la madre se casó con Jorge Suárez, un judío italiano.

Poca devoción por los antepasados heroicos.

Inglés: idioma hablado por la abuela británica, que vivía con los Borges; considerado como un vehículo de cultura, símbolo de una mente abierta y hospitalaria. Jorge Luis lee inglés antes que castellano; invierte mucho tiempo en la biblioteca inglesa de su padre.

2. RICARDO PIGLIA: *'Ideología y ficción en Borges'*, *Punto de Vista*, 2, núm. 5 (marzo 1979), 3-6.

3. La información recogida en este esquema aparece en la biografía de Rodríguez Monegal, especialmente en las páginas 5, 7, 10-11 y 51.

Fuente: Se trata del Cap.º del estudio de Edna Aizenberg "El tejedor del Aleph, Biblia, Kabala y judaísmo en Borges" Altalena, Madrid, 1986. Bilingüismo y Biblismo págs. 17 a 23. Artículo retitulado por los editores de Sefardica.



Borges a los 3 años de edad.



Borges a los 4 años de edad.

Abuela: protestante, conoce la Biblia en inglés. Padre liberal, agnóstico y escéptico. Preocupado por la metafísica y el misticismo; inculcó en Jorge Luis el amor por la filosofía en general y por Spinoza en particular.

Esta comparación revela la presencia de una vena heterodoxa en el lado británico-paterno de la familia, alimentada por los protestantes, judíos, (libre) pensadores y especuladores metafísicos que la componían. El lado hispano-materno, al contrario, ensalza su pasado militar y valora la ortodoxia por encima del intelecto.

Borges ha mencionado esta dicotomía en sus entrevistas, y también la ha incluido en sus ficciones. En *There Are More Things*, el tío del narrador, Edwin Arnett (quien reúne muchas cualidades del padre de Borges, incluido el apellido), es de origen británico, no es dogmático en cuestiones religiosas, y posee una curiosidad intelectual y metafísica que lega a su sobrino (léase hijo)⁶. La antítesis, en *La señora mayor*, es la centenaria María Justina Rubio de Jáuregui, hija de un héroe menor de la Guerra de la Independencia argentina, una católica de incuestionable devoción para la que protestante, judío, masón y no creyente son una misma cosa; una mujer no falta de inteligencia, pero que nunca ha gozado de los placeres de la mente⁷.

A partir de las cualidades que Borges atribuye a la “señora mayor” queda claro que ésta es una proyección de la línea materna de los Acevedo. La longevidad del personaje confirma esta apreciación: la madre del autor contaba noventa y cuatro años cuando se publicó la obra.

El contraste de estos dos códigos es, como ya hemos apuntado antes una visión esquemática de la realidad del hogar de los Borges. Es una simplificación de esa realidad o, como diría Borges en otro contexto, una conjunción de verdad sustancial y de errores accidentales (OC, 743). El padre, no obstante, sus conexiones internacionales - protestantes - judías - intelectuales, procedía del primitivo hinterland argentino, y era hijo de un militar criollo. A pesar de su gran biblioteca inglesa, la única novela que escribió, *El caudillo* (1921), era de un carácter notablemente autóctono. La madre, descrita por Borges como producto de una familia tan estricta en su catolicismo que consideraba iguales a un protestante, un judío o un librepensador, resultó casar con un hombre que reunía todas estas taras, lo que invita a pensar que tal vez no fuesen tantos los prejuicios de los

Acevedo. Aunque menos propensa al estudio que su marido, doña Leonor aprendió francés en su juventud e inglés más tarde y, al contrario que María Justina Rubio de Jáuregui, conservó la lucidez en sus últimos años⁸.

A pesar de estas inexactitudes, cabe afirmar que los códigos recogen las imágenes fundamentales de su pasado, imágenes que asume, y que, una vez bordadas y desarrolladas, convierte en su visión del mundo y en su literatura. Y entre estas imágenes predominantes de los años de formación de Borges, el judaísmo está relacionado con aquella parte del alma que merece ser cultivada⁹, con la amplitud intelectual, la heterodoxia y el cosmopolitismo. El judaísmo, además, integra una actitud inconformista, de distanciamiento de las normas establecidas. En este punto de su formación, Georgie —el apodo infantil de Borges— apenas había tenido contacto con judíos de carne y hueso, ni había iniciado sus lecturas sobre el judaísmo, pero el término judío ya comenzaba a tomar un significado que mantendría su consistencia a lo largo de toda su carrera. Y este significado —como tanto en Borges— rompería con la tradición. Con pocas excepciones, el judío es una figura positiva, no un objeto de oprobio y denigración.

Posteriormente, tanto el dualismo fomentado en el hogar de los Borges como la idea del judaísmo que de éste salió se extenderían a toda la sociedad. Da la impresión de que el padre, el miembro de la familia portador del trasfondo bicultural y de los caracteres judíos, fue quien sugirió esta generalización a su hijo, el cual le adoraba e imitaba. Comentando la frase de San Martín Serás lo que debes ser, o no serás nada, durante una conversación con Georgie, el padre convierte estas palabras, expresadas en términos individuales, en una caracterización colectiva, una sociología en miniatura de la Argentina:

“Serás lo que debes ser —serás un caballero, un católico, un argentino, un miembro del Jockey Club, un admirador de Uriburu, un admirador de los extensos rústicos de Quirós—, y, si no, no serás nada” —serás un israelita, un anarquista, un mero guarango, un auxiliar primero—; la Comisión Nacional de la Cultura ignorará tus libros...¹⁰.

De un lado está la visión de la Argentina que imperaba en los círculos del poder: integrar la oligarquía dominante, las gentes de dinero y

sangre azul que se refugiaban de las masas de inmigrantes —judíos entre ellos— en el exclusivo Jockey Club; ser representado políticamente por el general Uriburu, un epígono de Mussolini que en 1930 derrocó al populista Irigoyen; y tener como ideal artístico la glorificación nostálgica de la vida rural. Del otro lado se encuentra la Argentina del no-poder, el contrapunto: los no-tan-ricos y los pobres; los nacidos en el extranjero; los trabajadores; y los anarquistas políticos e intelectuales cuyas acciones y escritos no ostentaban el imprimatur de los círculos oficiales 11. A todos éstos se les identifica como judíos en oposición a los católicos del bando privilegiado, y con ellos es con quienes Jorge Guillermo Borges se siente identificado, a pesar de que su pasado, su profesión (la abogacía) y su matrimonio le relacionan con el establishment (Rodríguez Monegal, *Biography*, 93).

4. En una entrevista aparecida en *Homenaje a Baruch Spinoza* (Buenos Aires: Museo Judío de Buenos Aires, 1976), un volumen dedicado a la conmemoración del 300 aniversario de la muerte del filósofo, Borges atribuye su Interés por Spinoza a la influencia de su padre. 5. Véase JEAN DE MILLERET: *Entrevistas con Jorge Luis Borges* (Caracas: Monte Avila, 1970), 163; 33. 6. *El libro de Arena* (Buenos Aires: Emecé, 1975), 65-77. 7. “La señora mayor”, *Obras Completas* (Buenos Aires: Emecé, 1974), 1048-52. Salvo cuando se advierta, las citas de las siguientes obras provendrán de las *Obras completas*, a partir de ahora, OC: Evaristo Carriego (1932); *Historia universal de la infamia* (1935); *Historia de la eternidad* (1936). *Ficciones* (1944); *El Aleph* (1949); *Otras Inquisiciones* (1952); *El hacedor* (1960); *El otro, el mismo* (1964); *Para las seis cuerdas* (1965); *Elogio de la sombra* (1969); *El informe de Brodie* (1970); *El oro de los tigres* (1972). 8. Esta información sobre doña Leonor proviene de MILLERET, 164, y MARIA ESTHER VAZQUEZ: *Borges: imágenes, memorias, diálogos* (Caracas: Monte Avila, 1977); 21 y 40. 9. *Borges también ha cultivado el otro aspecto de su herencia —el lado militar, de hombre de acción, pero lo ha hecho en la literatura, no en la realidad. Así; para él la parte del alma que merece la pena cultivar es la parte “judía”, que ha absorbido a la otra, llevándola de la realidad a la textualidad.* 10. JORGE LUIS BORGES: “Respuesta a la encuesta entre los escritores”, *Latitud* (Buenos Aires), núm. 1 (febrero 1945), 4. 11. *Sobre la oligarquía, sus planteamientos y actitudes*, véase DAVID VIÑAS: *Literatura argentina y realidad política: apogeo de la oligarquía* (Buenos Aires: Siglo XX, 1975).

Está claro que el hijo acepta el planteamiento del padre 12. Casi en todo momento de su vida, Borges ve al judaísmo como la antítesis del ultranacionalismo, la intolerancia religiosa y la xenofobia. En algunos casos su interpretación de quién formaba el lado antijudío no era del todo exacta (como en el caso de Perón, a quien consideraba un nazi cazador de judíos¹³); pero Borges siempre se aferraba a la dualidad y encontraba que, al igual que su padre, sus simpatías le inclinaban hacia los israelitas¹⁴.

Pero el dualismo fomentado por los Borges no sólo animaba la simpatía del autor por los judíos porque sugería una tesis no-judía (o antijudía) y una antítesis judía; la propia duplicidad, la coexistencia en el hogar de dos idiomas y dos formas de pensar también favorecía el interés de Borges por el patrimonio de Israel. George Steiner, en un estudio sobre la relación entre el lenguaje y la literatura en nuestro tiempo, señala el “pluralismo o ‘desalojamiento’ [unbousedness] lingüístico de algunos grandes escritores”¹⁵. Borges ocupa un lugar destacado entre éstos, junto a Samuel Beckett y Vladimir Nabokov. En los tres casos, sus conocimientos de más de una lengua les conducen a la “extraterritorialidad”, es decir, al rechazo de los límites de una sola herencia; a una amplitud de miras que comprende varias culturas, y a un cierto escepticismo ante los cánones del idioma —y por extensión de la cultura— en el que producen su literatura (Steiner). El contacto con el inglés y el castellano durante sus años de formación le proporciona a Borges lo que puede llamarse su primera “ventana” extraterritorial. El mismo ha insistido en los efectos liberalizadores que produce el bilingüismo:

Si un hombre crece dentro de una sola cultura, si se habitúa a ver en los otros idiomas esa especie de dialectos hostiles o arbitrarios, todo eso tiene que estrechar su espíritu. Pero si un hombre se acostumbra a pensar en dos idiomas, y se acostumbra a pensar que el pasado de su mente son dos grandes literaturas, eso tiene que ser benéfico para él 16.

Aprender a pensar de dos maneras distintas, cada una asociada a una tradición cultural, y aún más, a un sistema de pensamiento (o descreimiento), fue beneficioso para el futuro autor. Le enseñó a apreciar otras cultu-

ras y a valorar lo diferente y lo heterodoxo; todo ello contribuyó a formar una visión positiva del judaísmo.

La dualidad lingüística de la familia Borges sería importante en la formación de la idea que de la herencia judía tiene el autor en otro aspecto más: el código inglés-paterno, el que ya estaba asociado al judaísmo, sería el que sirvió de acceso a los textos de la tradición hebrea. El propio autor lo explica:

... yo llegué muy pronto a ese venero, ese manantial [de la cultura hebrea], porque una de mis abuelas era inglesa y sabía la Biblia de memoria. Alguien citaba una sentencia bíblica y ella daba inmediatamente el capítulo y el versículo. Como yo me he criado dentro de la lengua castellana y dentro de la lengua inglesa, la Biblia entró en mí muy tempranamente 19.

12. Esta conversación padre-hijo data de los tiempos de Uriburu, época en la que Borges debió de elaborar la versión autorizada de los dos códigos. Eran éstos tiempos del ascenso del fascismo y del antisemitismo, en los que el judaísmo era la antítesis de dichas ideologías, y, por tanto, resultaba particularmente útil un esquema maniqueo que agudizara más las diferencias familiares. A través de tal esquema uno podía alejarse de ciertas ideas populares del momento (intolerancia religiosa, persecución del intelectualismo), y acercarse a las enfrentadas (heterodoxia, placeres de la mente). 13. Véase capítulo 6 de la parte primera de este libro, en la que se estudia a fondo la actitud de Borges hacia Perón. 14. Piglia señala que Borges ha mantenido un modelo de sociedad bipartita durante toda su vida (6). Mantiene también que el dualismo del autor, fomentado por su doble herencia, se refleja tanto en su ideología como en la estructura de sus textos. (Esto incluiría el debate judío/antijudío y ciertas licencias retóricas, como el oxímoron.) Para un estudio más detallado de estas dualidades, consultar la obra de JAIME ALAZRAKI: *Versiones. Inversiones, Reversiones. El espejo como modelo estructural del relato en los cuentos de Borges* (Madrid: Gredas, 1977). 15. GEORGE STEINER: *Extraterritorial* (Nueva York: Atheneum, 1971), VIII. 16. RITA GUIBERT: "Borges habla de Borges", *Life en español*, 31, núm. 5, 11 marzo 1968, 48-60, reimpresso en Jaime Alazraki, ed. *Jorge Luis Borges* (Madrid: Taurus, 1976), 318-355. La cita está en la página 350,

Y Para Borges— como señalan estas líneas— la Biblia es un libro esencialmente hebreo. El conocimiento y el amor por las Escrituras de Fanny Haslam, un ejemplo del profundo biblicismo de la cultura protestante inglesa, se convierte en una fuente más de aprecio hacia el judaísmo. Una parte de la herencia británica de Borges es ese respeto por las Sagradas Escrituras, un respeto que todo inglés comparte, cualquiera que sea su grado de ortodoxia. La facilidad de obtener la Biblia en inglés, debida al número de traducciones (algunas de las cuales se encontraban en la biblioteca de los Borges¹⁸), hace a "los ingleses", quizá más que cualquier otro pueblo de Europa [...1, lectores de la Biblia]¹⁹; también influye en la moralidad protestante y en la literatura inglesa. Cuando Borges llama a la Biblia hebrea "el punto de partida de todo", refiriéndose a ella como la base de la ética occidental y como uno de los textos fundamentales de la literatura de Occidente, está reflejando la herencia de su abuela británica concedora de la Biblia ²⁰.

Los años de formación de Borges en Buenos Aires permitieron una aproximación a los judíos y al judaísmo. En su hogar con dos códigos, que propiciaba el desarrollo de un sentimiento de duplicidad, y en el que se proponían caminos alternativos, el judaísmo se presentaba como el menos explorado, pero a la vez el más rico, el que llevaba a lo nuevo y desconocido, al mismo tiempo que llevaba a los orígenes. Pero estos comienzos juveniles habrían de ser reforzados y cimentados antes de madurar hacia una visión clara. En 1914 la familia Borges abandona la Argentina para establecerse en Europa durante siete años. Esta estancia en el continente fortaleció la vena extraterritorial de Georgie, y resultaría decisiva a la hora de inclinar a Borges hacia el Pueblo del Libro.

17. "Los primeros 25 años de Davar", *Davar* (Buenos Aires), núm. 125 (primavera 1974), 71. 18. Probablemente Borges se refiera a estas Biblias cuando escribe en "El libro de arena", obra que reúne ciertos elementos autobiográficos: "En esta casa hay algunas biblias inglesas, incluso la primera, la de WICLIF [sic] (*El libro de arena*, 170). 19. DAVID DAICHES: "The Influence of the Bible on English Literature", en *The Jews: Their History, Culture and Religion*, Louis Finkelstein, ed. Jewish Publication Society of América, 1966j, II, 1469. 20. ODED SVERDLIK: "Borges habla de Israel y los judíos", *Nuevo Mundo Israelita* (Caracas), núm. 190, 25 marzo-1 abril 1977, 3.

“SIN ISRAEL, NOSOTROS NO EXISTIRÍAMOS”: LA DIÁSPORA SEFARADÍ Y LOS ORÍGENES DE BORGES

MARTÍN HADIS

Nota: el contenido de este artículo está basado en mi libro *literatos y excéntricos: los ancestros ingleses de Jorge Luis Borges*, publicado por Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2006

“Mi destino -dijo Borges una vez- es literario. Recibí esto como una herencia [...] En mi casa siempre se entendió que yo debía ser el escritor, que yo tenía que realizar el destino literario negado a mis mayores.” El padre de nuestro escritor fue Jorge Guillermo (nacido en 1874), a su vez hijo del matrimonio del coronel Francisco Borges con una mujer inglesa, Frances Haslam. Haslam es un apellido inglés relativamente común, de origen toponímico. Desciende del inglés antiguo *hæsel*, que en inglés moderno da “hazel”, “avellano” y en su forma más remota, Hasleham, procedente del anglosajón *hæselham*. En el primer caso, hace referencia a alguien que vivía o poseía tierras “cerca de los avellanos” o “al lado de los avellanos”; en el segundo caso, a una granja o finca en la que abundan estos árboles.

Borges recuerda que la biblioteca de su padre, en la que se crió, era “una gran biblioteca con una mayoría de libros ingleses porque su madre [Frances Haslam] era inglesa”. Y en su autobiografía comenta que su abuela inglesa “era una gran lectora”, rasgo que no suscitaría sorpresa alguna hoy en día, pero que es sin duda notable para una mujer nacida en 1842. Y es que estos antepasados de Borges conformaban un verdadero clan de intelectuales..

LOS HASLAM: ARRIBO A ARGENTINA

Pero ¿Cómo llegaron los Haslam a Argentina? Borges, en su *Autobiografía*, relata:

Una azarosa trama de circunstancias trajo [a Frances Haslam] a América del Sur. [Su] hermana mayor ... se había casado con un ingeniero italo-judío llamado Jorge Suárez, quien introdujo los primeros tranvías tirado por caballos en la Argentina, donde se establecieron él y su mujer y desde donde mandaron a buscar a Fanny¹

Borges no se equivoca al informarnos que este señor Suárez, tío abuelo suyo, era italo-judío. Los documentos de naturalización de Suares en Inglaterra revelan que su verdadero nombre era Giorgio Graziadio Suares, y que procedía de Livorno, ciudad portuaria de la Toscana italiana.

Para comprender las circunstancias de la llegada de los Haslam a Argentina debemos, por lo tanto, volver nuestra mirada por un tiempo hacia la ciudad en la que nació Giorgio Graziadio Suares.

LIVORNO: LOS MEDICI Y LOS JUDIOS

La historia de Livorno como ciudad portuaria comienza en 1577, año en que los Medici encargaron al gran arquitecto Bernardo Buontalenti la construcción de una “ciudad ideal”, con el objetivo de darle a sus dominios de la Toscana una salida comercial al mar. En 1593, Ferdinando I de Medici lanzó *La Livornina*, una proclama que ofrecía a los judíos de la diáspora mediterránea la protección del granducado de Toscana. Los judíos -levantinos, españoles y portugueses- aceptaron la propuesta y acudieron a Livorno de a miles; la ciudad creció así en población y en riqueza. La ciudad portuaria de los Medici se convirtió también en un centro de conocimiento y diversidad cultural e intelectual, famoso por sus imprentas y sus casas de estudios. A fines del siglo XVII, había en Livorno alrededor

¹ “Fanny” era el sobrenombre familiar de Frances Haslam. Curiosamente, los Borges dieron luego el mismo apelativo cariñoso a Doña Epifanía Uveda de Robledo, quien trabajó como empleada doméstica de Borges durante varias décadas.

de 3000 judíos² que constituían una comunidad cada vez más floreciente.

El esplendor de Livorno duró hasta fines del siglo XVIII. Para ese entonces la comunidad judía de Livorno había llegado a 5000 personas. A partir de 1796, Livorno fue ocupada en numerosas ocasiones por tropas francesas. Desconocemos la fecha exacta de la partida de Suares de su ciudad natal; como hemos visto, es muy posible que haya pasado muchos años de su vida errando por el mundo. Lo cierto es que arribó a Londres en 1852. Allí, en algún momento, Suares conoció a Caroline Jane Haslam, futura tía abuela de Borges.

Giorgio Graziadio Suares y Caroline Haslam contrayeron enlace el 2 de Agosto de 1860 en la Iglesia de St. John the Evangelist, Notting Hill, Londres.



Vista reciente de la fortaleza vieja de Livorno. Construida durante el siglo XVI, la Fortezza Vecchia es el símbolo de la ciudad, y un ejemplo típico de la arquitectura impulsada por los Medici. Imagen de: TOSCANA: GUIDA FOTOGRAFICA. Narni - Terni PRINTGRAF, 1981. Sin nombre de fotógrafo.

² Esta cifra representaba el 10% de la población total de la ciudad.

ARRIBO A ARGENTINA

Caroline y Giorgio Graziadio Suares vuelven a aparecer en registros escritos recién en el año 1866; y cuando lo hacen, no es en Inglaterra, sino en la Argentina: más precisamente en Paraná, Entre Ríos. Caroline Haslam y Giorgio Suares fueron, evidentemente, los primeros miembros de la familia Haslam en llegar a la Argentina.

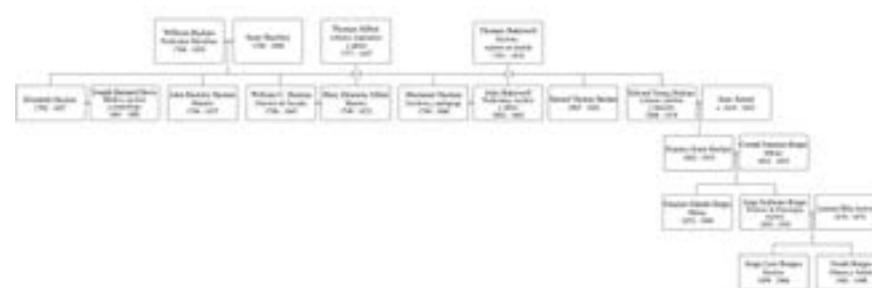
“Jorge Suárez” será el nuevo apelativo que Giorgio Graziadio Suares utilizará en nuestro país; este es de hecho el nombre que Borges usa para referirse a su tío-abuelo en su *Autobiografía* (pero por una cuestión de coherencia, yo continuaré llamándolo “Suares” en las páginas que siguen).

Como afirma Borges, Giorgio Graziadio Suárez (ya bajo su nombre local “Jorge Suárez”) inició distintos emprendimientos en la Argentina, entre ellos emprendimientos agrícolas y obras civiles. En el mismo año 1867, aparece mencionado en el listado de propietarios de colonias de departamento Sauce (Paraná)³:

Jorge Suares, propietario de una colonia en el dto. Sauce (depto. Paraná) - había importado de Inglaterra 4 segadoras y 1 trilladora Ramsom con su motor locomóvil con las que reemplazó a la siega con hoz y guadaña y a la trilla con yeguas.

³ Fehleisen de Ibáñez, Elsa. *La colonización germana en el Río de las Conchas* -pag. 163

Arbol genealógico de la familia Haslam



LA LLEGADA DE FRANCES HASLAM

Estamos ya en condiciones de regresar al relato de Jorge Luis Borges con el que hemos iniciado esta crónica. Frances Haslam, abuela de nuestro escritor, llegó a la Argentina una vez que Giorgio Suares y Caroline hubieron logrado establecerse. Los hechos subsiguientes que llevaron al nacimiento de Borges en la Argentina los cuenta el mismo escritor en su *Autobiografía*:

Fue en la ciudad de Paraná donde Fanny Haslam conoció al coronel Francisco Borges. Ocurrió en 1870 o 1871, durante el sitio de la ciudad por los montoneros de Ricardo López Jordán. Borges, montado a caballo al frente de su regimiento, comandaba las tropas que defendían la ciudad. Fanny Haslam lo vio desde la azotea de su casa; y esa misma noche organizaron un baile para celebrar la llegada de las tropas gubernamentales de relevo. Fanny y el coronel se conocieron, bailaron, se enamoraron y con el tiempo se casaron.

EL FIN DE LA DICHA: LA BATALLA DE LA VERDE

Viviendo toda una serie de andanzas, el coronel Borges y Frances Haslam continuaron viviendo una vida dichosa en Junín, y hubieran seguido siendo felices durante muchos años si no fuera por las perturbaciones políticas de la República Argentina que irrumpieron nuevamente en sus vidas. En 1874 el coronel Borges murió en la batalla de La Verde, y Frances Haslam debió cuidar en su viudez a los dos hijos pequeños de la pareja.

Con el correr del tiempo estos dos hijos de la pareja siguieron las respectivas vocaciones de sus ancestros. Francisco Eduardo, el mayor eligió la carrera militar de su fallecido padre. En cambio, su hermano Jorge Guillermo Borges, se inclinó —crucialmente— por el idioma inglés, la poesía, y el legado intelectual y literario de los Haslam. AL respecto, escribe Emir Rodríguez Monegal⁴:

⁴ En: *Borges: A Literary Biography*, p. 9.

tal vez el hecho de que [Jorge Guillermo Borges] hubiera heredado la ceguera familiar explica su elección de carrera. La consecuencia de esta decisión fue que [Jorge Guillermo] permaneció en gran medida bajo la influencia de su madre [Frances Haslam]: es decir, bajo influencia británica. Esto fue decisivo para el destino de [Jorge Luis Borges]

Es evidente, en todo caso, que el fallecimiento del Coronel Borges duplicó, en la rama que conduce a Borges, la fuerza del legado inglés de los Haslam. Si bien, en términos estrictamente biológicos, el padre de nuestro escritor mitad criollo y mitad británico, es indudable que —en ausencia del padre criollo— éste absorbió durante su la infancia la lengua y la cultura inglesa que prevalecían en el hogar encabezado, únicamente, por Frances Haslam. Jorge Guillermo Borges, futuro padre del escritor, se crió y obtuvo su formación intelectual en un ámbito cultural abrumadoramente inglés, el mismo ámbito en el décadas más tarde criaría a su propio hijo, Jorge Luis Borges. El resto, como suele decirse, es historia.



Coronel Francisco Borges Lafinur (1832-1874). Esposo de Frances Haslam, abuelo de Jorge Luis Borges, fallecido en el Combate de La Verde.



Jorge Guillermo Borges (1874-1938).

EL PUEBLO DE ISRAEL EN LA GENEALOGÍA DE BORGES

Nada de esto hubiera tenido lugar sin embargo, si Giorgio Graziadio Suares, empresario y probable ingeniero italo judío, no hubiera viajado de Livorno a Londres, no se hubiera casado allí con Caroline Jane Haslam, y no hubiera decidido viajar, junto con ella, para instalarse en la Argentina. La comunidad judía de Livorno fue, así, la intermediaria o celestina que vinculó a dos familias, Haslam y Borges, y a dos naciones, Argentina e Inglaterra. A Borges, que siempre se sintió cerca del pueblo judío, le hubiera agradado saber que debía su propia existencia, y el encuentro de sus dos linajes, al ascenso y caída de una ciudad de cabalistas.

Los vínculos internacionales de la comunidad judía de Livorno fueron fundamentales para conectar a esa ciudad con Londres, y también a Londres con Paraná. De no haber mediado estos vínculos entre los judíos de Livorno y la comunidad sefardí de Londres, lo más probable es que Giorgio Graziadio Suares jamás hubiera viajado a Inglaterra y nunca hubiera conocido allí a Caroline Jane Haslam. Si no fuera, asimismo, por las conexiones de Suares, esta pareja de tíos abuelos del escritor nunca hubiera viajado a la Argentina. Caroline, por lo tanto, jamás hubiera invitado a su hermana Frances (futura abuela de Jorge Luis Borges) a visitar Paraná. Por el contrario, Frances Haslam hubiera permanecido en Staffordshire y no habría conocido nunca al Coronel Borges. En tal caso, Jorge Guillermo Borges (padre del escritor) y el mismo Jorge Luis Borges jamás habrían nacido.

En una entrevista comentando el rol central de Israel en la historia, Borges llegó a afirmar:

*Uno no puede imaginarse el mundo, uno no puede imaginarse la historia sin Israel. Sin Israel la historia sería distinta. Por lo pronto, nosotros no existiríamos, o existiríamos de un modo muy distinto*⁵.

Borges se refería con esta afirmación a la historia del mundo, pero estas palabras se aplican, literalmente, a sus propios orígenes.



La Livornina. El texto comienza con las siguientes palabras: “Don Ferdinando Medici, por la gracia de Dios, tercer Gran Duque de Toscana... A todos vosotros mercaderes de cualquier nación: orientales, occidentales, españoles, portugueses, griegos, alemanes e italianos, judíos, turcos, moros, armenios, persas y otros, os saludo. Queremos expresar por esta carta de manera manifiesta que, atento a las consideraciones que nos impulsan y a nuestro deseo máximo del beneficio público queremos fomentar la voluntad de extranjeros de comerciar y traer su mercancías a nuestra querida ciudad de Pisa y puerto de Livorno.”

Al poner su firma en este documento, en el año 1593, Ferdinando I de Medici logró su cometido de fomentar el crecimiento de Livorno, pero al mismo tiempo y sin sospecharlo desató una cadena de causas y efectos que culminó con el nacimiento, en la Argentina y tres siglos más tarde, de Jorge Luis Borges.

Fuente: Schoenberg Collection of Electronic Text and Image, The Schoenberg Collection.

⁵ Noticia aparecida en la Revista Hebraica, pag. 36, Buenos Aires, 1969

EL MUNDO JUDÍO DE BORGES

BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT

Estos recuerdos llevan plegados dentro de sí la gratitud conmovida de quien ha recibido de él bienes y favores que nunca pudo agradecer en una medida ni siquiera aproximada a los beneficios obtenidos de la frecuentación, el trato, la amistad y la familiaridad que me prodigó con inteligencia y bondad que ya no son de este mundo. Cada encuentro con él significó una substanciosa ocasión como el destino no ha de volver a brindármela por segunda vez. Sé que su muerte no representa sino un fenómeno fugaz y sin importancia (exceptuando la del dolor que nos produce), y sé que la tumba número 735 del pequeño cementerio ginebrino de Plainpalais no es más que el sitio donde se halla lo perecedero físico del entrañable amigo, del siemprevivo escritor, pero aun sabiéndolo, y teniendo lo que nunca habremos de perder, lo imperecedero de su obra y de su esencialidad, la certidumbre de que jamás nadie nos hablará como lo hiciera él, no tiene consuelo. Aunque su desaparición no sea un término, un brusco final, sino el paso suave, la leve transición de la mortalidad a la inmortalidad, la penosa sensación de no tenerlo en persona y por extensión y expansión la certidumbre de no contar ya con su inteligencia en ascuas, la sabiduría omniscia y el restallante humor que no compartió con nadie, equivale a la percepción de haber perdido un bien, y nada es menos sobrellevable para la desvalida criatura humana que un bien perdido amado y admirado.

Un lunes lluvioso de diciembre de 1957 (como si dijéramos ayer), por pedido del obeso y obseso pero bienquerido y bienvenido Ilka Krupkin —era ya el chejoviano autor de *La taza de chocolate* y usaba aquella bata rusa que tiene olor a Moscú (Leopoldo Marechal dixit)— fui a buscar a Borges para llevarlo a un acto en el que la bailarina y coreógrafa Paulina Ossona y sus alumnos representarían el ballet *Los espejos*, inspirado en la poesía del poeta para quien el espejo no era sólo una lámina de cris-

tal azogada en el que se reflejan los objetos que tenga delante sino un juego de alusiones y metafísicas susceptibles de anímicos significados. La presencia del inspirador del ballet era el concupiscente sueño dorado del dulcísimo Ilka y de la terpsícore Paulina Ossona. Por esos días había aparecido mi libro Nicolás Olivari, poeta unicaule: No fue un acontecimiento literario nacional que conmoviera al par e imparnaso nacional, pero Borges estaba informado. Es lo cierto que en los heroicos y nobilísimos tiempos del fingido y artificioso cuodlibeto entre los grupos denominados de Florida y de Boedo, Borges había dicho con nueve palabras cada una de las cuales caía como espesas gotas de lacre sellando y resellando un juicio nacido de la sinceridad: “Nicolás Olivari es el más indudable poeta que oigo”; pero también lo es que el más indudable poeta que Borges oía se hallaba por esa época un tanto casi más o menos aproximadamente entre la prole adicta a un gobierno cuyo jefe y cuya política y cuyo sistema y cuyos modos y costumbres y cuyas alpargatas opuestas a los libros eran odiados, execrados, detestados, abominados, todo sin cambiar de andén, por el Borges que, por ser su natural apacible y de genio suave no tenía hiel, pero ésta se le elaboraba con toda la bilis y su amargura y aspereza cuando algo o alguien trasuntaba el gobierno de su enconado e ineludible aborrecimiento. Al verme entrar en su departamento vio entrar también al poeta que quizás no marcara sumisa y sumidamente el paso redoblado en la coluvie de la cultura (llamémosla provisionalmente así) gubernamental pero que tampoco se oponía a ella. Cuando le avisaron mi llegada Borges sabía, por el anuncio de Krupkin, que quien venía por él era el biógrafo y crítico de Nicolás Olivari. No nos conocíamos personalmente, nunca nos habíamos encontrado. Por toda y única contestación a mi saludo hizo a tiro hecho un intencionado, insinuativo “¿y qué hace ahora Olivari?”. Por la carga de alusión que no necesitaba aclaración reconocí que, no obstante especificarlo el Diccionario, igualmente es exacta la definición que da del verbo transitivo insinuar: “Dar a entender una cosa, no haciendo más que indicarla ligeramente”. Por suerte, mi respuesta al retintín y a la punzada y al sutil carientismo de la pregunta (como lo era en todo, también en el arte del chestertoniano carientismo Borges fue un magister ludí cuyo virtuosismo le envidiaban Marcial, Voltaire y Bernard Shaw) tuvo la virtud de gustarle y servir para que me comprendiera y no me incluyera entre los afiliados al bando de las alpargatas y por sobre todo para que fundara, precintara y bautizara una amistad y un afecto

Queridos amigos:

no me perdono mi inevitable ausencia. Quiero repetir que de algun modo estoy con ustedes, intimamente, esencialmente. Sólo nos alejan las circunstancias, que son, según se sabe, ficciones.

Un perdurable abrazo.

Jorge Luis Borges.

Estas líneas fueron enviadas por Jorge Luis Borges al Instituto de Intercambio Cultural y Científico Argentino - israelí, en ocasión de una reunión a la que no pudo asistir.



En sus años mozos (Buenos Aires 1921)
Reproducción foto: Amanda Ortega

recíprocos e inalterables: “¿Y por qué no me pregunta también por Romain Rolland?”. Siendo la clarividencia una de las facultades del creador de El Aleph no ha de extrañarse la intrigada lectora y el expectante lector que Borges hiciera la más lógica y correspondiente de las preguntas: “Ah, ¿usted ha escrito un libro sobre Romain Rolland?”. Que fuese así y que mi libro se titulase Humanismo, combate y soledad le complacieron, aunque más todavía le agradó la inminencia de la publicación en La Nación de mi ensayo *La muerte del escarabajo*, en el que tomo partido por el compromiso con la literatura en oposición a la literatura comprometida. Cuando le dije que en mi libro La torre de marfil y la política hacía, contra todos los vientos, el batondeo humanístico que proclame y sostenga la independencia espíritu-intelectual del hombre de letras, y agregué (para que mi auto presentación quedase completada y complementada) que el libro sobre Nicolás Olivari llevaba el subtítulo de *Un Ensayo sobre la Originalidad* y en él defendía con pasión la originalidad y atacaba acerba-mente el lugar común, y que mis fruiciones eran Proust, Joyce, el padre del Padre Brown, su amado Chesterton, Shakespeare, Ezra Pound y Nuestro Señor Baudelaire, comprendimos que él y yo (aunque él fuese un eminente escritor, uno de los genios literarios de nuestro tiempo, y yo un insectito pecador) pasábamos a sentir lo que sentían los mosqueteros de Dumas: que todo nos unía y nada nos separaba. También habría de unirnos el judaísmo, la Sociedad Hebraica Argentina, su revista literaria Davar, el amor al filósofo borgiano Spinoza, la devoción por San Rafael Cansinos-Asséns, de cuyas *Luminarias de Janucá*, *El movimiento V.P.* y *Los judíos en la literatura española* hablamos tardes y tardes con devoción y filial amor; la compartida intrinsiqueza con nuestro común amigo nada común el poeta Carlos M. Grünberg, cuyo *Mester de Judería* él había prologado en 1940, época en que no hacía prólogos y sólo hizo ese por admiración, y también habría de unirnos la Guerra de los Seis Días, el fastidio por los escritores cacofónicos, por lo general mediocrones de la izquierda, tal como nos unía el desagrado que nos producían los poetas medianejos y adocenados de la derecha: en ambos casos, siniestros: los izquierdistas, siniestros “cual su nombre lo indica”; los otros, siniestros también aunque estuviesen a la derecha. Y habría de unirnos nuestra aversión por los prósbitas nacionalistas y su inculto burdo jingoísmo (el juez y poeta Ignacio B. Anzoátegui, para el que creamos ‘el alias de Nazi Oátegui, era uno de nuestros perfectos ejemplares y modelos de esa corriente ultramontana: el prototipo del in-

sensato rosismo antisarmientista, además de antisemita): nos unía nuestra compartida opinión sobre la política y los políticos, nuestro juicio sobre los comunistas, los fascistas y todo el vasto espécimen del totalitarismo; y en fin habría de unirnos nuestra ginolatría (de la que recíprocamente nos felicitábamos), nuestra frecuentación de Facundo (“es una lástima que no hayamos hecho del *Facundo* nuestro clásico” (...) “No creo que haya ninguno de la altura de Sarmiento”), el apego cariñoso que verdaderamente teníamos por Ulyses Petit de Murat, Manuel Peyrou y Carlos Mastronardi, tal como quedábamos unidos como en un monograma por la ninguna inclinación sentimental e intelectual respecto del filósofo Che Guevara, el erudito cuan sapientísimo omnisapiente Jauretche, el sentido budista del justicialismo y el zen de los sindicalistas y la plaga de los psicólogos con el mixti fori y la engañifa de su psicología; y unidos umbilicalmente quedamos por la encumbrada opinión que nos merecía el sublime y excelso Rabindranath Tagore (“un poeta de tercer orden que sólo se caracterizaba por vestir una túnica celeste: tramposo de buena fe, invención sueca”. ¡Ah, como hemos reído con su alteza Rabindranath, robes et manteaux orientales, loado sea el Señor por habérmolo permitido!). ¡Cuánto hay que agradecer a las encendidas filias y a las enrabiadas fobias el que haya permitido que un espíritu superior, una inteligencia relampagueante, un generoso corazón y en suma un escritor inmenso e indimense haya prodigado su enseñanza y sus mejores sentimientos a un devoto suyo que lo quería y lo admiraba sin declinaciones!

Árboles genealógicos de
“casi todo el mundo”

El trayecto hasta la institución donde nos esperaban Ilka Krupkin y Paulina Ossona se realizó azotado por una de esas lluvias que permiten deducir que cuando se abren las presas del cielo es para que la humanidad se hunda y no vuelva más a la superficie. “¿Usted sabe cuál es el mejor modo de sobrellevar un temporal, o el calor o el frío? Estar conforme con él”. Le respondí que Ilka se preocuparía por la demora, pero a Borges le interesaba el tema de la lluvia: “Un romance, una canción de Sefaradí, acompañados de melodía, usted sabe, dice: Dió poderoso, / mándanos

lluvia, / avre tus cielos, arregla tus campos, / grandes y pequeños, todo pan queremos. “El Adón” (bueno, el Señor Dios) echa agua al motón. Lluvia queremos, Sol no queremos”. Es lo cierto que el azúcar se disuelve en el agua, pero nosotros, pasada la feroz turbonada, llegamos sólidos y enteros. No bajamos del auto hasta que Borges no concluyera su exposición: “Usted sabe, Ilka es judío, como usted, como yo, como casi todo el mundo. Se llama Jolodovsky, y lo ha cambiado por el de Krupkin en homenaje a la rudeza, a lo abrupto; muy raro en un ser tan apacible, y raro que se haya convertido. Yo creo que no ha leído bien los Salmos del rey poeta ni a Yehudá Haleví ni a Heine”. Mi observación fue un tímido balbuceo: “Preferirá a Claudel y a Juana Inés de la Cruz y a Santa Teresa de Jesús”. Borges no atacaba a su apreciado Krupkin: por el contrario, lo justificaba y lo defendía de un supuesto ataque: “Ilka no se ha convertido por lo que decía Benavente, que no hay judío más judío que el judío renegado, porque si se convierte no es por-que le conviene, sino porque ha encontrado el misticismo en el cristianismo. El juicio de Benavente es una de las tantas me-meces, discúlpeme que use esta palabra, pero si hablo de Benavente o de la condesa de Pardo Bazán o de Azorin puedo usar la ridícula palabra memez y sus derivados, es una de las tantas simplezas de algunos antisemitas españoles, sin contar que Benavente olvidó que Ben significa en hebreo hijo de. Los Salmos de David dicen Orejas tienen y no sienten. Ilka sentirá mejor el Sermón del Monte. Depende de las metafísicas facultades auditivas de cada uno. El refranero sefardí dice Gidío (judío) bovo no hay. Ilka es además de inteligente, sentimental, creyente y comilón, vivo y porteño, aunque haya nacido en Odessa. No es bovo. Después de cambiar de mano el bastón iba a continuar con el tema, pero ya llegaban Krupkin y Paulina Ossona. La bailarina y el poeta se lo llevaron y yo dejé cumplida la misión de traer a Borges al acto donde se representaría el ballet Los espejos, una hipotiposis coreográfica de su poema homónimo.

De judíos, de sefardíes y askenazíes, de antisemitas y otros endriagos y ectópagos, de Jerusalén y de Ibn Gabirol y del Golem y de Gershon Scholem y del rabino de Praga Yehuda Ben Betzalel Low y de Cansinos-Aséns hablaríamos durante treinta años: en el sexto piso de su tebaida de la calle Maipú, en el cuarto piso de mi almandarache de la calle Corrientes, en el memorable piso undécimo de la Sociedad Hebraica Argentina donde tenía su sede y su fede la Dirección de Cultura de la institución, en la Biblioteca Nacional, en la Fiesta de las Letras de Necochea (una fotografía

junto al mar tomada por Berta Pavlotzky nos muestra como a redivivos Ulises y Palinuro arrancados de La Odisea y La Eneida), en la Sociedad Argentina de Escritores, esa Santa Sede de la que abjuró con las debidas reverencias, en la Academia de Letras, y en otros lugares y otros lares donde la divinidad mitológica que preside los sucesos de la vida (quiero decir la fortuna) me ofrecía uno de sus dones; encontrarme con Borges.

Por espacio de veinte meses el creador de *Historia universal de la infamia* trabajó en mi despacho de la Hebraica. No era más el director de la Biblioteca Nacional y ese fue el cálido asubiadero donde se libraba de importunos, de ruidos de la trapalanda literaria porteña y de todo el trajín que perturba el qué hacer y el que pensar creadores. Llegaba cerca de las tres de la tarde para dictar, escuchar lecturas y preparar conferencias, artículos, libros. Sabiendo yo que se retiraría a las seis y media, y en un acto de perdonable especulación, solía caer una hora antes para encontrarlo. No ignoraba Borges que yo decía a algunos íntimos, aptos para entender la broma, susceptibles de comprender la travesura: “Este es mi teléfono directo en Hebraica: si no estoy, déjele el mensaje a Borges”. Cuando yo llegaba, su respuesta a mi saludo consistía en decir que yo era un ser afortunado protegido de los dioses, pues nadie me había llamado (o bien darme las condolencias porque tal poeta me había llamado). Allí escuché páginas de inolvidable recordación, confidencias de las que me enorgullecía ser su inmerecido destinatario, muestras de un humor pleno de sabiduría e inteligencia, reflexiones filosóficas y conceptos literarios propios del homo sapiens y el homo ludens que coexistían simbióticamente en el rico humanista que él renacentísticamente era. Le recordé su frecuente insistencia en proclamarse judío, como en su imborrable artículo Yo, judío, y como cuando me habló de los judíos que éramos Ilka Krupkin, él, yo y “casi todo el mundo”, y ratificó sus expresiones con el estilo y el fondo atrapadores que lo distinguían: “Mis dos apellidos son portugueses, como los del rey de los schnorrers Barzillai Azevedo da Costa, el rey de los mendigos que el judeoinglés Israel Zangwill retrató en una divertida pero conmovedora novela. Cuando el schnorrer Manasseh Bueno Barzillai Azevedo da Costa dice su nombre agrega con orgullo: ¡un sefardí! En un libro de Ramos Mejía (que también era judío o demi-julf, como Proust, como Montaigne, como Aloysius Bertrand) hay una lista de apellidos judíos de Buenos Aires: Acevedo, el de mi madre, Pinedo, también de mi familia. Aquí creemos que son judíos los terminados en Insky, Avsky, Berg o Stein;

Ocampo y Pereyra también lo son. Los judíos sefarditas tenían apellidos judíos o españoles o italianos, algunos con nombres de ciudades, como los Álvarez de Toledo, que eran duques de Alba y eran judíos. En mi familia hay un apellido Rubio, un apellido judío español. Y, además, a ver, ¿por qué no podría ser judío?”.

(La más infalible de las genialidades de la paremiología es la que, por tan antigua, no hay memoria de cuándo se dijo por primera vez: no hay mal que por bien no venga. Hablar mal de los judíos es un •mal, pero la resolución de hacerlo puede originarse de un bien. Hallándose en la Biblioteca Nacional con Borges y José Edmundo Clemente, un genealogista alemán, experto en linajes y erudito en la serie de progenitores según los apellidos, que tenía en la uña todos los conocimientos relativos a los árboles y prontuarios genealógicos, y tan versado en agnaticios como docto en cognaticios y también perito en líneas rectas y líneas transversales de las parentelas e inclusive ducho en troncos, compaternidades y putativismos, les informó al director y al subdirector de la Biblioteca acerca de sus apellidos. El de Borges correspondía a judíos de Portugal y el de Acevedo también era judeoportugués. Y que no vaya a creer José Edmundo Clemente que el suyo no es también apellido de raíz y ascendencia judías. Porque los Clemente, así como los Acevedo y los Borges... El portentoso genealogista alemán abandonó, ufano de sus conocimientos y satisfecho por el deber cumplido, el recinto dejando a Clemente y a Borges tan pensativos como sonrientes. Entonces Borges, que quizás sea nuestro mayor humorista, dijo a su inminente cómplice en el antisemitismo, Clemente: “Siendo así como ha dicho este herr, podemos hablar mal de los judíos sin complejo”).

EL LUGAR DE ISRAEL EN EL UNIVERSO

En este tornaviaje a un escritor que releeremos siempre con fruición y provecho, a un amigo que no pasará jamás a las galerías del olvido —mientras nosotros vivamos vivirá él también con nosotros—, que hago a trancas y barrancas para el 6 de Sefárdica, dedicado a él, muchos hechos y muchas palabras tuyas quedarán sin nombrar. A Borges le he oído recordar el non omnia possumus omnes de la octava Égloga de Virgilio, “no podemos todas las cosas”, y ahora debo reconocer, por una vez

más, que no hay concepto virgiliano que no deba ser reconocido como cierto e incontestable. Quedarán entonces omitidos pensamientos, actos, ejemplos, sabidurías, éticas, bellezas y encantamientos de este relevante goi para quién “una de mis felicidades consiste en pensar que podría pertenecer al pueblo de Moisés ben Maimón, de Yehudá Haleví y de los sefirot”, como dijo al expresar su hondo afecto por el editor Manuel Gleizer, uno de los soñadores del ghetto que Israel Zangwill habría incorporado a su enternecedora galería. Pero no ha de quedar omitido el recuerdo de la mañana en que Borges se nos apareció en nuestra alcabala cultural de Hebraica, el tercer día de la Guerra de los Seis Días, diciendo por todo saludo al entrar en el cuarto: “¡Viva la Patria!” El bibliófilo y bibliólatra Víctor Aizenman, mi colaborador y compañero de remo en las galeras de la actividad cultural, tuvo un presentimiento y preparó el grabador. “Vengo a pedir la hospitalidad de Davar: un poema titulado A Israel”. Con la voz emocionada, resistiéndose a sentarse, rechazando el café, comenzó a decir los estremecedores endecasílabos del célebre soneto: *Quién me dirá si estás en el perdido/ laberinto de ríos seculares/ de mi sangre, Israel? ¿Quién los lugares/ que mi sangre y tu sangre han recorrido? / No importa. Sé que estás en el sagrado/ libro que abarca el tiempo y que la historia/ del rojo Adán destaca y la memoria/ y la agonía del Crucificado. / En ese libro estás, que es el espejo/ de cada rostro que sobre él se inclina/ y del rostro de Dios, que en su complejo/ y arduo cristal, terrible se adivina. / Salve, Israel, que guardas la muralla/ de Dios, en la pasión de tu batalla.* No he



B. E. Koremblyt y Borges en el 70° cumpleaños del autor de “El Aleph”

de omitir tampoco su visita a mi casa luego de haberle dicho que pasaría yo por la suya a retirar el poema *Israel (Un hombre que se inclina sobre la tierra/ y que sabe que estuvo en el Paraíso, / un hombre viejo y ciego que ha de romper/ las columnas del templo (...), un hombre que a pesar de los hombres/ es Spinoza y el Baal Shem y los cabalistas, / un hombre que es el Libro, (...), que dialogó con Dios en la montaña, (...) un hombre lapidado, incendiado/ y ahogado en cámaras letales, / un hombre que se obstina en ser inmortal/ y que ahora ha vuelto a su batalla, / a la violenta luz de la victoria, hermoso como un león al mediodía*. Se adelantó a mi visita y trajo la colaboración para Davar, cuya “hospitalidad pedía por una vez más”. Había venido milagrosamente solo y merced a una tenacísima insistencia conseguimos Esther y yo que nos permitiera acompañarlo a su casa. Unos pasajes de su disertación (junto a las de Juan Carlos Ghiano, Carlos Mastronardi, H. A. Murena y Ernesto Sábato) con motivo de “Los primeros 25 años de Davar” (no sabíamos que habrían de ser los únicos) no pueden de ningún modo ser omitidos: entre sabios conceptos sobre literatura, judíos e Israel y el irresistible humor de un sabio piadoso e irónico, su discurso es un dechado del talento, la generosidad y la omnisciencia de Borges:

“La tarde nos congrega para celebrar el vigésimo quinto aniversario de la revista Davar. No he preparado ninguna disertación. La verdad es —y esto lo digo para quienes me reprochan mi falta de criollismo—, que soy más bien un payador. Y soy un payador porque creo que, hablando, diciendo aquello que parece dictarme el azar, estoy diciendo lo más esencial que hay en mí. Quiero expresar en primer término mi gratitud personal. Quiero agradecer a mi amigo Korembliit su resignación ante los trabajos con los cuales lo he abrumado desde hace tantos años. Por increíble que parezca nunca me ha devuelto una colaboración: las ha publicado todas. Y ha sido tan cortés que muchas veces —yo diría, todas— me ha dicho que le agradaban. Pero ese es un motivo personal y desearía ir algo más allá de los límites de la amistad, si es que la amistad tiene límites, lo cual no es más que una hipótesis que me parece puedo decir aventurada. Quiero hablar brevemente de la obra de la revista y de la obra de la Hebraica, que tienen un carácter especial y de algún modo paradójico. Es natural que no-

sotros los argentinos, cuya tradición tiene poco más de un siglo y medio, busquemos alimento en otras culturas. Y ojalá que lo busquemos en todas las culturas del mundo, pero en el caso de la cultura hebrea, esa cultura que se conjuga con la argentina y que la enriquece, hay un hecho que he señalado muchas veces y es la relación que podríamos llamar filial que existe entre las dos. Más allá de nuestras creencias o descreencias personales, los argentinos pertenecemos a la cultura occidental, o, si se quiere, cristiana. Y el hecho de que algunos sean ateos, de que algunos sean católicos, de que otros sean protestantes, de que otros sean simplemente agnósticos, no invalida lo que acabo de decir. No invalida el hecho de que todos seamos —y no es la primera vez que lo diga— griegos y hebreos. Griegos porque no podemos concebir nuestra cultura sin los “Diálogos”, aquellos “Diálogos” —mitad recordados y mitad soñados por Platón— de Sócrates. Sobre todo, aquel último, el más sereno, el más impersonal de algún modo, antes de beber la cicuta. Y luego tenemos el otro manantial, el hebreo. Paradójicamente en mi caso, yo llegué muy pronto a ese venero, ese manantial, porque una de mis abuelas era inglesa y sabía la Biblia de memoria. Como yo me he criado dentro de la lengua castellana y dentro de la lengua inglesa, la Biblia entró en mí muy tempranamente. Luego vinieron aquellos años de la primera guerra mundial y paradójicamente fue, también, mi estudio del alemán lo que me llevó a lo hebreo, ya que puedo jactarme de ser el primer y muy imperfecto traductor de la obra de Martín Buber. ¡Yo entré en el idioma alemán apenas desflorado por la poesía del judío Heine y por la prosa de Gustav Meyrink, el autor de *E! Golem*. Y luego vino la traducción de la *Cábala*. Sentí que el hebreo era un idioma sagrado, un idioma inviolable para mí. Yo no he llegado a esa lengua fuera de algunas palabras, pero no es necesario, creo, saber el hebreo para sentir su gravitación, su poderosa gravitación. Además de los libros, de mis estudios de Buber y de la *Cábala*, hay otro hecho. El hecho de mis amistades, de tantos amigos judíos. En Ginebra ¿por qué no mencionar a Simón Jenninsky y a Mauricio Abromovich? Y en Buenos Aires ¿por qué no recordar a Gerchunoff, cuyo padre fue asesinado por un gaucho en Entre Ríos? Creo que todos debemos tratar de estudiar la

cultura judía y todos debemos buscar la amistad judeoargentina. Nos interesa el universo y en el universo el lugar de Israel es algo que nadie puede negar; nadie puede negar el vasto y ubicuo lugar de Israel. Pienso en lo que habrá significado la tarea que se ha hecho en la Hebraica. La concibo, pero no la imagino, porque eso sería como imaginar un laberinto. Y vuelvo a uno de mis símbolos predilectos. Entre tantas otras razones, me parece especialmente adecuado que esta tarde sabática esté consagrada al diálogo, siquiera al diálogo sucesivo de argentinos y de judíos. Esto es lo que queda decir a propósito de los 25 años de Davar, a propósito de Korembliit y de la Hebraica y de la cultura judía”.

¿Puede la razón y lo, pertinente rendirse a las exigencias del espacio (y en este turno al del sexto número de Sefárdica)? Ha de poder, cualesquiera sean las obligaciones y precisiones que debe el autor de este insuficiente y mezquino repaso, de este tan incompleto inventario (llamémosle provisional y abreviadamente así) de la presencia, existencia y esencia de Borges entre nosotros en general y en mí en particular. Guardo, pues, mis apuntes, dejo para otro homenaje de Sefárdica al taumatúrgico poeta que escribió los poemas a la nación Israelí, mis anotaciones. Quedan ahora sin mencionar con la minuciosidad y los pormenores de sumo interés con que debieran referirse, otros testimonios del judaísmo de Borges: las disertaciones en Hebraica en honor de Carlos M. Grünberg (otra en la Bene Berith con la advocación del seráfico Isabelino Scornik, a quien el Señor tiene ahora en el empíreo de los bienaventurados junto a Cesar Tiempo, Gerchunoff y Eichelbaum), y demás actos que son otros tantos hitos en la Sociedad Hebraica Argentina: la celebración de sus 70 años, una coruscante reunión en la que una multitud de pie (sin contar los 400 sentados) nos escuchó con avidez y entusiasmo: Abelardo Arias, Raúl H. Castagnino, Leónidas De Vedia, Delia Garcés, Roberto García Morillo, Carlos Mastronardi, Manuel Mujica Lainez, Victoria Ocampo, Manuel Peyrou, Rain Soldi conmovieron ese ámbito que en el séptimo piso de Hebraica emocionaba al escritor argentino festejado por los judíos.

“Jamás el su buen nombre non se acabara”



Tarjeta de invitación al Homenaje a Borges

En el aniversario del nacimiento de Percy Bysshe Shelley, el 12 de agosto de 1976, (Borges se complació en señalarlo) el sutil e implacable autor de Las alarmas del doctor Américo Castro, o si lo preferís el as you like it shakespiriano, “como gustéis” — el refinado autor de El ruiseñor de Keats fue designado socio honorario de nuestra institución, agregando su nombre a los de Albert Einstein y Waldo Frank. Acompañado de nuestros amicísimos Carlos Burone, Raúl H. Castagnino, Jorge D’Urbano, Rosa Rosen y Raúl Soldi pude decir que el carnet, la plaqueta y los documentos que lo acreditaban Socio Honorario no significaba que Borges fuese judío. Ciertamente no lo era, pero podía completar y complementar esta información diciendo que no, que no lo era pero que merecía serlo. Esa memorable noche el acto contó también con la participación de un amigo inseparablemente apegado a nuestro luciente asociado: Baruj Spinoza, otro que merecía ser judío además de serlo, sobre quien Borges dio una conferencia con la que vibró ese séptimo piso del número 2233 de esa calle Sarmiento. El tiempo, malvado ladrón que roba a los humanos los mejores deseos, permitió apenas, durante los siguientes cinco años, conferencias

de Borges sobre el non Macedonio Fernández, el maestro ultraísta de los actos juveniles que Borges vivió en Madrid, el humanista judeoespañol Rafael Cansinos-Assens, “noble e ilustre hijo de Sefarad encendido en el genio sefaradí”; acerca del Talmud de Babilonia publicado por Abraham Weiss, romántico editor de este y otros tiempos; nuevas disertaciones y participación en mesas redondas en torno “a todos los temas y a algunos más”: la poesía, el alma de Jerusalén, los sueños, las Glosas de Sabiduría o Proverbios Morales de Rab Shem Tov ibn Arduziel ben Isaac, por buen nombre “judío de Carrión” y por mejor aún el de Rabi de la Buena Fama: Non ha mejor riqueza/ que buena ermandat/ ni tan mala pobreza/ como la soledad, dijo Borges al entrar en Hebraica el día de la disertación, agregando: “dijo eso Shem Tov no porque su sabio poema fuera dedicado al rey Don Pedro sino porque nunca valoramos bastante los beneficios de la buena amistad”. Y he de concluir esta relación o informe de la asociación del poeta de Una Llave en Salónica con los judíos, con los sefardíes, con Hebraica, con Davar y con el viejo afecto que no envejeció con quien hace este informe o relación, anotando la fecha del 24 de noviembre de 1981: en esa fecha, de 1632, había nacido Spinoza, y podía decirse que en Hebraica se recordaba ese 349° aniversario con un acto celebrador de la traducción al hebreo de El libro de arena. “Aquella vez era el día del poeta Shelley” dijo Borges complacido y emocionado, “y este es el de Spinoza, poeta de Dios”. Los diez disertantes (Jaime Barylko, Raúl H. Castagnino, Jorge D’Urbano, Alberto Girri, Bernardo Ezequiel Koremblit, Marshall Meyer, Syria Poletti, Eugenio Pucciarelli, Berta Singerman, Dov Schmorak) hicieron sus personales exposiciones con color y fisonomía propios pero todos convinieron en que el idioma hebreo contaba ya con uno de los espíritus e intelectos que mejor había entendido, sentido y querido al pueblo de Abraham.

*Jamás el su buen nombre
non se acabará,
que lengua de tod’omre
siempre lo nombrará*

Con esta estrofa 1013 del Libro de Rabi Shem Tov —“Su buen nombre no se acabará nunca, que siempre lo estarán pronunciando las lenguas de todos los hombres”— abrí el acto del 3 de julio de 1986, en el encendido y apenado homenaje que le tributó Hebraica diecinueve días después de su muerte. Siempre había hablado con él y ahora debía hablar de él. (Lo hicieron también Raúl H. Castagnino, Antonio Di Benedetto, Maria Rosa Gallo, Alberto Girri, Jorge Masciangioli, Syria Poletti, Berta Singerman, Emilio A. Stevanovitch y Maria Esther Vazquez). Como si estuviéramos infringiendo la pausa del sábado, todos nos sentimos pecadores que no podíamos expresar con cuanta pena sentíamos y con admiración pensábamos a propósito de ese amigo davídico y levítico que nos había prodigado su amistad protectora, su ejemplo vital, el júbilo de sus ideas, la inteligencia de su humor, la densidad de su sabiduría, la lucidez de su originalidad. De quien debíamos haber aprendido (pues nos lo había enseñado: su pedagogía no era insuficiente: ¡la insuficiencia residía en los pedagogizados) a despojarnos de vanidades y también del lugar común execrado sea! Y a no recalar en la bulliciosa vulgaridad. Yo puedo decir que, si no aprendí de él cuanto quiso enseñarme, aprendí al menos algo que a él le complace lo haya aprendido: convertir el gemido en canto.

El infausto vocablo ghetto procede de guet que significa separación. Jorge Luis Borges nada quiso saber nunca de exclusiones odiosas, de pretericiones injustas, de divorcios sin causa. Murió sabiendo y ensalzando y festejando el advenimiento de la nación israelí que dio por terminados para siempre todos los ghettos. Lo celebró como el judío que quizás no fuese pero que sin duda merecía ser.

Nos queda el recuerdo de su persona y de su obra. No las abandonaremos como él nos abandonó a nosotros. Ocupemos bien o mal el tiempo, pasemos cuanto nos pase, el refrán sefardí nos iluminara con sabiduría y gozo: *Dame un grano de mazal (suerte) y échame en las fundicas de la mar*. Sea cual fuere la vicisitud, sea esta o aquella la adversidad, el consuelo y el desagravio vienen de la *mazal* de haber conocido, tratado y querido a Borges.

Febrero de 1987

BORGES: TAN UNIVERSAL Y PARTICULAR COMO EL PUEBLO ODIADO-AMADO

JOSE LUIS NAJENSON

Borges no era judío ni cabalista, pero envidió ambas, pesadas cargas, casi afanosamente. Ciertamente es que en su obra, esa cosmogonía inconclusa con un héroe de mil caras, hay otros perfiles trazables: un Borges anglosajón, oriental, cervantino etc., y desde luego, uno porteño; al mismo tiempo que su argentinísima “universalidad”, tan poco etnográfica o parroquial. Pero lo “judaico”, para usar un eufemismo, evidente y a la vez diferencial, que alude al objeto más que al sujeto, la cultura, más que a sus portadores, ejercía sobre él una atracción especial. En cambio, resulta difícil encontrar en su creación literaria —y menos en su personalidad— manifestaciones propiamente “judías”. No solamente porque es azaroso pensar en una “personalidad judía colectiva”; harto problemáticos ya son los conceptos de “personalidad básica y carácter nacional”, a pesar de los esfuerzos de A. Kardiner y E. Fromm (y descartando cualquier acercamiento a la nefasta noción de “raza”, tanto en su uso como abuso) sino porque “judío” es un término polinesio, con diversas —y aún antagónicas— acepciones cambiantes, incluso en el espacio de una sola generación. Es factible, sin embargo, abordar el tema de los aspectos, o más bien la temática judaica en su producción poética y narrativa.

Empezando por la Cábala, cuya aura le ha sido adjudicada, a menudo, al gran escritor argentino, su conocimiento resulta imposible sin la posesión del idioma hebreo. Y Borges, que había leído no acerca de ella como para percatarse de este hecho ineluctable, lo reconoce en varios pasajes de su obra y en sus expresiones orales. “Yo no sé hebreo” reitera con resignación e indudable tristeza (1). Aunque ese *handicap* —ya que dominaba varios idiomas— le impidió entrar *de profundis* en el laberinto infinito de la Cábala, Borges vislumbró lo suficiente para poder afirmar —de manera

intuitiva— que sus textos “no están escritos para ser entendidos sino interpretados” (2). Como lo admitió en varias oportunidades, había leído el *Sefer Ha-letzirá*, O “Libro de la Creación”, en esa “hermosa y creo que justa traducción de León Dujovne”, las versiones inglesas y alemana del Zohar; así como casi todo Scholem y otros análisis sobre la Cábala. Pero no era un iniciado ni pretendía serlo; al contrario, estaba seguro de que jamás hubiera podido acceder a ello.

La fascinación de Borges por la mística judía ha sido bastante estudiada (3), al igual que su vinculación con Guershon Scholem, a quien él llamó maestro, aunque éste último (al menos a juzgar por su obra manifiesta) era más bien un filósofo e historiador de la Cábala, una especie de “cabalólogo”, que un cabalista *sensu strictu*. Eso también lo entendió Borges con claridad, al señalar, refiriéndose a los mencionados textos cabalísticos, en otro pasaje similar, que estos libros no fueron escritos para señalar la Cábala sino para insinuarla, para que un estudiante pueda leerlos y sentirse fortalecido por ellos. No dicen toda la verdad, como los tratados publicados y no publicados de Aristóteles” (2’).

Pero fuera de éstas y otras intuiciones extraordinarias, la aproximación de Borges a la Cábala fue —básicamente literaria e intelectual, sin asomo de ciencia, fe o mística, si bien nutrida de una insaciable curiosidad. Sospecho que para Borges la Cábala era —como la filosofía y la teología— una “especie de literatura fantástica”; aunque fuese, asimismo, “una especie espléndida”. Al revés de Sartre, quien utiliza la literatura para mejor expresar su filosofía —o lo que esta no podía expresar— Borges las consideraba a ambas (filosofía y teología) como formas de ficción literaria, en cierto modo como “siervas” de la literatura, que era su propio medio de búsqueda en torno a las preguntas esenciales.

“Literalizar” la Cábala y concebirla como producto de la fantasía humana sería una respuesta coherente con este punto de vista, desplazando el énfasis del sentido al instrumento, del contenido a la forma; es decir, centrando la atención (y la tensión) en el lenguaje, como método y objeto, a la vez, de dicha búsqueda.

La única “iniciación” posible (ya que no probable) de Borges en la Cábala podría haber sido a través del lenguaje, que fue su vínculo primordial con ella; y al mismo tiempo, paradójicamente, su obstáculo. Pues lo que él ad-

miraba, esa audaz indagación basada en la Torah como “libro absoluto” -en el que cada signo o su ausencia poseía un sentido- no sólo le estaba vedada por la barrera del idioma, sino porque se la concebía como producto divino, el de un Creador que “condesciende a la literatura”, cuya existencia (y omnipotencia) eran supuestos que no podía admitir o, al menos, no de antemano, como premisas religiosas.

Incidentalmente, sus excepcionales dones poéticos, pudieron tal vez abrirle puertas inesperadas, como lo sugiere su poema “El Golem”, “quizá el mejor que haya escrito”, donde se plantea la ecuación -una ecuación literaria, desde luego- de que Dios es al hombre, lo que el poeta al poema y el Rabí Loew de Praga a su Golem. Sobre todo en la última estrofa de aquel poema incomparable, se encuentra la noción cabalística de que el hombre es el Golem de Dios: *“En la hora de angustia y de luz vaga / En su Golem los ojos detenía / Quién nos dirá las cosas que sentía? / Dios, al mirar a su rabino en Praga? (4).*

Sin embargo, la Cábala es como un *iceberg*, cuyas profundidades sólo pueden apreciarse desde adentro del mar (un mar escrito en hebreo, valga la metáfora), del que Borges apenas debió haber podido contemplar la superficie. Por lo mismo, su compromiso o riesgo ante el desafío cabalístico hubo de ser muy diferente al del estudioso realmente adentrado en sus caminos.

Fuente: Ponencia presentada en el simposium sobre los “Aspectos Judíos en la personalidad y obra de Borges” organizado por el Beit Hatfutzot (Museo de las Diásporas) de la Universidad de Tel Aviv el 27 de agosto de 1986 y publicada en el suplemento “Borges” de “Aleph” bajo el título “BORGES, ESE MISTERIO DE LA PALABRA”.

1 *Siete noches*, p.138, FCE, México 1981. 2 *Borges oral, El Libro*, p. 16, Bruguera, Barcelona, 1980. 2' *Ibidem*. 3 Véase el excelente estudio de Saúl Sosnowsky: *Borges y la Cábala (Hipamérica, Bs. As. 1976)*, y la introducción de Marcos Ricardo Barnatán, a su lograda selección: *Jorge Luis Borges (Ed. Júcar, Madrid 1972, p.93-108)*. 4 *Jorge Luis Borges, El otro, el mismo*, Bs.As. 1967.

Como se ilustra en la patética anécdota talmúdica de los cuatro sabios que entraron al Pardés, del que solamente Rabi Akiva salió sano y en paz (Ben Zoma enloqueció, Ben Azai encontró la muerte y Elisha ben Abuya (a) Ajer, “el otro”, se convirtió en apóstata)*, la Cábala entraña peligros, tanto morales como físicos. ¿Qué arriesgaba Borges, como escritor, al asomarse a ese abismo, más que su vanidad, “diversión” (en el sentido de Marc Bloch), o la insatisfacción de su voraz curiosidad? En cambio el cabalista, según su grado de creencia y penetración en ese universo hermético, arriesga su verdad, la vida eterna, e incluso su existencia temporal; amén del destino de la humanidad y el momento de la redención. A pesar de estas notables diferencias, el quehacer literario, casi lúdico, de Borges con el hermenéutico, riguroso, del cabalista, tienen en común la concepción del lenguaje como instrumento de la Creación (y/o de la creación); aún cuando en Borges acecha la conciencia de que se trata de mundos imaginarios y en el cabalista, la certeza de lo contrario.

Además de la Cábala, que constituye sólo uno de los aspectos, aunque, central y “concéntrico”, de la empatía de Borges para con el judaísmo, ésta contiene diversas facetas.

Entre ellas, la ‘admiración ante el “culto” hebreo por el Libro, a través de su propia adoración del libro, y el orgullo - reiteradamente confesado- que él sentía por la restauración del Estado Judío, como lo atestiguan sus inequívocos poemas a Israel de 1967 y 1969 (6),

5 *Hagigá, 14b. 6 Jorge Luis Borges; 4 Israel”, Israel e Israel 1969”(En: Elogio de la Sombra, Bs. 44s., Emecé, 1969. Ver en el presente suplemento de Alef. o 7c. Borges oral, op. cit. p. 20: “*... recordemos aquella frase de Heinrich Heine sobre aquella nación cuya patria era un libro: la Biblia, los judíos”. 8 Véase la interesante entrevista de Rita Guibert a Emir Rodríguez Monegal sobre su “Jorge Luis Borges: A Literary Biography”? (En Revista Iberoamericana Nos. 135-136, abril-sept. 1986, p. 672, 9 *Ibid*, p. 669.*

אוועק כאַרצע לויס באַרצעס
צו די אומשטאַרביקע

שבת דעם 14טן יוני 1986 איז אין עלטער פון 86 יאָר אויסגעגאַנגען אין גענץ כאַרצע לויס באַרצעס - די גרעסטע פּערזענלעכקייט פון דער אַרגענטינער ליטעראַטור, איר אינ-טעלעקטואַלסטער וואַרטאַנער. געווען בלינד



און דאָך - דער ווייטזיכטיקסטער, געשטאַ-
 מלט און דאָך געווען - דער שאַרפּסטער זאָ-
 גער, דער פּאַסולערסטער אַרגענטינער וועלט-
 מענטש און איידלסטער יידנפריינד, נשמה-
 דיק פאַרבונדן מיט מדינת ישראל. געווען גע-
 נייגט צו מיסטיציזם. קבלה איז געווען איינע
 פון זיינע באַליבטע טעמעס
 ער האָט געגלויבט, אַז ער איז געווען פון יידי-
 שן אַפּשטאַם.
 „אַלף“ הייסט זיין גרונטווערק.
 בלי שום ספק דער אַריסטאָקראַט פון דער
 אַרגענטינער ליטעראַטור.

Noticia del fallecimiento del escritor en “Vida y Cultura”, IWO.
 Buenos Aires, 1 de julio de 1986.

Así como el pueblo hebreo en el destierro hizo del Libro su patria (7), Borges también era un libro, y para ambos, quizá, “leer un libro, hablar de un libro, recordar un libro, era una aventura fabulosa” (8), que los compensaba - en cierto modo - de la carencia de la política y la guerra, del territorio y el gobierno. He aquí tal vez una clave velada de la atracción de Borges por lo judaico y, retrospectivamente, por su extremo más fabuloso e inasequible: la Cábala misma. Pero así como Borges construía un universo literario “con las pocas cosas que le han pasado” en vida (9), no necesitaba llegar al involucramiento “*cabal” con la Cábala (vale la implicancia semántica) o el judaísmo, para correr su propia “aventura” y crear una cosmogonía personal, necesariamente inconclusa, por medio del instrumento común, el poder infinito de la palabra.

La Cábala, esa especie de intervención humana en una “lucha cósmica”, en una “política trascendental” por medio de lo ignoto, del saber escondido, prisionero en la letra de la Torah, podría también concebirse -poéticamente- como una metamorfosis de la guerra y la política, en otro plano, cuando ambas le estaban vedadas a un pueblo específico, el pueblo de Israel. Aunque la creencia en una “sabiduría secreta” es un mito común a muchos pueblos, una suerte de constancia etnográfica, en la historia judía podría asociarse, hipotéticamente, a las épocas de catástrofe o grandes crisis nacionales. Por ejemplo, el surgimiento de la Cábala luriana después de la expulsión de los judíos españoles en el siglo XVI, o la renovación del pensamiento cabalístico entre los seguidores del Baal Shem, en el difícil siglo XVIII para las masas judías de Europa Oriental. Una cuestión espinosa sería preguntarse sobre el interés suscitado por la Cábala en nuestro propio presente y en la generación post-Holocáustica.

Ya que, si la política es la continuación de la guerra (o viceversa) por “otros medios”, la Cábala podría verse -literalmente- como la prolongación de ambas, o, mejor, su extrapolación; no sólo con otros medios, sino en “otros medios”: a nivel cósmico y mediante la búsqueda del secreto de la Creación. El instrumento, parcialmente equiparable, al menos, al de la política (y la literatura), sigue siendo la palabra; pero transfigurada por su trascendencia del plano de lo inmediatamente manifiesto - o político-contingente- a la dimensión de lo oculto, es decir, de lo “exo” a lo “eso” térico.

El “otro medio” implicaría también, como la guerra y la política -no así la literatura- un campo de fuerzas. No un campo dualista en todo caso, pero sí “total”, donde el conflicto atañe aún al Hacedor consigo mismo (como en la metáfora del tzimtzum o “contracción” durante el acto creador), y al hombre en cuanto al explorador del misterio de la Creación y lo creado.

Volviendo a Borges, otra posible clave de su relación singular con el judaísmo lo constituye su imagen de “villano literario”. En dos novelas ya célebres: *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato y *El Nombre de la Rosa*, de Umberto Eco, Borges aparece como tal. La ominosa figura del Informe sobre ciegos y la del monje criminal en el portento medievalista de Eco, están inspiradas en el gran escritor argentino. Eco mismo lo reconoce, además, en sus *Apostillas a El Nombre de la Rosa* (esa deliciosa radiografía del autor sobre su propia, primera novela) (10). ¿Qué oscura relación existe entre el pueblo “villano de la historia” y Borges como personaje “culpable”? Tal vez, precisamente, la imputación injusta de su “culpabilidad” y el carácter imprescindible de su Presencia.

Si el pueblo hebreo no hubiera existido, lo habrían inventado, reza el conocido aserto. ¿Pero de qué es culpable Borges? En las antedichas *Apostillas*, se ofrece tangencialmente, un indicio: “Todos me preguntan por qué tan malvado. No lo sé, quería un ciego que custodiase una biblioteca, y biblioteca más ciego sólo puede dar Borges, también porque las deudas se pagan” (11). Más críticamente claro resulta imposible: la inmensa “deuda” que dos generaciones de escritores - y no sólo hispanoamericanos- tenemos con Borges.

Una deuda comparable (salvando la distinción entre el todo y la parte) a la que el propio Borges reconocía para con el judaísmo - y la cultura helénica- en la civilización actual (12).

En ambos casos la deuda es fundamentalmente literaria: el Libro de los libros y ese “texto extraordinario que es Borges” (13), Amén de la “otredad” del “otro” Borges, el escritor diferente que busca el “lenguaje esencial” desde una argentinidad no folklórica, ni localista, sino universal (14) (tan universal y particular, a la vez, como el pueblo odiado-amado que constituye el “otro por autonomasía”), todos estamos “marcados” por Borges.

Todos estamos intrigados por su obra distinta, única, casi solitaria, así como él lo estaba por la renovada presencia del pueblo judío en la historia, un enigma insoluble. De la misma sutil manera, es imposible pensar en la literatura del futuro sin una confrontación con la de Borges, ese misterio de la palabra.

10 Umberto Eco: *Apostillas a El Nombre de la Rosa*, Lumen, Barcelona, 1985. 11 *Ibid*: p. 32. 12 Cf. Jorge Luis Borges. *Siete Noches*, op. cit. p. 62: *Hay dos naciones esenciales para nuestra cultura. Esas dos naciones son Grecia (ya que Roma es una extensión helenística) e Israel, un país oriental. Ambos se juntan en la que llamamos cultura occidental. Al hablar de las relaciones de oriente debía haber recordado esa revelación continua que es la Sagrada Escritura.* 13 Emir Rodríguez Monegal: *Jorge Luis Borges: A Literary Biography*, op. cit. p. 673. 14 En su magnífico *Leer Borges*, Gerardo Mario Goloboff cita esta espléndida reflexión borgeana, tomada de *El escritor argentino y la tradición de Discusión*, obras completas p. 271: “*Quiero señalar otra contradicción: los nacionalistas simulan venerar las capacidades de la mente argentina pero quieren limitar el ejercicio poético de esa mente a algunos pobres temas locales, como sí los argentinos sólo pudiéramos hablar de orillas y estancias y no del universo”, p. 72.

LA CÁBALA

EN LA OBRA DE BORGES

LA CÁBALA

CONFERENCIA DE JORGE LUIS BORGES

SEÑORAS, SEÑORES:

Las diversas y a veces contradictorias doctrinas que llevan el nombre de la cabala proceden de un concepto del todo ajeno a nuestra mente occidental, el de un libro sagrado. Se dirá que tenemos un concepto análogo: el de un libro clásico. Creo que me será fácil demostrar, con ayuda de Oswald Spengler y su libro *Der Untergang des Abenlandes*, La decadencia de Occidente, que ambos conceptos son distintos.

Tomemos la palabra clásico. ¿Qué significa etimológicamente? Clásico tiene su etimología en *classis*: “fragata”, “escuadra”. Un libro clásico es un libro ordenado, como todo tiene que estarlo a bordo; *shipshape*, como se dice en inglés. Además de ese sentido relativamente modesto, un libro clásico es un libro eminente en su género. Así decimos que el Quijote, que la Comedia, que Fausto son libros clásicos.

Aunque el culto de esos libros ha sido llevado a un extremo acaso excesivo, el concepto es distinto. Los griegos consideraban obras clásicas a la *Ilíada* y a la *Odisea*; Alejandro, según informa Plutarco, tenía siempre, debajo de su almohada, la *Iliada* y su espada, los dos símbolos de su destino de guerrero. Sin embargo, a ningún griego se le ocurrió que la *Ilíada* fuese perfecta palabra por palabra. En Alejandría, los bibliotecarios se congregaron para estudiar la *Ilíada* y en el curso de ese estudio inventaron los tan necesarios (y a veces, ahora, desgraciadamente olvidados) signos de puntuación. La *Ilíada* era un libro eminente; se lo consideraba el ápice de la poesía, pero no se creía que cada palabra, que cada exámetro fueran inevitablemente admirables. Ello corresponde a otro concepto.

Dijo Horacio: “A veces, el buen Homero se queda dormido.” Nadie diría que, a veces, el buen Espíritu Santo se queda dormido.

A pesar de la musa (el concepto de la musa es bastante vago)

algún traductor inglés ha creído que cuando Homero dice: “Un hombre iracundo, tal es mi tema”, “An angry man, this is my subject”, no se veía al libro como admirable letra por letra: se lo veía como cambiante y se lo estudiaba históricamente; se estudiaban y se estudian esas obras de un modo histórico; se las sitúa dentro de un contexto. El concepto de un libro sagrado es del todo distinto.

Ahora pensamos que un libro es un instrumento para justificar, defender, combatir, exponer o historiar una doctrina. En la Antigüedad se pensaba que un libro es un sucedáneo de la palabra oral: sólo se lo veía así. Recordemos el pasaje de Platón donde dice que los libros son como las estatuas; parecen seres vivos, pero cuando se les pregunta algo, no saben contestar. Para obviar esa dificultad inventó el diálogo platónico, que explora todas las posibilidades de un tema.

Tenemos también la carta, muy linda y muy curiosa, que Alejandro de Macedonia le envía, según Plutarco, a Aristóteles. Éste acaba de publicar su *Metafísica*, es decir, de mandar hacer varias copias. Alejandro lo censura, diciéndole que ahora todos podrían saber lo que antes sabían los elegidos. Aristóteles le responde defendiéndose, sin duda con sinceridad: “Mi tratado ha sido publicado y no publicado.” No se pensaba que un libro expusiera totalmente un tema, se lo tenía como una suerte de guía para acompañar a una enseñanza oral.

Heráclito y Platón censuraron, por distintas razones, la obra de Homero. Esos libros eran venerados, pero no se los consideraba sagrados. El concepto es específicamente oriental.

Pitágoras no dejó una línea escrita. Se conjetura que no quería atarse a un texto. Quería que su pensamiento siguiera viviendo y ramificándose, en la mente de sus discípulos, después de su muerte. De ahí proviene el *magister dixit*, que siempre se emplea mal. *Magister dixit* no quiere decir “el maestro lo ha dicho”, y queda cerrada la discusión. Un pitagórico proclamaba una doctrina que quizá no estaba en la tradición de Pitágoras, por ejemplo, la doctrina del tiempo cíclico. Si lo atajaban “eso no está en la tradición”, respondía *magister dixit*, lo que le permitía innovar. Pitágoras había pensado que los libros atan, o, para decirlo en palabras de la Escritura, que la letra mata y el espíritu vivifica.

Señala Spengler en el capítulo de *Der Untergang des Abendlandes* consagrado a la cultura mágica que el prototipo de libro mágico es el Corán. Para los ulemas, para los doctores de la ley musulmanes, el Corán no es un libro como los demás. Es un libro (esto es increíble, pero es así) anterior a la lengua árabe; no se lo puede estudiar ni histórica ni filológicamente pues es anterior a los árabes, anterior a la lengua en que está y anterior al universo. Ni siquiera se admite que el Corán sea obra de Dios; es algo más íntimo y misterioso. Para los musulmanes ortodoxos el Corán es un atributo de Dios, como Su ira, Su misericordia o Su justicia. En el mismo Corán se habla de un libro misterioso, la madre del libro, que es el arquetipo celestial del Corán, que está en el cielo y que veneran los ángeles.

Tal la noción de un libro sagrado, del todo distinta de la noción de un libro clásico. En un libro sagrado son sagradas no sólo sus palabras sino las letras con que fueron escritas. Ese concepto lo aplicaron los cabalistas al estudio de la Escritura. Sospecho que el *modus operandi* de los cabalistas fue debido al deseo de incorporar pensamientos gnósticos a la mística judía, para justificarse con la Escritura, para ser ortodoxos. En todo caso, podemos ver muy ligeramente (yo casi no tengo derecho a hablar de esto) cuál es o cuál fue el *modus operandi* de los cabalistas, que empezaron aplicando su extraña ciencia en el sur de Francia, en el norte de España —en Cataluña—, y luego en Italia, en Alemania y un poco en todas partes. También llegaron a Israel, aunque no procedieron de allí; procedían, más bien, de pensadores gnósticos y cátaros.

La idea es ésta: el Pentateuco, la Torá, es un libro sagrado. Una inteligencia infinita ha condescendido a la tarea humana de redactar un libro. El Espíritu Santo ha condescendido a la literatura, lo cual es tan increíble como suponer que Dios condescendió a ser hombre. Pero aquí condescendió de modo más íntimo: el Espíritu Santo condescendió a la literatura y escribió un libro. En ese libro, nada puede ser casual. En toda escritura humana hay algo casual.

Es conocida la veneración supersticiosa con que se rodea al Quijote, a Macbeth o a la Chanson de Roland, como a tantos otros libros, generalmente uno en cada país, salvo en Francia, cuya literatura es tan rica que admite, por lo menos, dos tradiciones clásicas; pero no entraré en ello.

Pues bien; si a un cervantista se le ocurriera decir: el Quijote em-

pieza con dos palabras monosilábicas terminadas en n: (en y un), y sigue con una de cinco letras (lugar), con dos de dos letras (de la), con una de cinco o de seis (Mancha), y luego se le ocurriera derivar conclusiones de eso, inmediatamente se pensaría que está loco. La Biblia ha sido estudiada de ese modo.

Se dice, por ejemplo, que empieza con la letra bet, inicial de *Bereshit*. ¿Por qué dice “en el principio, creó dioses los cielos y la tierra”, el verbo en singular y el sujeto en plural? ¿Por qué empieza con la bet? Porque esa letra inicial, en hebreo, debe decir lo mismo que b —la inicial de bendición— en español, y el texto no podía empezar con una letra que correspondiera a una maldición; tenía que empezar con una bendición. Bet: inicial hebrea de brajá, que significa bendición.

Hay otra circunstancia, muy curiosa, que tiene que haber influido en la cábala: Dios, cuyas palabras fueron el instrumento de su obra (según

BERESHIT:

Primera palabra de la biblia significa “En el principio”. Señala J.L.Borges: “Por qué empieza con la bet? Porque esa letra inicial, en hebreo debe decir lo mismo que b - la inicial de bendición - en español, y el texto no podría empezar con una letra que correspondiera a una maldición: tenía que empezar con una bendición. Bet inicial hebrea de Brajá, que significa bendición.

dice el gran escritor Saavedra Fajardo), crea el mundo mediante palabras; Dios dice que la luz sea y la luz fue. De ahí se llegó a la conclusión de que el mundo fue creado por la palabra luz o por la entonación con que Dios dijo la palabra luz. Si hubiera dicho otra palabra y con otra entonación, el resultado no habría sido la luz, habría sido otro.

Llegamos a algo tan increíble como lo dicho hasta ahora. A algo que tiene que chocar a nuestra mente occidental (que choca a la mía), pero que es mi deber referir. Cuando pensamos en las palabras, pensamos históricamente que las palabras fueron en un principio sonido y que luego llegaron a ser letras. En cambio, en la cábala (que quiere decir recepción, tradición) se supone que las letras son anteriores; que las letras fueron los instrumentos de Dios, no las palabras significadas por las letras. Es como si se pensara que la escritura, contra toda experiencia, fue anterior a la dicción de las palabras. En tal caso, nada es casual en la Escritura: todo tiene que ser determinado. Por ejemplo, el número de las letras de cada versículo.

Luego se inventan equivalencias entre las letras. Se trata a la Escritura como si fuera una escritura cifrada, criptográfica, y se inventan diversas leyes para leerla. Se puede tomar cada letra de la Escritura y ver que esa letra es inicial de otra palabra y leer esa otra palabra significada. Así, para cada una de las letras del texto.

También pueden formarse dos alfabetos: uno, digamos, de la a a la l y otro de la m a la z, o lo que fueran en letras hebreas; se considera que las letras de arriba equivalen a las de abajo. Luego se puede leer el texto (para usar la palabra griega) boustrophedón: es decir, de derecha a izquierda, luego de izquierda a derecha, luego de derecha a izquierda. También cabe atribuir a las letras un valor numérico. Todo esto forma una criptografía, puede ser descifrado y los resultados son atendibles, ya que tienen que haber sido previstos por la inteligencia de Dios, que es infinita. Se llega así, mediante esa criptografía, mediante ese trabajo que recuerda el del Escarabajo de oro de Poe, a la Doctrina.

Sospecho que la doctrina fue anterior al modus operandi. Sospecho que ocurre con la cábala lo que ocurre con la filosofía de Spinoza: el orden geométrico fue posterior. Sospecho que los cabalistas fueron influidos por los gnósticos y que, para que todo entroncara con la tradición

hebrea, buscaron ese extraño modo de descifrar letras.

El curioso modus operandi de los cabalistas está basado en una premisa lógica: la idea de que la Escritura es un texto absoluto, y en un texto absoluto nada puede ser obra del azar.

No hay textos absolutos; en todo caso los textos humanos no lo son. En la prosa se atiende más al sentido de las palabras; en el verso, al sonido. En un texto redactado por una inteligencia infinita, en un texto redactado por el Espíritu Santo, ¿cómo suponer un desfallecimiento, una grieta? Todo tiene que ser fatal. De esa fatalidad los cabalistas dedujeron su sistema.

Si la Sagrada Escritura no es una escritura infinita, ¿en qué se diferencia de tantas escrituras humanas, en qué difiere el Libro de los Reyes de un libro de historia, en qué el Cantar de los Cantares de un poema? Hay que suponer que todos tienen infinitos sentidos. Escoto Erígena dijo que la Biblia tiene infinitos sentidos, como el plumaje tornasolado de un pavo real.

Otra idea es que hay cuatro sentidos en la Escritura. El sistema podría enunciarse así: en el principio hay un Ser análogo al Dios de Spinoza, salvo que el Dios de Spinoza es infinitamente rico; en cambio, el En soph vendría a ser para nosotros infinitamente pobre. Se trata de un Ser primordial y de ese Ser no podemos decir que existe, pues si decimos que existe entonces también existen las estrellas, los hombres existen, las hormigas. ¿Cómo pueden participar de esa misma categoría? No, ese Ser primordial no existe. Tampoco podemos decir que piensa, porque pensar es un proceso lógico, se pasa de una premisa a una conclusión. Tampoco podemos decir que quiere, porque querer una cosa es sentir que nos falta. Tampoco, que obra. El En soph no obra, porque obrar es proponerse un fin y ejecutarlo. Además, si el En soph es infinito (diversos cabalistas lo comparan con el mar, que es un símbolo del infinito), ¿cómo puede querer *otra cosa*? Y ¿qué otra cosa podría crear sino otro Ser infinito que se confundiría con él? Ya que desdichadamente es necesaria la creación del mundo, tenemos diez emanaciones, las Sephiroth que surgen de Él, pero que no son posteriores a Él.

La idea del Ser eterno que siempre ha tenido esas diez emanacio-

nes es de difícil comprensión. Esas diez emanaciones emanan una de otra. El texto nos dice que corresponden a los dedos de la mano. La primera emanación se llama la Corona y es comparable a un rayo de luz que surge del En soph, un rayo de luz que no lo disminuye, un ser ilimitado al que no se puede disminuir. De la Corona surge otra emanación, de ésta, otra, de ésta, otra, y así hasta completar diez. Cada emanación es tripartita. Una de las tres partes es aquella por la cual se comunica con el Ser Superior; otra, la central, es la esencial; otra, la que le sirve para comunicarse con la emanación inferior.

Las diez emanaciones forman un hombre que se llama el Adam Kadmon, el Hombre Arquetipo. Ese hombre está en el cielo y nosotros somos su reflejo. Ese hombre, de esas diez emanaciones, emana un mundo, emana otro, hasta cuatro. El tercero es nuestro mundo material y el cuarto es el mundo infernal. Todos están incluidos en el Adam Kadmon, que comprende al hombre y su microcosmo: todas las cosas.

No se trata de una pieza de museo de la historia de la filosofía; creo que este sistema tiene una aplicación: puede servirnos para pensar, para tratar de comprender el universo. Los gnósticos fueron anteriores a los cabalistas en muchos siglos; tienen un sistema parecido, que postula un Dios indeterminado. De ese Dios que se llama Pieroma (la Plenitud), emana otro Dios (estoy siguiendo la versión perversa de Ireneo), y de ese Dios emana otra emanación, y de esa emanación otra, y de ésta, otra, y cada una de ellas constituye un cielo (hay una torre de emanaciones). Llegamos al número trescientos sesenta y cinco, porque la astrología anda entreverada. Cuando llegamos a la última emanación, aquella en que la parte de Divinidad tiende a cero, nos encontramos con el Dios que se llama Jehová y que crea este mundo.

¿Por qué crea este mundo tan lleno de errores, tan lleno de horror, tan lleno de pecados, tan lleno de dolor físico, tan lleno de sentimiento de culpa, tan lleno de crímenes? Porque la Divinidad ha ido disminuyéndose y al llegar a Jehová crea este mundo falible.

Tenemos el mismo mecanismo en las diez Sephiroth y en los cuatro mundos que va creando. Esas diez emanaciones, a medida que se alejan del En soph, de lo ilimitado, de lo oculto, de los ocultos - como lo llaman en su lenguaje figurado los cabalistas - , van perdiendo fuerza, hasta

llegar a la que crea este mundo, este mundo en el que estamos nosotros, tan llenos de errores, tan expuestos a la desdicha, tan momentáneos en la dicha. No es una idea absurda; estamos enfrentados con un problema eterno que es el problema del mal, tratado espléndidamente en el Libro de Job que, según Froude, es la obra mayor de todas las literaturas.

Ustedes recordarán la historia de Job. El hombre justo perseguido, el hombre que quiere justificarse ante Dios, el hombre condenado por sus amigos, el hombre que cree haberse justificado y al final Dios le habla desde el torbellino. Le dice que Él está más allá de las medidas humanas. Toma dos curiosos ejemplos, el elefante y la ballena, y dice que Él los ha creado. Debemos sentir, observa Max Brod, que el elefante, Behemot ("los animales") es tan grande que tiene nombre en plural, y luego Leviatán puede ser dos monstruos, la ballena o el cocodrilo. Dice que Él es tan incomprensible como esos monstruos y no puede ser medido por los hombres.

A lo mismo llega Spinoza, cuando dice que dar atributos humanos a Dios es como si un triángulo dijera que Dios es eminentemente triangular. Decir que Dios es justo, misericordioso, es tan antropomórfico como afirmar que Dios tiene cara, ojos o manos.

Tenemos, pues, una Divinidad superior y tenemos otras emanaciones inferiores. Emanaciones parece la palabra más inofensiva para que Dios no tenga la culpa; para que la culpa sea, como dijo Schopenhauer, no del rey sino de sus ministros, y para que esas emanaciones produzcan este mundo.

Se han intentado algunas defensas del mal. Para empezar, la defensa clásica, de los teólogos, que declara que el mal es negativo y que decir "el mal" es decir simplemente ausencia del bien; lo cual, para todo hombre sensible, es evidentemente falso. Un dolor físico cualquiera es tan vivido o más vivido que cualquier placer. La desdicha no es la ausencia de dicha, es algo positivo; cuando somos desdichados lo sentimos como una desdicha.

Hay un argumento, muy elegante pero muy falso, de Leibniz, para defender la existencia del mal. Imaginemos dos bibliotecas. La primera está hecha de mil ejemplares de la Eneida, que se supone un libro per-

fecto y que acaso lo es. La otra contiene mil libros de valor heterogéneo y uno de ellos es la Eneida. ¿Cuál de las dos es superior? Evidentemente, la segunda. Leibniz llega a la conclusión de que el mal es necesario para la variedad del mundo.

Otro ejemplo que suele tomarse es el de un cuadro, un cuadro hermoso, digamos de Rembrandt. En la tela hay lugares oscuros que pueden corresponder al mal. Leibniz parece olvidar, cuando toma el ejemplo de las telas o el de los libros, que una cosa es que haya malos libros en una biblioteca y otra es ser esos libros. Si nosotros somos alguno de esos libros estamos condenados al infierno.

No todos tienen el éxtasis —y no sé si siempre lo tuvo— de Kierkegaard, quien dijo que si había una sola alma en el infierno, necesaria para la variedad del mundo, y esa alma fuera la suya, cantarían desde el fondo del infierno la alabanza del Todopoderoso.

No sé si es fácil sentirse así; no sé si después de algunos minutos de infierno Kierkegaard hubiera seguido pensando igual. Pero la idea, como ustedes ven, se refiere a un problema esencial, el de la existencia del mal, que los gnósticos y los cabalistas resuelven del mismo modo.

Lo resuelven diciendo que el universo es obra de una Divinidad deficiente, cuya fracción de divinidad tiende a cero. Es decir, de un Dios que no es el Dios. De un Dios que desciende lejanamente de Dios. No sé si nuestra mente puede trabajar con palabras tan vastas y vagas como Dios, como Divinidad, o con la doctrina de Basílides de las trescientas sesenta y cinco emanaciones de los gnósticos. Sin embargo, podemos aceptar ía idea de una divinidad deficiente, de una divinidad que tiene que amasar este mundo con material adverso. Llegaríamos así a Bernard Shaw, quien dijo “God is in the making”, “Dios está haciéndose”. Dios es algo que no pertenece al pasado, que quizá no pertenezca al presente: es la Eternidad. Dios es algo que puede ser futuro: si nosotros somos magnánimos, incluso si somos inteligentes, si somos lúcidos, estaremos ayudando a construir a Dios.

En El fuego imperecedero de Wells el argumento sigue el del Libro de Job y su héroe se le parece. El personaje, cuando está bajo la anestesia, sueña que entra en un laboratorio. La instalación es pobre y allí trabaja

un hombre viejo. El hombre viejo es Dios; se muestra bastante irritado. “Estoy haciendo lo que puedo, le dice, pero realmente tengo que luchar con un material muy difícil.” El mal sería el material intratable por Dios y el bien sería la bondad. Pero el bien, a la larga, estaría destinado a triunfar y está triunfando. No sé si creemos en el progreso; yo creo que sí, al menos en la forma de la espiral de Goethe: vamos y volvemos, pero en suma estamos mejorando. ¿Cómo podemos hablar así en esta época de tantas crueldades? Sin embargo, ahora se toman prisioneros y se los envía a la cárcel, posiblemente a campos de concentración; pero se toman enemigos. En tiempos de Alejandro de Macedonia lo natural parecía que un ejército victorioso matara a todos los vencidos y que una ciudad vencida fuese arrasada. Quizá intelectualmente estemos mejorando también. Una prueba de ello sería este hecho tan humilde de que nos interese lo que pensaron los cabalistas. Tenemos una inteligencia abierta y estamos listos a estudiar no sólo la inteligencia de otros sino la estupidez de otros, las supersticiones de otros. La cábala no sólo no es una pieza de museo, sino una suerte de metáfora del pensamiento.

Querría hablar ahora de uno de los mitos, de una de las leyendas más curiosas de la cábala. La del golem, que inspiró la famosa novela de Meyrink que me inspiró un poema. Dios toma un terrón de tierra (Adán quiere decir tierra roja), le insufla vida y crea a Adán, que para los cabalistas sería el primer golem. Ha sido creado por la palabra divina, por un soplo de vida; y como en la cábala se dice que el nombre de Dios es todo el Pentateuco, salvo que están barajadas las letras, así, si alguien poseyere el nombre de Dios o si alguien llegara al Tetragrámaton —el nombre de cuatro letras de Dios— y supiera pronunciarlo correctamente, podría crear un mundo y podría crear un golem también, un hombre.

אמת

Las leyendas del golem han sido hermosamente aprovechadas por Gershom Scholem en su libro *El simbolismo de la cábala*, que acabo de leer. Creo que es el libro más claro sobre el tema, porque he comprobado que es casi inútil buscar las fuentes originales. He leído la hermosa y creo que justa traducción (yo no sé hebreo, desde luego) del *Sefer letzira* o Libro de la Creación, que ha hecho León Dujovne. He leído una versión del *Zohar* o Libro del esplendor. Pero esos libros no fueron escritos para enseñar la cábala, sino para insinuarla; para que un estudiante de la cábala pueda leerlos y sentirse fortalecido por ellos. No dicen toda la verdad: como los tratados publicados y no publicados de Aristóteles.

Volvamos al golem. Se supone que si un rabino aprende o llega a descubrir el secreto nombre de Dios y lo pronuncia sobre una figura humana hecha de arcilla, ésta se anima y se llama golem. En una de las versiones de la leyenda, se inscribe en la frente del golem la palabra EMET, que significa verdad. El golem crece. Hay un momento en que es tan alto que su dueño no puede alcanzarlo. Le pide que le ate los zapatos. El golem se inclina y el rabino sopla y logra borrarle el aleph o primera letra de EMET. Queda MET, muerte. El golem se transforma en polvo.

En otra leyenda un rabino o unos rabinos, unos magos, crean un golem y se lo mandan a otro maestro, que es capaz de hacerlo pero que está más allá de esas vanidades. El rabino le habla y el golem no le contesta porque le están negadas las facultades de hablar y concebir. El rabino sentencia: "Eres un artificio de los magos; vuelve a tu polvo." El golem cae deshecho.

Por último, otra leyenda narrada por Scholem. Muchos discípulos (un solo hombre no puede estudiar y comprender el Libro de la Creación) logran crear un golem. Nace con un puñal en las manos y les pide a sus creadores que lo maten "porque si yo vivo puedo ser adorado como un ídolo". Para Israel, como para el protestantismo, la idolatría es uno de los máximos pecados. Matan al golem.

He referido algunas leyendas pero quiero volver a lo primero, a esa doctrina que me parece atendible. En cada uno de nosotros hay una partícula de divinidad. Este mundo, evidentemente, no puede ser la obra de un Dios todopoderoso y justo, pero depende de nosotros. Tal es la enseñanza que nos deja la cábala, más allá de ser una curiosidad que estu-

dian historiadores o gramáticos. Como el gran poema de Hugo "Ce que dit la bouche d'ombre", la cábala enseñó la doctrina que los griegos llamaron apokatástasis, según la cual todas las criaturas, incluso Caín y el Demonio volverán, al cabo de largas transmigraciones, a confundirse con la divinidad de la que alguna vez emergieron.



Jorge Luis Borges. Foto: Pedro Roth

FASCINACIÓN POR LA CÁBALA

“PENSAD EN LA BIBLIA: NO ES YA UN LIBRO; ES UNA BIBLIOTECA, UNA LITERATURA ENTERA”

RABI

Son numerosas en la obra de Borges las alusiones, directas o indirectas, a la tradición judía. Paralelamente, la crítica de los mitos y de los dogmas cristianos se expresa en ella de manera muy aguda. El desconocimiento de estos dos hechos da lugar a los peores contrasentidos. Por ejemplo, cuando un editor elige la palabra Laberintos para titular una serie de relatos cuyo título original es El Aleph. El laberinto es un mito griego, pero la referencia al Aleph entronca con la tradición hebraica. Entre estas dos metafísicas, la griega y la bíblica, existen divergencias de raíz acerca de cuestiones esenciales: la Creación del Mundo, el Tiempo, la Eternidad y el Fin de los tiempos.

“Un laberinto es una casa labrada para confundir a los hombres”, escribe Borges (El inmortal), lo cual significa que sólo el azar ofrece una salida. En la tradición judía también existe una salida, pero ésta se funda en el conocimiento. Borges pasa sin cesar de una a otra perspectiva. Ora vaga penando por el laberinto con el objeto de encontrar la salida; ora cree, en ciertos momentos extáticos, estar muy cerca de ella, descubriendo entonces “esa insinuación de eternidad” (Historia de la eternidad).

De ahí esa continua meditación acerca del Tiempo y de la Eternidad, pues el espacio es algo conocido que no presenta ya misterios. La confusión de las lenguas de Babel constituye un simple problema técnico, que se encargaran de resolver las máquinas de traducir en un plazo previsible. El Tiempo sin embargo, sigue siendo el gran desconocido.

Para subrayar la fascinación que la tradición judía ejerce sobre Borges, recordemos un curioso poema titulado El Golem; en él es citado en dos ocasiones el nombre de Scholem. El motivo, sin duda, no es sólo conseguir una magnífica rima.

*(El cabalista que ofició de numen
A la vasta criatura apodó Golem;
Estas verdades las refiere Scholem
En un docto lugar de su volumen.)*

Quién es Scholem? Gershom Scholem es ciertamente junto con Martin Buber, uno de los más grandes judíos de la presente época. Nacido en Alemania, residente en Palestina desde 1923, es profesor de mística judía en la Universidad Hebrea de Jerusalén desde 1927. Sus grandes obras son: *Les grands courants de la mystique juive* (Payot, 1950) y *Sabbatai Zvi et le sabbatianisme* (Jerusalén, 1957; no hay traducción al francés). El mérito de Scholem radica en haber entresacado, de la incoherente literatura mística judía (llamada Cábala o tradición oral, en oposición con la tradición escrita, representada por la Torah), sus grandes líneas y en haber abierto vastas perspectivas que hacen posible su comprensión.

Scholem distingue claramente entre la mística cristiana, fundada en la efusión extática como vía de acceso a la divinidad, y la mística judía, articulada a partir del conocimiento y de la inteligencia. Presentándose como un conjunto de fenómenos concretos, desarrollándose conforme con los desastres históricos (las Cruzadas en el siglo XI, la expulsión de España en el siglo XV, entre otros acontecimientos), la mística Judía se manifiesta en la siguiente doble perspectiva: por una parte, se propone revelar el origen del mal en el seno de la Creación reconstituyendo el mecanismo de eso que fue la Creación; por otra parte, trata de alcanzar el medio de eliminar el mal del seno de la naturaleza y del hombre mediante la aceleración del proceso histórico que hará posible el advenimiento del Mesías, fase considerada como el término final de la historia humana.

De ahí esas grandes construcciones arquitectónicas que permiten la aprehensión intelectual del fenómeno: las diez Sefirot, corpus simbolicum de la divinidad abrazando el árbol humano, entendiéndose entonces el mal como el inevitable residuo del proceso sefirótico; el Tzimzum, la contracción de una parte de Dios mismo a fin de dar origen al mundo humano, señalado éste por la degradación del Tiempo, la limitación del espacio y la muerte; el Schevirath ha Kelim, o rompimiento de los vasos, en el que se relata sugestivamente el drama cósmico de los orígenes, por cuya causa el

mal se introdujo en el seno de la Creación. Ciertamente, una falta humana tuvo que darse, pero eso no impide pensar que hubo también una falta divina, un error técnico del divino ingeniero de la estructura del cosmos; lo que Scholem fórmula de la siguiente manera: “La mística no retrocede ante esa consecuencia según la cual, en un sentido más amplio, existe una raíz del mal aun en Dios mismo”.

Sin embargo, existe una posibilidad de salvación. Es el *Tikkun*: restitución o reintegración al todo originario. Desde esta perspectiva, al hombre compete un papel y una misión: él sólo puede darle el punto final a la actitud divina. Es un protagonista esencial en el gran proceso de salvación universal. El mundo fue creado de manera inconclusa; el hombre, y nadie más que él, será quien ponga fin a la Creación.

El mundo ha sido creado, no *ex nihilo*, sino *ex aeternitate*. Así, el tiempo humano transcurre entre dos puntos: el primer día de la Creación del mundo y el día final, que es el alba de la era mesiánica. El tiempo humano se da dentro del Tiempo de la Historia, y la Historia es el combate incesante de generación en generación. Lo que se llama Eternidad aparece en las fronteras del Tiempo humano. Ninguna dinámica de la Historia es tan poderosa; esta dinámica se apoderó de la Tierra entera, en el momento que la idea judía se secularizó en los siglos XVII y XIX con los movimientos revolucionarios y socialistas.

Tal es el resultado de quince años de enclaustramiento, voluntario o forzado, y de meditaciones interminables acerca de Dios, el mundo, el mal, el Tiempo y la Eternidad. La Cábala siempre sedujo a los pensadores cristianos. Que algunos de sus aspectos hayan seducido también a Borges no es algo sorprendente. Se advierte, sin embargo, en ese desarrollo, que la reflexión de Borges va más allá de lo que se conoce comúnmente como literatura fantástica.

EN EL LABERINTO

El hombre de Borges vaga por el laberinto. La arquitectura es pródiga en simetrías desconcertantes. Todo se confunde en ella, todo se repite. De ahí esas variaciones espejeantes de Borges sobre el Tiempo, del que no cabe concebir que haya tenido alguna vez comienzo. En los límites es-

paciales que le son acordados, en la repetición indefinida de los caminos que se bifurcan, el hombre errante es llevado inexorablemente a confundir presente, pasado y porvenir. El tiempo un magma donde, si acaso, a fuerza de paciencia llegamos a distinguir algo así como ciclos de un eterno retorno, pero para ello hay que armarse de una infinita paciencia. El mundo es una enorme adivinanza cuyo tema es el tiempo. Por eso las bifurcaciones se ubican, no en el espacio, sino en el tiempo. ¿Por qué, incluso, no concebir series infinitas de tiempo, una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes, paralelos? (Ej Jardín de los senderos que se bifurcan).

Una sola vez el hombre logra “escaparse del laberinto”, pero ante la ciudad de los inmortales tiembla de espanto (El inmortal). A veces, inasible, “conmovedora, surge la sensación fugaz de algo “ya vivido”. Esta sensación debe corresponder con una cierta realidad. Pues quien ha visto el presente ha visto todas las Cosas, tanto las que ocurrieron con el pasado como las que sucederán en el porvenir. En resumidas Cuentas, según combinaciones que se repiten “matemáticamente en un período x , los mismos hechos deben Inexorablemente presentarse otra vez. La historia Universal, por lo tanto, es la de un solo hombre, lo mismo que, microcosmos y macrocosmos, la historia del hombre repite la historia de la humanidad (Historia de la Eternidad).

Este concepto genera las siguientes consecuencias en el plano moral. Si todo debe necesariamente repetirse un día u otro, toda empresa es vana, pues todo hombre merece indistintamente reconocimiento por sus virtudes pasadas y futuras, o castigo por sus infamias de ayer y del porvenir. Dios se lava las manos. Comprendemos entonces la inacción de los trogloditas, su tolerancia y su desdén (El inmortal).

Como en un juego de azar, las posibilidades se anulan. En Babilonia, donde el tatuaje bermejo comprende la letra Aleph, Beth o Ghimel, la teoría dispensa dispensa indistintamente la vida y muerte. Pero Qué es pues esa secreta Compañía cuyo silencioso funcionamiento es “comparable al de Dios” (La lotería de Babilonia)? No tenemos ahí una versión ligeramente exagerada de nuestro universo humano? Porque detrás de las fronteras de lo visible, no hay nada. La eternidad es un problema inquietante, “un juego o una fatigada esperanza”.

Y sin embargo, más allá de los límites del tiempo infinito, más allá de esa conciencia fugaz de inmortalidad que deja el sentimiento de lo “ya vivido”, o que justifica la tesis de la transmigración de las almas, hay una eternidad. Borges la define así: “Es una eternidad pobre, sin Dios, sin nadie siquiera que lo reemplace y sin arquetipos” (Historia de la Eternidad). Esto no impide pensar que Borges está menos convencido de lo que afirma.

EL GOLEM

Una noche un hombre desembarca, luego llega al cerco circular de un antiguo templo destruido. Su proyecto es mágico. Quiere soñar con un hombre con una integridad. Primero sueña el corazón luego la arteria pulmonar, luego el esqueleto, después los párpados, enseguida la cabellera. Pero la criatura no puede incorporarse ni abrir los ojos ni hablar. Entonces el soñador recommienza sus ejercicios con más intensidad. Y, finalmente, tiene el sentimiento de que su criatura está lista para despertarse. Previamente, le infunde el olvido total de sus años de aprendizaje. Del mismo modo, un midrasch refiere que cuando el niño va a nacer, recibe un papirotazo debajo de la nariz para hacerlo olvidar. Y Eleazar de Worms en el siglo XII dice lo siguiente: “Porque, si no olvidará, el curso de este mundo lo volvería loco de pensar en él a la luz de lo que sabía”.

Sin embargo, la criatura no alcanza nunca a hacerse realidad, porque de pronto el hombre que sueña comprende que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo.

(Las ruinas circulares).

En Borges hay una segunda experiencia, incluso más ambiciosa, porque no se limita a la creación de un hombre mediante el poder del sueño, sino a la creación de un planeta mediante el poder de la ilusión (Tlön, Ugbar, Orbis Tertius). ¿Quién fue pues el inventor de ese planeta imaginario? Un equipo de investigadores, una sociedad secreta que redacta una gigantesca y minuciosa Enciclopedia consagrada a esa tierra desconocida, creando para ella una geografía, una historia, una literatura, una mitología y una metafísica. Se quería así demostrar al Dios inexistente que los mortales

son capaces de concebir un mundo. La empresa dirigida por un hombre de genio comenzó hace apenas dos siglos y, sin embargo, Tlön está viendo la luz de la realidad. La humanidad, que siempre se ha sometido a cualquier simetría que tenga la apariencia de un orden (materialismo, nazismo, antisemitismo), está preparada a someterse ante Tlön. Y Borges profetiza: El mundo será Thlon. Aquí el símbolo no necesita comentarios, a tal punto es evidente.

Borges conoce la historia del Golem, al que le consagró un poema por lo menos. Nos encontramos en la Praga del siglo XV. El inmundo judío vive su enclaustramiento laberíntico. Desde hace un siglo, Europa vive el Renacimiento esa verdadera primavera de los pueblos. Pero la noche sigue siendo penosa en el barrio Judío de Praga. La rebelión amenaza con hacer estallar la lentitud del proceso mesiánico. En el fondo de la noche donde las manos buscan a tientas vive el sublime Rabí Loew, hijo de Bezalel. ¿Puede él solo resistir a la presión de todo su pueblo?

Imagino al rabí, modelando la arcilla, creando progresivamente una forma humana, inerte todavía, homúnculo mágico proveniente de las pesadillas de la judería europea de la Edad Media. Una luz brilla alrededor del rostro del rabí. Evoca, se atreve a invocar los santos nombres. Pero el hombre no se mueve todavía.

No tiene párpados ni pestañas porque está dicho: “Aquel que vela por Israel no duerme ni dormita”. No hay ninguna arruga en su frente para instruir a los jueces y aminorar su rigor porque está dicho: “El juicio se interrumpirá”. El ojo es perfecto y luminoso porque está dicho: “Verán el ojo en el ojo”. El hombre acostado es aún materia bruta, sangre coagulada, labios cerrados y en el rostro aquella extraña sonrisa de los tiempos de Inocencia. En un Instante va a ponerse en pie, a caminar y a mirar fascinado la luz del mundo. Lógica obstinación del creador. ¿Qué sabe pues el Sublime Rabí Loew? Conoce las letras, las recetas y la eficacia del nombre impronunciado. Pero no los Mecanismos secretos de la fecundidad, la sutil mecánica sexual de los engranajes sagrados. Por primera vez, sin embargo, por virtud del nombre, un ser va a ser creado sin que sea el resultado de la mortal unión del hombre y de la mujer.

Entonces, entre la luz azufrada, se alza la Shekinah (inmanencia divina en exilio sobre la tierra junto con el pueblo de Israel). Ante la blasfemia,

proclama: no hay secreto, no hay clave, no hay cifra ni sortilegio. No existe más que un solo misterio, el misterio divino de la creación; y es el aliento de Dios vivo. La mujer recibe la simiente en su bosquecillo salvaje, luego la fecunda y la metamorfosea.

El Golem sólo fue una criatura incompleta, que fue preciso destruir un poco después.

*Tal vez hubo un error en la grafía
O en la articulación del Sacro Nombre;
Á pesar de tan alta hechicería,
No aprendió a hablar el aprendiz de hombre.*

Y Borges concluye:

*En la hora de angustia y de luz vaga,
En su Golem los ojos detenía
¿Quién nos dirá las cosas que sentía
Dios, al mirar a su rabino en Praga?*

El Golem no era más que un borrador, como el mundo mismo en el que vivimos.

En resumidas cuentas, es más fácil crear un planeta imaginario que se convierte progresivamente en realidad, como Tlön, gracias a la cultura masiva y a las técnicas de formación de la conciencia colectiva, que crear un hombre al margen de las formas clásicas. Cierto, se trata de un borrador, pero aun a través de ese borrador se afirma solemnemente la unidad fundamental de la humanidad. Cordovero escribió en el siglo XVI: “Por eso quien peca no sólo se hace daño a sí mismo; también a esa parte de sí mismo que pertenece a otro. Porque el otro es realmente yo mismo”.

EL NOMBRE IMPRONUNCIABLE

La biblioteca de Babel es solitaria, infinita, inútil, inmóvil, incorruptible, secreta. A través de las galerías hexagonales, donde cada muro está provisto de anaqueles, y cada anaquel de libros con el mismo formato, cada libro consta del mismo número de páginas, cada página del mismo número de líneas y cada línea del mismo número de caracteres.

El significado de cada una de esas obras es impenetrable. La lengua es desconocida y comprende veinticinco signos ortográficos, es decir, las veintidós letras del alfabeto más la coma, el punto y el espacio. La biblioteca existe *ab aeterno*. Es incoherente; así y todo, un autor se atrevió a afirmar una vez que la Biblioteca es total y que los anaqueles consignan todas las combinaciones posibles.

El mismo tema se presenta en El milagro secreto. Jaromir Hladik, erudito de Praga, sueña con la Biblioteca del Clementinum. “¿Qué busca?”, le preguntan. “Busco a Dios...”

Dios está en una de las letras de una de las páginas de uno de los cuatrocientos mil tomos del Clementinum”.

Este es el mismo tema de La escritura del Dios (extraído de la obra El Aleph, que significa el Dios del Aleph). En su prisión, frente al jaguar que sería uno de los atributos de la divinidad el mago Tzinacán intenta descubrir el orden secreto de las manchas del pelaje de la bestia. “Un dios, reflexioné, sólo debe decir una sola palabra y en esa palabra la plenitud”. A fuerza de ascensis, logra el éxtasis. Solamente entonces consigue comprender la escritura del pelaje de la bestia. Desde entonces guarda el secreto. Es una fórmula de catorce palabras absolutamente fortuita. “Pero yo sé que nunca diré esas palabras, porque ya no me acuerdo de Tzinacán”. En efecto, conoce el misterio. El está desde ahora en la eternidad. Todo le es indiferente, incluso él mismo.

Por último, en un cuarto relato, *La muerte y la brújula*, el tema es retomado inevitablemente. Estamos aquí ante el único relato de la literatura mundial basado en los datos de la Cábala. Tres asesinatos han sido cometidos, y en cada ocasión ha sido encontrado en el lugar del crimen una hoja de papel con la siguiente sentencia: la primera, luego la segunda, después la tercer“letra del nombre ha sido articulada”.

Provisto de un compás y de una brújula, instruido en las obras de la literatura cabalística, el policía Lönnrot trata de penetrar el misterio. Descubre que los lugares donde han sido los crímenes forman los tres vértices de un triángulo equilátero. Sin duda, el cuarto crimen, que debe corresponder a la cuarta letra del Nombre, tendrá lugar en el cuarto punto del rombo virtual reconstituido. La deducción es perfecta pero Lönnrot, ha olvidado una o previsión: es él, en efecto, quien será asesinado.

La presencia de este tema no es hija al azar, pues las construcciones de Borges siempre son cuidadosamente elaboradas. Para comprender debidamente el propósito de nuestro autor debemos referirnos a la Cábala.

Desde el siglo XII los *hassidim* alemanes estaban convencidos de que la Biblia guarda a la vez un sentido esotérico. El sentido literal es la envoltura. Desdichado aquel que confunde la envoltura con el sentido verdadero. Lo esencial pues es alcanzar, luego de revelar la Biblia, el significado secreto de la escritura. Así nació la *Gematría*, o ciencia del cálculo del valor numérico de la palabra de la lengua hebrea. Así El Aleph 1, Beth es 2, Ghimel 3... Yod es 10, y así sucesivamente.

En el siglo XVIII, Abufalia dió un gran desarrollo a esa ascesis insistiendo particularmente en el simbolismo de cada letra, con el objeto de aproximar más al espíritu del otro lado de la significación formal e inmediata de la letra. Cada letra representa en efecto un universo entero porque cada letra de la lengua hebrea es sagrada. La combinación de las letras para formar palabras, comprende misterios que sólo el hombre cabalista inspirado puede comprender. En el siglo XIII un discípulo anónimo de Abufalia refirió de esa manera su experiencia de acercamiento a la divinidad: “El segundo signo fué que mi imaginación se volvió muy intensa en mí y me pareció que mi frente iba a estallar. Entonces comprendí que estaba preparado para recibir el Nombre. Esa noche de Sabbat, yo también entreví el gran nombre inefable de Dios”.

En efecto, de acuerdo con una tradición permanente todos los elementos del mundo figuran en las treinta y dos vías del conocimiento, a saber, los diez Sefirot y las veinticuatro letras del alfabeto sagrado. Y el Sefer Yetzirah (o Libro de la Creación) explica en el siglo VI: “Dios los dibujó, talló, combinó, pesó e intercambió, y con ellos hizo la Creación entera y todo lo que está destinado a ser creado”. Toda una abundante literatura (Talmúdica

y Cabalística), que se ha prolongado hasta la actualidad se desarrolló así para fijar la significación -numérica o simbólica- de cada una de las veintidós letras.

En efecto, existe en verdad una combinación que debe permitir descubrir el secreto.

Al final del proceso nos encontramos con el tetragrama YHWH. Es el nombre salvador por excelencia, el nombre explícito, el Schem Hamephorasch (como lo escribe el propio Borges), la síntesis de síntesis. Con todo, desde antes de la destrucción del segundo templo, la autoridad tradicional había prohibido su invocación debido a los pecados de Israel. Por eso, después de esa fecha, el tetragrama es la Palabra perdida. No se conoce ya su pronunciación exacta. *“La supresión de la enseñanza y de la pronunciación de ese Nombre, por veredicto de la autoridad tradicional —escribe Leo Schaya—, tiene un carácter hasta tal punto categórico y radical en sus consecuencias que cabe afirmar que fue Dios mismo quien retiró ese nombre a la masa del pueblo de Israel”.

No se pronuncia ya el nombre. Cuando el tetragrama aparece en el texto, se dice Adonai (Señor). Tal vez el secreto es conocido por algún iniciado, al que fue transmitido de generación en generación en el curso de diecinueve siglos. Y tal vez el secreto deba ser guardado a fin de permitir el equilibrio del mundo.

Porque el conocimiento del gran secreto (ahora el punto es seguro) coincidirá con el fin de la especie humana. Más vale pues dejarlo por la paz. Ya nuestros cándidos sabios, con sangre en las manos, comienzan a lamentarse por haberse aventurado tan lejos. Como escribe Borges en La biblioteca de Babel “...sospecho que la especie humana —la única— está por extinguirse y que la Biblioteca perdurará: iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta”.

(Traducción del francés de José Luis Rivas)

Fuente: Artículo aparecido en Francés en L' Home: Jorge Luis Borges, París. 1964, 1981 (2da edición). Título original francés “ Fascination de la Kabale”.



Caricatura de Jorge Luis Borges realizada por Sábat. Gentileza “Clarín”

BORGES, LAS PALABRAS GENESIACAS, LAS PALABRAS CABALÍSTICAS

JOSE ISAACSON

Existen, según él mismo lo declara, dos Borges; nada nos impide suponer algunos otros. Al estereotipo del Borges sutil pero frío relojero literario, armador genial pero indiferente de construcciones adjetivas, podemos agregar un Borges obsesivamente preocupado por la trascendencia, temeroso frente a la intemperie que supone la vida que nos dieron y, por eso, titubeante frente a los espejos, insobornables testigos del tiempo definido que nos tocó en suerte.

En ese mundo de perecederas formas, de acechantes tigres, somos como las piezas de un ajedrez jugado por un Dios que oculta su rostro y a quien él, Borges, presiente, aunque no esté dispuesto a humillársele con previsibles ruegos. Quizá gran parte de la obra de Borges no sea otra cosa que esa oración; que él dice a su modo, sin saber que la está pronunciando. Más habla para Él que para nosotros, de donde su aparente distancia; de donde, también, su queja. Porque aunque simule un relato, su tema, su queja, es la porción de tiempo que le ha sido concedida, y el laberinto que toda trayectoria supone, y las sombras que todo lo enturbian, y esos espejos que detesta y en los que percibe el reflejo de un reflejo. Algún Otro cuyo reflejo somos, torna inútil toda rebeldía; sólo podemos pasearnos por jardines, que siempre serán formas del laberinto. Lo único que quizá sea nuestro, algo a lo que podemos aferrarnos, es **la palabra, arquetipo de la cosa.**

En el mundo de Borges, la palabra no es, por tanto, mero juego. Por el contrario, la palabra, en ese mundo que construye laboriosamente, es lo único que se le presenta como concreto y estable. La palabra le permite entrever las cualidades de Dios.

Ante la cosa fluida y perecedera, ante el mundo —más que limitado, indefinido entre sombra y **tigres**— que pretender ser lo real y es, apenas, la incertidumbre y lo ambiguo, la palabra le procura un asidero que supone fijo, limitado, perenne, definido. La palabra será entonces, más que la herramienta, el material que le permita cobijarse de la “intemperie” y desde ella atisbar los recurrentes tigres siempre, dispuestos a desordenar el presunto orden de una temporalidad cuyo antes y cuyo ahora naufragan en un después de imprevisible forma.

Frente a la cosa multiforme, indefinible, traidora, la palabra única, fiel, irremplazable. Con una fe en las virtudes de la página escrita y una pasión por la precisión, incomparables, al menos en nuestra área lingüística, Borges se lanza a la gran aventura y trata de asomarse al mundo de las cosas desde el mundo de las palabras; lo que nos explica la atracción que siente por la Cábala.

Porque las palabras pueden ser genesiacas o cabalísticas. Queremos decir: las palabras del Génesis **hicieron** las cosas, las designaron antes que existieran. Son palabras germinativas, coincidentes con las ideas prototípicas, platónicas. Distintas son las palabras de la Cábala, como es distinta la Cábala, que es la tradición, lo aceptado, es decir lo recibido. Las palabras de la Cábala son las cosas mismas; en la palabra rastrean la intención de la cosa. Por eso, la ponderación de cada letra puede conducir al reino de las esencias. Las palabras genesiacas y las cabalísticas pueden estar integradas por los mismos fonemas, pero son esencialmente distintas; tan distintas como pueden serlo el mundo y la interpretación del mismo; tan distintas como pueden serlo la existencia y la búsqueda de sentido. Lo genesiaco es; lo cabalístico **puede ser**. Lo genesiaco es cinético; lo cabalístico es potencial, aunque trate de los sucesivos valores que tiene la energía de un cuerpo en movimiento.

Lo genesiaco y lo cabalístico son dos mundos coexistentes pero que no se superponen; lo que permite la riqueza expresiva de la Cábala, su infinita gama de matices, de sutilezas, de versiones posibles frente a un mismo hecho, un mismo acto, una misma presencia o Presencia.

El escritor está frente a la palabra y ante el enigma.

¿Cuál es la palabra que él utiliza? ¿Cuál la que puede utilizar? ¿Cuál es la

que pretende utilizar? La palabra es, aparentemente, la misma y es fácil equivocarse. ¿Qué es el escritor que está frente a la palabra? ¿Le servirá la palabra para nombrar un mundo que él puede crear o le servirá para reinterpretarnos con sus imágenes un mundo ya inventado, ya existente?

El mundo de la literatura puede ser el de las multánimes interpretaciones posibles de ese mundo fluído e indefinible al que queremos aprehender, ponderándolo, midiéndolo, con nuestras limitaciones, las únicas herramientas de que disponemos. Es cierto, también que las interpretaciones posibles implican los mundos creados por nosotros, pero no por eso menos **reales** que el mundo que las hace posibles. Y esto hace que las palabras cabalísticas puedan participar de las virtudes de las palabras genesíacas, pues nada hay que en sí mismo agote su sustancia ni su esencia y el Todo de todo participa. El maestro de la Cábala, Abraham Ibn Latif, para explicar la doctrina de la emanación (entre Dios y el Mundo deben existir Esferas intermedias) nos brinda el ejemplo de las sucesivas proyecciones de un punto que nos permiten construir las dimensiones del espacio (idea que Borges desarrolla en "El Aleph). Del mismo modo, explica, llegamos al número a partir de la unidad.

Más cosas te son mostradas que las que los nombres (Libro de Sirach, 111, 20-24); y en ese mundo estamos. En él, todo camino es laberinto y todos los espejos a los que nos asomemos reflejarán el horror de los rostros que se suceden, la demora imposible y sin sentido, el imposible punto de apoyo, lejano e inasible como el horizonte. Por cada palabra genesíaca, innumerables palabras cabalísticas. El escritor sabe que solo dispone de estas últimas aunque quisiera, alguna vez, alcanzar las primeras. Esas raras veces cuando la poesía se mezcla con la escritura.

Mientras tanto sólo cuenta con el laberinto y el espejo. Uno es su posibilidad, el otro el testimonio especular de la creciente sombra, del acechante tigre que puede ser el final, pero que puede ser otro comienzo, más deseado que entre visto, fluctuante entre el cenit y el nadir: aunque ya sabemos que los infinitos puntos posibles coinciden en cualquier parte con cualquier punto y, dado un punto, todo el espacio es posible. Temas que Borges elaboró en narraciones y en poemas que le concedieron ese perfil único que lo distingue. Claro que somos capaces de conocer sólo aquello que reconocemos. Por eso Borges será atraído por la Cábala antes que por el Génesis. Porque Borges no intenta inventar ni reinventar el mundo. Sólo

quiere comprender algo de lo que le sucede y finge comprenderlo, mientras finge, enhebra versos, relatos, fragmentos del espejo que por algún punto del laberinto lo acompañan.

El Génesis es el libro inmediato al caos, el libro que registra la ordenación del caos. La Cábala es el libro que Investiga el sentido del Libro, el libro que viene detrás del Libro.

La Torá es el texto del Inefable; la Cábala, una serie de textos redactados por hombres. En el Texto la palabra es el origen de la cosa; en la Cábala se trata del sentido del mundo a través del sentido del Texto, y las palabras, cada una de ellas, son pesadas, numeradas y medidas como si la palabra fuera ya la cosa misma. Este es el mundo de la Cábala, ¿no acaso éste el mundo de Borges?

En su ensayo, *Una vindicación de la Cábala*, incluido a su libro **Discusión**, declara: "No es la primera vez que se inventa ni será la última que falla, pero la distinguen dos hechos. Una es mi inocencia casi total del idioma hebreo; otra es la circunstancia que no quiero vindicar la doctrina, sino los procedimientos hermenéuticos o criptográficos que a ella conducen". Desde este planteamiento, Borges se desliza hacia la idea de que los propósitos literarios de Dios fueron obrados por la tercera de la trinidad, según la **opinión común**, ya que en 1625 Bacon así lo dice y su contemporáneo John Donne afirma: "El Espíritu Santo es un escritor elocuente, un vehemente y un copioso escritor, pero no palabrero: tan alejado de un estilo indigente como de un superfluo". En tal sentido Borges recuerda un capítulo de Gibbon que "incluye un censo general de las publicaciones del Espíritu Santo, calculadas con cierta timidez en unas ciento y pico", y agrega: ""La que ahora me interesa es el Génesis: materia de la Cábala"".

Los cabalistas aceptan que Dios dicta palabra por palabra lo que se propone decir, lo que hace de la Escritura un texto absoluto, donde la colaboración del azar es calculable en cero. La sola concepción de ese documento es un prodigio superior a cuantos registran sus páginas. Un libro impenetrable a la contingencia, un mecanismo de infinitos propósitos, de variaciones infalibles, de revelaciones que acechan, de superposiciones de luz. ¿Cómo no interrogarlo hasta lo absurdo, hasta lo prolijo numérico como hizo la Cábala?.

Borges, coherente con su propio pensamiento, debía ser seducido por la posibilidad de un **texto absoluto**, un texto sin azar posible, un texto **necesario**, para usar una palabra tan grata a su espíritu como expresiva de su estilo. La aproximación de Borges al Texto por antonomasia, debe ser entendida, sin embargo, como tangencial, ya que no lo atrae la carga intencional o emocional del Texto sino la concepción de ese documento en el que la colaboración del azar es calculable en cero.

Este alejamiento de la intencionalidad de los textos, suele convertirlos en meros accesorios decorativos: *La muerte y la brújula* es un excelente ejemplo. Refiriéndose al detective de su historia, Borges apunta: “Sonrió, pronunció la palabra **Tetragrámaton** (de adquisición reciente) y...”. Línea reveladora, pues Borges, tan abrumado por los espejos, nos alcanza uno que conserva su imagen sonriente mientras pronuncia palabras que acaba de descubrir.

Leí, dice uno de los personajes del relato, **La Historia de la secta de los Hasidim**: supe que el miedo reverente de pronunciar el nombre de Dios había originado la doctrina de que ese nombre es todopoderoso y recóndito. Supe que algunos Hasidim, en busca de ese Nombre secreto, habían llegado a cometer sacrificios humanos... Aquí entra Borges en un proceso de hasidismo - ficción que nos alerta, justamente sobre la utilización de palabras recientemente adquiridas. Bien sabido es que los sacrificios rituales son ajenos al espíritu de la religión judía; adjudicárselos a los hasidim en la tan tremenda dimensión de los sacrificios humanos excede toda posibilidad imaginativa, pues los hasidim aparecen casi como contrapartida del rigor racionalista de la Haskalá (iluminismo judío) para convertirse en los actores de un movimiento que aunque provenía de la Cábala se distinguía de ésta tanto como pueden distinguirse entre sí el ascetismo y la alegría de vivir. Los hasidim acercaban a las masas pauperizadas de los ghettos de la Europa Oriental una visión que hacía del amor el verdadero vínculo entre el Padre y sus criaturas y de éstas entre sí. La piedad de los hasidim, voz hebrea que significa piadosos, rechazaba toda tristeza pues el *Espíritu ha descendido del cielo para que los preceptos se cumplan, no en la tristeza sino en la alegría* (Jacob José de Polna). Incluso el baile y las canciones pueden ser los vínculos gratos al contacto y a la comunicación con Dios. El amor concreto entre los seres es el meollo del hasidismo, que florece en nuestro tiempo a través de un discípulo y un maestro como Buber.

Nos hemos demorado en este punto porque entendemos que, más allá de la magistral utilización de los elementos que emplea para alcanzar este texto no contingente al que aspira, Borges no puede aislarse en un incommunicable plano formal, carente de intencionalidad o de intencionalidad arbitraria, pues es el sentido, algún sentido, lo que (le) nos preocupa cotidianamente. El cambio de intenciones que atribuye a los hasidim no puede ser soslayado, ni siquiera por la crítica literaria, que, en ese caso, sólo sería preceptiva. En una de sus páginas más características, *De Alguien para nadie*, Borges señala la singular pluralidad del Elohim del Génesis. A la versión corriente: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra, señalando que se trata de un plural de majestad o de plenitud, según ciertas calificaciones.

Aquí sí que Borges, dejando a un lado las decoraciones a que es adicto, hace una incisión en profundidad para descubrir a su lector una vieja sabiduría capaz de hacer concordar la pluralidad de la potencia con la singularidad del acto. El pluralismo que hace posible la singularidad del acto. El pluralismo que hace posible la singularidad permite decir: los dioses hizo... También, desde un enfoque contrario, Borges podrá inducir una de sus ideas predilectas: ser una cosa es inexorablemente no ser todas las otras... O sea, toda determinación es una limitación (Spinoza).

En su cuento *El Zahir*, relata: *Los hebreos y los chinos codificaron todas las circunstancias humanas: en la Mishná se lee que, iniciado el crepúsculo del sábado, un sastre no debe salir a la calle con una aguja*. Por su parte, la protagonista del cuento, Teodolina Villar, buscaba, como una talmudista la irreprochable corrección de cada acto. Socarronamente, Borges subraya: *su empeño era más admirable y más duro, porque las normas de su credo no eran eternas, sino que se plegaban a los azares de París y de Hollywood*. Teodolina buscaba lo absoluto, como Flaubert, pero lo absoluto dentro de lo momentáneo.

Claro que en la cosmovisión borgeana no hay hecho, por humilde que sea, que no implique la historia Universal y su infinita concatenación de hechos y causas. Los cabalistas —recuerda— *entendieron que el hombre es un microcosmo, un simbólico espejo del universo* y si, como entiende Tennysin, comprender una flor es comprender el universo, Borges persigue con una pasión creciente y sostenida la comprensión de algo que sucede en algún punto del universo, pues para entender la simultaneidad de lo existente

y de lo actuante, bastará con registrar y percibir las características de lo singular y único. Un punto, ya lo sabemos, puede contener todas las dimensiones del espacio. Ese punto, tan difícil de situar, de aislar, puede ser el mismo, el hombre Borges que le ha tocado ser y al que suele aludir con insistencia. Aun parcialmente, *soy Borges*, repite en *El Zahir*. Esta nominación —que puede parecer obsesiva— se torna inteligible cuando el lector advierte que así como los escritores, en general, suelen referir la acción de sus relatos a ciertas zonas del planeta o del universo, Borges prefiere centrar sus temas en Borges, y puesto que le tocó ser más espectador que actor de su vida —según frecuentes afirmaciones— compensa el estado potencial de sus actos instalando en sí mismo el origen de sus coordenadas literarias, el punto de apoyo que infructuosamente buscaba el siracusano. Si el sueño de uno es la memoria de todos, nada más realista y vital que la literatura de Borges. Dentro de esa óptica, lo que antes podía parecer un mero juego, y aun un mero ejercicio de la inteligencia, comienza a latir y a moverse y a conmovernos.

Las perfectas pero frías construcciones del geómetra se animan cordialmente, pues vamos percibiendo que los latidos no pueden ser detenidos ni siquiera durante la búsqueda del texto absoluto. El hombre que teme los espejos no es, afortunadamente, un superhombre, sino un hombre que busca de un punto fijo en el espacio y en el tiempo, la imposible permanencia.

*Dios ha creado las noches que se arman
De sueños y las formas del espejo
Para que el hombre sienta que es reflejo
Y vanidad. Por eso nos alarman.*

El Eclesiastés es, sin duda, uno de los textos predilectos de Borges.

Frente a la imagen, casi cristalizada ya, del hombre sólo preocupado por las precisiones verbales, veamos cómo la pasión y la beligerancia no empañan su perspicuidad habitual cuando, para contestar las afirmaciones que Américo Castro hace en La peculiaridad lingüística rioplatense y su

destino histórico, redacta la nota *Las alarmas del doctor Américo Castro*. Más allá de los meros problemas de lenguaje afirma: La palabra “problema” puede ser insidiosa petición de principio. Hablar del problema judío es postular que los judíos son un problema; es vaticinar (y recomendar) las persecuciones, la expoliación, los balazos, el degüello, el estupor y la lectura de la prosa del doctor Rosenberg. Otro demérito de los falsos problemas es el de promover soluciones que son falsas también. A Plinio (Historia natural, libro octavo) no le basta observar que los dragones atacan en verano a los elefantes: aventura la hipótesis de que lo hacen para beberles toda la sangre que, como nadie ignora, es muy fría.

Este párrafo, aislado de un texto destinado a dirimir una querrela lingüística, bastaría como crítica suficiente a las aberraciones del irracionalismo, cuyo reino implica el de la muerte de la justicia. Por encima de cargas eruditas, la belleza sigue siendo, aún para Borges, el esplendor de la verdad.

En La muerte y la brújula, como se recordará, el asesino le dice al detective del relato: *Un irlandés trató de convertirme a la fe de Jesús: me repetía la sentencia de los goim: todos los caminos llevan a Roma. Borges convierte esta sentencia de los goim en: todos los caminos llevan al laberinto, o mejor, todos los caminos son el laberinto. Esta obsesiva identidad, camino-laberinto, lo lleva a convertir en laberinto la imposible trayectoria de la flecha de Zenón: Yo sé de un laberinto griego que es una línea única, recta.*

En la nota que titula Avatares de la tortuga, Borges recuerda que hasta Santo Tomás el regresus in infinitum propuesto por las paradojas de Zenón ha servido para negar la existencia de Dios; el de Aquino en cambio se apoya en él para afirmar su existencia. En las palabras de Borges: *Advierte que no hay cosa en el universo que no tenga una causa eficiente y que esa causa, claro está, es el efecto de una causa anterior. El mundo es un interminable encadenamiento de causas y cada causa es un efecto. Cada estado proviene del anterior y determina el subsiguiente, pero la serie general pudo no haber sido, pues los términos que la forman son condicionales, es decir, aleatorios. Sin embargo el mundo es; de ello podemos inferir una no contingente causa primera, que será la divinidad.*

Y así al cabo del laberinto, o mejor, consubstanciado con él, quizá en el mundo hay un solo objeto: una infinita y absoluta sustancia, equiparable al Dios de Spinoza. Las causas transitivas se reducen a causas inmanentes;

los hechos, a manifestaciones o modos de sustancia cósmica. Desde su laberinto Borges atisba aquellos que fueron contruidos por la inteligencia y la fe y, sin poder renunciar a nada, tampoco puede elegir. Puede, quizá, en cambio, demostrar que si una recta es un laberinto también un punto debe serlo... el vertiginoso **regressus in infinitum** es acaso aplicable a todos los temas. A la estética: tal verso nos conmueve por tal motivo, motivo por tal motivo... Al problema del conocimiento: conocer es reconocer, pero es preciso haber conocido para reconocer, pero conocer es reconocer... “

En este universo homogéneo no hay por qué suponer puntos privilegiados. Nosotros hemos soñado el mundo. Lo hemos soñado resistente, misterioso, visible, ubicuo en el espacio y firme en el tiempo; pero hemos consentido en su arquitectura tenues y eternos intersticios de sinrazón para saber que es falso.

En ese mundo fluctuante, hasta las palabras pueden ya ser objeto de prevención y desconfianza y él, que tanto las quiere como para haberse jugado toda la vida por ellas, llega a decir: Es aventurado pensar que una coordinación de palabras (otra cosa no son las Filosofías) puede parecerse mucho al universo. Ante la incertidumbre, incapaz de Oración, Borges como siempre, opta por el relato. Así en Ajedrez. En su grave rincón, los jugadores / rigen las lentas piezas. Y en un nuevo regressus in infinitum:

*Dios mueve al jugador y éste, la pieza.
¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza
De polvo y tiempo y sueño Y agonía?*

El mismo es el tema de El Golem, uno de los poemas esenciales de la lírica borgeana. En estos tiempos cibernéticos, la creación de Judá León, rabino de Praga, tiene ya más elementos de realidad que de magia, si esto puede decirse con la plena convicción que la suprema magia es siempre lo que convencionalmente se designa como realidad.

El rabí lo miraba con ternura
Y con algún horror. ¿Cómo (se dijo)
Pude engendrar este penoso hijo
Y la inacción dejé, que es la cordura?

¿Por qué di en agregar a la infinita
Serie un símbolo más? ¿Por qué a la vana
Madeja que en lo eterno se devana
Di otra causa, otro efecto y Otra cuita?

En la hora de angustia y de luz vaga,
En su Golem los ojos detenía.
¿Quién nos dirá las cosas que sentía
Dios, al mirar a su rabino en Praga?

“Destino de ser hombre y ser judío”, escribió Borges en “BARUCH SPINOZA”.

Al llegar al Golem fue, en la intención de los maestros de la Cábala, un intento más trascendente que el de los mecanismos perfeccionados por las técnicas de la automatización, pues ese intento iba más allá de lo utilitario. No se trataba de mejorar niveles de producción —para lo cual, por cierto no se precisaban cabalistas ni hasidim— sino de llegar a responder la pregunta: ¿Qué es el hombre? En esa búsqueda,

*Sediento de saber lo que Dios sabe,
Judá León se dio a permutaciones
De letras y a complejas variaciones
Y al fin pronunció el Nombre que es la Clave.*

A pesar de ocasionales manifestaciones, más verbales que íntimamente aceptadas, Borges ha sido siempre fiel a la búsqueda de los nombres que condujeran al Nombre. De donde la fundamental atracción que la Cábala ejerce sobre él; detrás de los muchos nombres alcanzar el Nombre. La Cábala, entonces, más que una meta, nos propone un camino. Que puede

ser un laberinto, *una región en que el Ayer pudiera / ser el Hoy, el Aún y el Todavía.*

Nunca sabremos si en la palabra rosa está toda la rosa. Sabemos que nombrarla es un modo de acercarla. Sabemos, también, que aludirla, convocar una corte de palabras que puedan inventarla será siempre un prodigio menor frente al milagro de la palabra capaz de ser una con la cosa misma.

El escritor es el nombre que elige las palabras; el poeta, en cambio, es elegido por ellas. Se establecen, entonces, vínculos de necesidad y la página se convierte en texto. Lo inmanente se hace trascendente. Toda la eternidad coexiste en el instante y el extenso Dios de Spinoza se concentra en un punto que puede ser el origen del espacio.

Expresión o alusión, mundo del Génesis o mundo de la Cábala, mundos que podemos preferir, pero no elegir. En las últimas líneas del prólogo a su **Antología Personal** Borges nos advierte: *Alguna vez yo también busqué la expresión; ahora sé que mis dioses no me conceden más que la alusión o mención.*

Esta taxativa afirmación debe ser repensada. Así como la palabra genésica es inseparable de las palabras cabalísticas, así son inseparables el mundo y la búsqueda de sentido. Como el cuerpo y su sombra, la expresión y la alusión coexisten en la palabra. Esa palabra que es, simultáneamente, materia y herramienta, para ir construyendo un cobijo contra el desamparo. La casa no es tan grande - pensó-, la agrandan la penumbra, la simetría, los espejos, los muchos años, mi desconocimiento, la soledad.

Frente a tanta intemperie sólo la palabra podrá conducirnos al Nombre que es la Clave.

EL SIGNIFICADO CABALÍSTICO DEL NOMBRE JORGE LUIS BORGES

MARCOS RICARDO BARNATÁN

Los tres métodos fundamentales de la Kábala: Gematría, Notarikón y Temurá, son asimilados por la Cábala Práctica y utilizados para fines cotidianos. Son las llamadas “Tres llaves cabalísticas de interpretación”, y que siguiendo un estudio tradicional podemos explicar de la siguiente forma: (“)

GEMATRÍA

Es la primera llave cabalística, llamada también *cábala matemática, geométrica o aritmética*, que consiste en considerar el valor numérico de las palabras como índice indicativo del sentido que se busca. Halla ocultos e insospechados sentidos en la Biblia mediante la computación del valor numérico inherente a las letras hebreas, a como también de la eventual forma particular de las letras en el texto sagrado. Así, por ejemplo, en el Génesis I y II. Crónicas, 36, figura seis veces la letra alef, inicial de la misma voz elef que significa mil; consecuencia: el mundo durará seis mil años. El alef grande que aparece en Crónicas 1, significa que el hombre es la obra principal de la Creación.

En el Génesis, cap. 49, 10, se lee: “No se quitará la vara de mando a Judá, ni faltará el legislador de entre los de su generación, hasta que venga Shiloh (el Pacífico) “.

Sumando el valor numérico de la palabra Shiloh, se obtiene el mismo número que corresponde a la palabra Mashiah (Mesías). Por lo que los cabalistas asocian Pacífico con Mesías.

Por el presente método los esotéricos posteriores crearon una gema-

tría vulgarizada por la cual se obtenían sorprendentes resultados. 1. David Gonzalo Maeso, Historia de la literatura hebrea, Editorial Gredos, Madrid, 1960.

Por ejemplo si tenemos el nombre JORGE LUIS BORGES, se le buscan sus correspondientes numéricos a través del alfabeto cabalístico y se obtiene el siguiente resultado:

JORGE: J corresponde al heth (8); O corresponde al ain (70)

R corresponde al resh (200); G corresponde al zain (7)

y E Corresponde al he (5)

$$8 + 70 + 200 + 7 + 5 = 290$$

LUIS: L corresponde al lamed (30); uy Pond

Vav (6)

I corresponde al yod (10) y S corresponde al samej (60).

$$30 + 6 + 10 + 60 = 106$$

BORGES: B corresponde al beth (2); O Corresponde al gi

(70)

R corresponde al resh (200); G corresponde al zain (7)

E corresponde al he (5) y S corresponde al samej (60)

$$2 + 70 + 200 + 7 + 5 + 60 = 344$$

La suma de los tres nombres del escritor argentino da el siguiente resultado:

$$290 + 106 + 344 = 740$$

Por fin, la suma de $7+4+0 = 11$ y el $1+1 = 2$.

Con lo que le correspondería la letra beth (de BORGES) el color violeta, la luna (presente en muchos de sus poemas), si la nota musical fa, el elemento alquímico disolvente universal, el arcano mayor segundo: La Sacerdotisa, signo del zodiaco Cáncer. El beth rige en la mente el Poder de raciocinio, virtud que Jorge Luis Borges aplica normalmente a la poderosa matemática racional de sus narraciones. El beth encarna la imaginación como principio plasmante.

El Rostro Negro del beth indica: "Torpeza, confusión, tinieblas". Borges es ciego. El beth existe por reflejo del aleph que es la unidad. La gloria literaria de Borges se funda en su libro El Aleph.

El beth indica el segundo sefirá: La Sabiduría. Borges es un escritor que se mantiene en la vieja tradición culturalista no ajena a la erudición.

A la suma del nombre se pueden agregar otros datos para hacer el procedimiento más preciso, por ejemplo fecha y lugar de nacimiento, siguiendo el mismo método y reduciendo la cifra a su mínima expresión.

Fuente: Marcos Ricardo Barnatán. La Kabala. Una Mística del Lenguaje. Ediciones Akal, Madrid, 1986, pdg. 97 al 99. Comienzo del capítulo "Métodos de la Cábala Práctica". Artículo retitulado por los editores de Sefárdica.

EL UNIVERSO ES UN GRAN LIBRO

GEORGE STEINER

Borges posee, o mejor dicho hace uso de la imagen cabalística del mundo, una metáfora maestra de la existencia, con la que es posible que se haya familiarizado ya en 1914, en Ginebra, al leer la novela *El Golem*, de Gustav Meyrink, y a través de sus contactos íntimos con el erudito Maurice Abramowicz. La metáfora es más o menos la siguiente. El Universo es un gran Libro; todos los fenómenos materiales y mentales de ese libro tienen significado. El mundo es un inmenso alfabeto. La realidad física, los hechos de la historia. Todas las cosas que han creado los hombres, son, por decirlo así, sílabas de un mensaje perpetuo. Sentimos el llamamiento de una red ilimitada de significaciones, cada uno de cuyos hilos contiene el latido del ser y está relacionado con lo que Borges, en su enigmático cuento de gran fuerza, llama el Aleph.

Desde el punto de vista del escritor, "el universo, que otros llaman Biblioteca", tiene varios rasgos notables. Comprende *todos* los libros, no solamente aquellos que ya han sido escritos, sino también todas las páginas y todos los tomos que serán escritos en el futuro y, lo cual es más importante aún, todos los que podrían ser escritos. Al ser reagrupados, las letras de todos los alfabetos y sistemas de escritura conocidos o perdidos pueden producir todos los pensamientos imaginables por el hombre, todos los versos o párrafos de prosa dentro de los límites del tiempo. La Biblioteca también contiene todas las lenguas existentes, así como las lenguas que han desaparecido y las que vendrán. Evidentemente, Borges se halla fascinado por la idea, tan importante en las especulaciones lingüísticas de la Cábala y de Jacob Boehme, de que una lengua inicial secreta, una *Ursprache* de antes de Babel se encuentra en la base de la multitud de las lenguas humanas. Si, como los poetas ciegos, pasamos la yema de los dedos sobre el filo viviente de las palabras -palabras españolas, palabras rusas, palabras arameas, sílabas pronunciadas por un cantante en la China-, sentiremos

en ellas el suave latido de una gran corriente que late desde un centro común, sentiremos la palabra final hecha con todas las letras y las combinaciones de letras de todas las lenguas y que es el nombre de Dios.

Fuente: Borges, Biblioteca Nacional, Madrid, 1906, pág. 37 y 39. Artículo retitulado por los Editores de Sefárdica.

BIBLIOGRAFÍA ACERCA DE BORGES Y LA CÁBALA

EDNA AIZENBERG: "Emma Zunz: A Kabbalistic Heroine in Borges' Fiction", en *Studies in American Jewish Literature*, ed Daniell Walden, 3 (Albany: State University of New York Press. 1983), 223-235; JAIME ALAZRAKI: "Borges and the Kabbalah", en *prose for Borges*, ed. Charles Newman y Mary Kinzie (Evanston: Northwestern University Press. 1974), 184-211; "El golem de Jorge Luis Borges", en *homenaje a Casaldueiro*, ed. Rizel Pincus Sigele y Gonzalo Sobejano (Madrid; Gredos, 1972), 9-19; y "Kabalistic Traits in Borges' Narration", *Studies in short fiction*, 8, núm.1 (1971), 78-92; MARCOS RICARDO BARNATÁN:

"El laberinto de los cabalistas", con Jorge Luis Borges (Madrid: Júcar, 1972), 111-121; y "Una vindicación de la cábala", en *Conocer Borges y su obra*, 57-66; JOSÉ ISAACSON: "Borges y la cábala o el escritor frente a la palabra", en *El poeta en la sociedad de masas* (Buenos Aires: Americale, 1969), 149-156. RABI: "Fascination de la Kabbale", en Jorge Luis Borges (París: L'Herne, 1964), 265-271; LEONARDO SENKMAN: "La cábala y el poder de la palabra". *Nuevos Aires*, núm. 9 (1972), 39-48; SAÚL SOSNOWSKI: "Borges y la Cábala: la búsqueda del Verbo", *Nuevos Aires*, núm. 8 (1972), 37-47; *Borges y la cábala; la búsqueda del Verbo* (Buenos Aires: Hispamérica, 1976); "The God's Script' -A Kabbalistic Quest", *Modern Fiction Studies*, 19, núm. 3 (1973), 381-394; y "El verbo cabalístico de Borges", *Hispamérica*, 3, núm. 9 (1973), 35-54.

Fuente: Edna Aizenberg. "El Tejedor del Aleph. Biblia, Kábala y Judaísmo en Borges", Altalana, Madrid, 1986.



Jorge Luis Borges. Gentileza Diario "La Nación"

SPINOZA

EN LA OBRA DE BORGES

BARUCH SPINOZA

JORGE LUIS BORGES – DE “LA MONEDA DE HIERRO” – 1976

Bruma de oro, el Occidente alumbra
la ventana. El manuscrito
aguarda, ya cargado de infinito.
Alguien construye a Dios en la penumbra.
Un hombre engendra a Dios. Es un judío
de tristes ojos y de piel cetrina;
lo lleva el tiempo como lleva el río
una hoja en el agua que declina.
No importa. El hechicero insiste y labra
a Dios con geometría delicada;
desde su enfermedad, desde su nada,
sigue erigiendo a Dios con la palabra.
El más pródigo amor le fue otorgado,
el amor que no espera ser amado.

SPINOZA

JORGE LUIS BORGES – DE “EL OTRO, EL MISMO” – 1964

Las traslúcidas manos del judío
labran en la penumbra los cristales
y la tarde que muere es miedo y frío.
(Las tardes a las tardes son iguales.)
Las manos y el espacio de jacinto
que palidece en el confín del Ghetto
casi no existen para el hombre quieto
que está soñando un claro laberinto.
No lo turba la fama, ese reflejo
de sueños en el sueño de otro espejo,
ni el temeroso amor de las doncellas.
Libre de la metáfora y del mito
labra un arduo cristal: el infinito
Mapa de Aquél que es todas Sus estrellas

LAS TRASLÚCIDAS MANOS DEL JUDÍO

JAIME BARYLKO

Hace trescientos diez años que murió un hombre llamado Baruch Spinoza. Era Judío, su familia provenía de Portugal, vivió en Holanda, pensaba. Borges es un contemporáneo, argentino, escritor, poeta, cristiano. Borges se busca en Spinoza.

Spinoza(¿elmismo?;¿Otro?¿Quiénesquién?)renaceenunsonetodeBorges. Este ensayo se reduce a leer el poema de Borges llamado Spinoza y a comentarlo.

- 1 Las traslúcidas Manos del judío
- 2 labran en la penumbra los cristales
- 3 y la tarde que muere es miedo y frío.
- 4 (Las tardes a las tardes son iguales)
- 5 Las manos y el espacio de jacinto
- 6 que palidece en el confín del Ghetto
- 7 casi que no existen para el hombre quieto
- 8 que está soñando un claro laberinto.
- 9 No lo turba la fama, ese reflejo
- 10 de sueños en el sueño de otro espejo,
- 11 ni el temeroso amor de las doncellas.
- 12 Libre de la metáfora y del mito
- 13 labra un arduo cristal: el infinito
- 14 mapa de Aquél que es todas sus estrellas.

Metodológicamente conviene advertir: en lo que sigue me atengo a estos

versos, sin relacionarlos con otros de Borges , por más que -para el conoedor de la obra del argentino- las asociaciones sean en ciertos puntos más que evidentes.

1. Las descripciones dan lugar a la escenografía triste, una atmósfera de depresión:

“traslúcidas manos” (delgadas, magras, pobres)

“penumbra”

“tarde que muere”

“miedo y frío”

“palidece”

“Ghetto”

Tristeza, oscuridad, muerte, palidez, miedo, frío, panorama exterior deprimente, angustiante.

2. “Judío” ligado a ese panorama es una nota más de melancolía, sobre todo como hombre del Ghetto, lugar de reclusión, encierro; reflejo de la persecución; odio que se le profesaba a los judíos. Vemos al triste judío en su trabajo. Vemos sus “traslúcidas manos” que “labran en la penumbra los cristales”. Es clara la alusión a la actividad que desarrollaba Spinoza: pulir cristales. En la leyenda esa imagen ya es clásica: El gran filósofo luchando por subsistir a través de ese trabajo.

3. Las sensaciones que acompañan a la muerte de la tarde son de miedo y de frío. El miedo acompaña a la tarde que muere. El frío es atributo de la muerte. También está conectado con “los cristales” que el hombre labra. Puentes sensoriales se tienden entre “traslúcidas manos”, “cristales”, “frío”. Las sensaciones derivan del mundo inmediato exterior.

4. Desde el ángulo de la naturaleza, a primera vista, no hay diferencia entre una tarde y otra. No es ésta, pues, una tarde excepcional en la vida del hombre. Todas son así. Todas terminan muriendo y provocando miedo y frío.

5. Reaparecen las manos. Son parte del cuerpo. Están adelante de los ojos del hombre que con ellas trabaja. Su color, su aspecto, dan lugar a la imagen del jacinto, flor que evoca fragilidad, colores que tienden a desdibujarse, vaporosidad. El espacio que es lo más concreto, lo más material, en este caso, en el de las “traslúcidas manos” pierde consistencia.

6. Ese espacio, en efecto, por obra de la tarde que muere, palidece en el extremo del Ghetto. Palidez y Ghetto y espacio de jacinto colaboran a trenzar la trama de la tristeza.

7. Pero no, no es tal. Ahora comienza el movimiento de rebelión e independencia del dueño de las manos. Manos y espacio “casi que no existen”. Está el plano de la realidad que venimos describiendo, Ahora nos enteramos que es una realidad difusa “casi” inexistente para el sujeto de esa realidad. El primer plano se corre atrás y nebuloso persiste en el fondo, muy lejos. El dueño de las manos es un hombre quieto. En los versos 10-11-12 se aclarara esta imagen de “hombre quieto”

Lo que hace no le pertenece: las manos, los cristales. Ni le pertenece en el marco temporal (“la tarde que muere”), ni el marco espacial (“el espacio de jacinto”, “Ghetto”). Está en otra cosa. Por eso las manos y el espacio casi no existen para él. En cambio sí existe otra realidad, mucho más propia, mucho más honda: su sueño. “Está soñando un claro laberinto”. Algo se nos dice del contenido del sueño: “claro laberinto”.

8. Este “claro” borra toda la oscuridad y tenebrosidad anterior. Pero se trata de una “claridad” compleja, ni temporal, ni espacial: “claro laberinto”. Normalmente la idea “laberinto” tiene connotaciones negativas, a ser perdido, de rumbo oscurecido. Aquí, al contrario, el laberinto es oscuro. Al ser laberinto, no es gratuito, regalado, fácil. Implica un rarísimo camino, una actividad descifradora de ir dando a luz. A Spinoza el laberinto lo conduce -paradójicamente- a la claridad. Claridad fuera de lo común (lo común son las tardes iguales a las tardes).

9. Los hombres suelen vivir turbados (conmovidos sacudidos, impresionados) por el mundo exterior que los rodea: manos, cristales, tiempo, espacio. Pero la turbación mayor proviene de otros hombres: lo que otros piensan, dicen, opinan de él. Esa es la fama. Y como la fama no es estable, sino que cambia constantemente, el hombre vive constantemente turbado, dependiente de los otros.

10. ¿Qué es la fama? El reflejo que yo produzco en el otro. En consecuencia el otro es un espejo para mí. ¿Pero qué consistencia tiene ese otro espejo? ¿Qué es? Es sueño. “La vida es sueño”, decía Calderón. Y según Shakespeare estamos hechos de la madera de los sueños. (Las citas en este caso son múltiples; no insistiremos.) Si somos sueños, mi vida -hecha de sueños- se refleja en la tuya (y ese movimiento se llama fama) espejo de la mía. La fama, pues, es apariencia y nada. Sin embargo, insistimos, logra conmover a los hombres que de ella dependen (y, por lo tanto, dependen de nada). Distinto es el caso de Spinoza que logra independizarse tanto de la fama cuanto de las condiciones tempo-espaciales que quisieran aprisionarlo.

11. Tampoco lo turba “el temeroso amor de las doncellas”. En última instancia el amor, por más pasional y arrasador que sea, siempre es temeroso. Lo corroe la inseguridad, la pasajericidad, la relación entre sueños, entre espejos, acorde al verso anterior. Spinoza elude también este condicionamiento. Es independiente.

12. “Libre”. Esta es la conclusión de los tres versos que anteceden. Ser libre es no-depender. Ser libre es estar por encima de los cambios de diferentes circunstancias: tiempo, espacio, hombres, mujeres. Las palabras que siguen se prestan a interpretaciones diversas.

“metáfora” - “mito”

Ensayaremos algunas:

a) Tanto metáfora como mito aluden al mundo de la apariencia, de la comparación, de la imaginación. Spinoza el racionalista huye de ese mundo que, insisto, evoca lo inestable, cambiante, insustancial.

b) La metáfora - de la fama. El mito - del amor.

c) Tal vez se refiera al poeta de la crítica -feroz- de Spinoza respecto de los textos bíblicos a cuyo escalpelo se debe que muchos versículos sean interpretados como metáfora y mitos humanos y no palabra esencial de Dios. De todas maneras está claro un punto, el resumen de todos los versos pasados: Spinoza ha logrado llegar a ser libre por vía de la independencia.

13. Ahora se ilumina el “claro laberinto” antes mencionado. El hombre —el hombre interior— cuyas manos exteriores labran cristales exterior-

res, está labrando otro cristal, ya no muchos (“los cristales”, del segundo verso), sino uno. Es “arduo” porque tiene que ver con el “infinito”. Los primeros cristales podían ligarse con “frío”. Este “arduo cristal” proyecta lo “claro” (“claro laberinto”).

14. Finalmente se dice que es el “arduo cristal”, el “claro laberinto”. Es un “infinito Mapa”. Un mapa es una sucesión de puntos y líneas que se unen entre sí para configurar la imagen de algo, de un territorio. Pero el mapa es infinito. Por lo tanto el objeto representado por el mapa ha de ser infinito también. Se trata de Dios. ¿Qué-Quién es Dios? “Es todas sus estrellas”. Estrellas, se entiende, son mundos, cosmos. Se acentúa conceptualmente el verbo “es”. Dios es su creación. Inclusive se diluye el concepto de creación. Lo creado está fuera del Creador, no es el Creador. Pero en Spinoza-Borges Dios - al contrario es todas sus estrellas. Esencia del pensamiento spinoziano: Dios es la naturaleza. Pero el poeta va mucho más allá de una mera descripción en verso del concepto panteístico de Spinoza. Dios, en este poema, no es un objeto dado que hay que descubrir, y una vez descubierto ya está definitivamente en la conciencia del hombre. Es algo que hay que ir haciendo, labrando, construyendo, armando, uniendo puntos con puntos y líneas con líneas. La acción de Spinoza no es simplemente pensar:

“labra... el infinito mapa”

Al ser el mapa infinito, la acción ha de ser, también ella, infinita, inconclusa, eterna.

Por eso puede ser Spinoza imperturbable, desligado, independiente, porque se liga con lo infinito. Pero ello no le da paz ni reposo. Nunca dejaré de labrar.

Tendrá claridad, pero claridad de laberinto.

Y en última instancia se trata de superar todos los sueños pasajeros y dependizantes para llegar el sueño del Mapa infinito, porque no olvidemos que Spinoza

“está soñando...”

Y mientras Spinoza sueña, Borges sueña a Spinoza en un poema, y yo sueño su lectura.

CONFERENCIA: BARUJ SPINOZA

“LA FILOSOFÍA ES LA MEDITACIÓN DE LA VIDA”

JORGE LUIS BORGES

Bertrand Russell, en su “Historia de la Filosofía Occidental”, afirma que, de todos los grandes filósofos, el más querible es Baruj Spinoza. Estoy plenamente de acuerdo con esa afirmación como lo hubieran estado, por ejemplo, Renán, Froude y otros que han dejado páginas sobre él. Mi disertación de hoy será una exposición harto sumaria y deficiente del sistema de Spinoza; no será una justificación, porque no estoy seguro de compartir esa doctrina, y menos aún una refutación. Pero como esa filosofía tiene algo de inhumano, algo de divino, de inaccesiblemente inhumano, quiero que mi conferencia sea precedida por algunas palabras sobre el hombre Spinoza, ya que hay —me parece— una suerte de discordia entre la santidad, o casi santidad de su vida, y su doctrina, o mejor dicho, el extraño modo que eligió para exposición de su sistema filosófico.

Los hechos pueden limitarse, simplificarse. Tenemos, ante todo, el contraste entre la serenidad y la tolerancia de Spinoza y el siglo en el que le tocó vivir, el siglo XVII, época de guerras religiosas, de persecuciones, de intolerancia, de las primeras grandes revoluciones de la Edad Moderna.

Veamos ahora estos hechos. Spinoza —según se sabe— nace en Amsterdam en el año 1634. Se lo considera un judío portugués, aunque se afirma que su lengua materna fue el español. Es posible que sus mayores fueran lo que se llamaba marranos, es decir, judíos obligados a profesar la fe católica pero que guardaban la suya en el judaísmo. El hecho es que la familia de Spinoza emigra de Lisboa, se establece en Amsterdam, Holanda, y ahí él estudia, conoce el español, el portugués, el holandés —naturalmente, ya que Holanda fue su patria y él un fervoroso patriota holandés—, el latín, en el cual escribe su obra, el idioma que usa para cartearse con pensa-

dores de Alemania, de Inglaterra, de Francia; el hebreo y, de algún modo, el francés y el griego.

Spinoza parece haber comprendido muy pronto su vocación de filósofo. Es excomulgado porque afirma que Dios tiene un cuerpo y ese cuerpo es el universo. Para Spinoza cada uno de nosotros es, corporalmente, parte del cuerpo de Dios, así como las plantas, los animales, los minerales y los astros. Spinoza es excomulgado; se habla de una tentativa de asesinato. Hay un desventurado episodio amoroso en su vida pero luego comprende que su destino es el pensamiento, o lo que él llamaría el amor intelectual. Porque en Spinoza el amor, el sobrio, lacónico y pudoroso amor, no está lejos nunca. Esto se trasluce a través de los teoremas, de las definiciones, de los axiomas, de los postulados y de los corolarios de su Ética; y también en su correspondencia y en su Tratado Político. Porque a Spinoza le interesaron muchas cosas.

Políticamente, parece haber seguido a Hobbes. Creía en la primacía del Estado sobre la Iglesia, pero debemos recordar —según advierte Bertrand Russell— que escribía en el Estado más tolerante de Europa por aquellos años: escribía en Holanda. Además la tolerancia no ha sido nunca típica de la Iglesia, salvo en épocas en que siente su declinación; en épocas de poderío, la Iglesia no es tolerante y suele usar como argumento el fuego.

En Spinoza influye, indudablemente, Descartes; influye también, a pesar de alguna presión hostil y desdeñosa, la Cábala. Hay una excelente tradición judía según la cual el hombre de letras no debe vivir de su profesión y así Spinoza se dedica a pulir lentes para los ópticos. Yo creo que este hábito, esta tradición de una artesanía, de un trabajo manual si se quiere y del ejercicio de la inteligencia, son superiores a los que se usa ahora. Ahora lo común es que el escritor sea periodista: puede serlo impunemente. Ahí tenemos el caso de Chesterton, por ejemplo, o el caso de Shaw; pero, en general, ya que ambas profesiones, el periodismo y la literatura usan el mismo instrumento, el lenguaje, es muy común que uno de ellos predomine sobre el otro de un modo perjudicial. En cambio la tradición hebrea de un trabajo del todo ajeno al idioma, al oficio, a la vocación, a la misión de pensar y de escribir, me parece superior. Por eso entiendo que la idea de una sociedad gremial de escritores —idea que yo profesé alguna vez— es una idea fundamentalmente errónea. Un carpintero, por ejemplo, tiene que competir con otros carpinteros, puede pertenecer a un gremio; pero

nosotros, los escritores, cómo vamos a competir con el autor del Libro de Job, con Dante, con Shakespeare o con Heine. Es decir, un artesano trabaja con sus contemporáneos, en cambio la literatura es eterna. (...)

Veamos ahora otros puntos de la Ética de Spinoza. ¿Qué piensa del hombre? Piensa que el hombre debe amar a Dios, pero Dios, para él, se confunde con la naturaleza. Por eso usa como sinónimo a Dios y a la naturaleza. “Deus sive natura” (Dios, o la naturaleza). Son lo mismo, salvo que la naturaleza es uno de los atributos de Dios, no los otros, que son infinitos como he dicho.

El hombre debe amar a Dios con amor intelectual, es decir, debe amar el orden del universo, lo que se ha llamado “amor fati”, el amor del destino. Cada uno debe amar su propio destino; no importa que éste sea desdichado, es parte del Universo, del perfecto universo de Dios. Debemos amar, si no podemos todo lo que queremos, debemos querer lo que podemos.

Dice Spinoza que debemos amar a Dios sin esperanza alguna de ser amados por él. Goethe veía en esto un ejemplo de abnegación, pero realmente no procede de abnegación, sino del concepto de la divinidad que tenía Spinoza. Nuestro destino individual no le importa a Dios. Es lo contrario, digamos, de Miguel de Unamuno que decía que Dios es ante todo, el productor de inmortalidad y Spinoza no creía en la inmortalidad personal. A Spinoza no le importaba el hombre. Baruj Spinoza, que vivió cuarenta y tres años en Holanda, donde moriría, escribió, sin embargo: “sentimos que somos inmortales, no como individuos, ya que como individuos somos meros adjetivos de Dios, sino inmortales como parte de la divina inmortalidad”.

Luego habla de las emociones: cree que Dios es capaz de emociones y que el hombre lo es también. No nos condena, pero condena las pasiones ya que éstas nos dominan. Es muy extraño lo que Spinoza condena: empieza condenando el temor y la esperanza. El argumento que da Spinoza es que el tiempo es irreal; sólo es real la eternidad; lo demás es adjetivo y el temor y la esperanza se refieren al porvenir. Además son ansiedades, inquietudes y Spinoza —como los estoicos— desea ante todo, la serenidad.

Recuerdo ahora una especie de broma de Bernard Shaw. En la puerta del infierno dantesco hay una inscripción que dice “*Lasciate ogni speranza voi*

ch'entrate". Esto ha sido interpretado, en general, como una amenaza de la divinidad, ya que luego se dice "*Per me si va nella città dolente, / per me si va nell'eterno dolore. / Per me si va tra la perduta gente*". Pero Bernard Shaw dice que esto ha sido escrito para consolar a los réprobos. Cuando leen: "abandonad toda esperanza, vosotros que entráis aquí", lo que Dios ha querido es consolarlos. Desde el momento que están en el infierno ya no puede ocurrirles nada peor. ¿Qué es la esperanza? —dice Shaw—. Una forma de responsabilidad moral. No creo que Spinoza lo entendiera así, pero está de acuerdo en condenarla. También la condena el gran poeta español de origen judío, Fray Luis de León, cuando dice "quiero vivir conmigo" y luego desea vivir "libre de amor, de celo, de odio, de esperanza, de recelo". Libre de esperanza, también, porque la esperanza es una forma de intranquilidad. Spinoza condena —y eso es una absoluta invención o descubrimiento suyo— el arrepentimiento, el remordimiento. Dice que un hombre puede obrar mal, pero que arrepentirse luego de haberlo hecho, es agregar una tristeza. Habría dos estados condenables en él. Primero la ejecución de la culpa, luego el arrepentirse de ella, al entristecerse por la culpa pasada, cometida en el tiempo, que es irreal. Todo esto nos lleva al optimismo de Spinoza, más profundo que el de Leibniz, que habló del mejor de los mundos posibles.

Los filósofos han dicho que la filosofía es la meditación de la muerte. Es lo que dicen los existencialistas actuales, desde Kierkegaard hasta los más recientes. Pero Spinoza, con grave y serena felicidad, dice que la filosofía es la meditación de la vida, no la meditación de la muerte. Condena el odio, condena también el amor, cuando éste no es una emoción sino una pasión que nos domina. En cuanto al libre albedrío, Spinoza no lo niega; cree que somos libres cuando obramos según nuestra inclinación; pero cree, al mismo tiempo, que todo está predestinado en el mundo. Uno de sus amigos, el secretario de la Sociedad Rural de Londres, vio una contradicción en ello y entonces Spinoza le aclaró este problema tan difícil en una carta. En primer término le dijo que el mal no existe porque es negativo. Luego dijo que cada cosa quiere persistir en su ser: la piedra quiere ser siempre una piedra, el tigre quiere ser un tigre. Spinoza agrega el ejemplo de una piedra que cae desde un alto promontorio y dice que si la piedra pudiese pensar en ese momento, pensaría: "estoy cayendo porque quiero", y que en esa conciencia estriba nuestro libre albedrío. Nuestros actos son fatales: yo no sé, por ejemplo. Si ahora dejaré la mano en el aire o si la

pondré sobre la mesa, pero al ponerla he tenido la convicción de mi libre albedrío, que no hay otro, según Spinoza, y con esto no concluyo: simplemente espero haber dado un bosquejo y, sobre todo, un estímulo para un estudio, desde luego, mucho más profundo que el mío.

Fuente: Instituto Cultural y Científico Argentino Israelí. Conferencias 1967. Introducción y cierre de la conferencia. Subtitulado por los editores de "Se-fárdica". Buenos Aires, págs. 103 a 112.

SPINOZA, EL MÁS QUERIBLE DE LOS FILÓSOFOS

REPORTAJE A JORGE LUIS BORGES

(...) Curiosamente, la palabra “panteísmo” es una palabra que nunca oyó Spinoza, porque se inventó en Inglaterra después de la muerte de Spinoza para explicar su filosofía.

Osvaldo Ferrari: Es interesante eso.

J.L.Borges: Sí, porque, claro, decían que él era ateo, y se habló de su ateísmo. Entonces, alguien, para defenderlo, dijo no: no es ateísmo, no es la idea de que no hay Dios, sino que es la idea de que todo es divino. De manera que se acuñó esa palabra después de la muerte de Spinoza, y él no la oyó nunca, aunque la hubiera reconocido enseguida. Claro, uno piensa que son palabras que siempre estuvieron, pero cada palabra, es una invención, desde luego, individual. Y hemos hablado otra vez de “optimismo”, palabra inventada por Voltaire contra Leibniz; y “pesimismo” que surgió como el reverso de optimismo, naturalmente. Es decir, una vez inventada la palabra optimismo, tenía que surgir la palabra pesimismo; y una vez inventado ateísmo, tenía que surgir panteísmo.

O.F.: Exacto.

J.L.B.: Pero todas esas palabras se dijeron por primera vez en un día, y en un día no muy lejano.

O.F.: Claro, ahora, yo creo que usted ve en Spinoza una concepción ética además de filosófica; por ejemplo, la actitud de Spinoza frente a la libertad, la actitud de independencia frente al poder; usted recordará que fue inclusive excomulgado de la comunidad judía.

J.L.B.: Sí, porque fue... ahora los judíos lo reivindicán, pero fue anatema-

tizado por la sinagoga. Él no quiso aceptar el cristianismo y ahora se lo ve como judío; desde luego él era judío, pero la sinagoga lo rechazó. Claro, ahora que es famoso le han retirado esa excomuni3n, pero sin embargo, ah3 está el anatema, ¿no?, que es terrible, porque ah3 se dice de él que es maldito, y que tiene que ser maldito cuando est3 de pie, cuando est3 acostado, cuando est3 saliendo, cuando est3 entrando; de d3a, de noche; en los dos crep3sculos, siempre. Es terrible aquella sentencia que pronunciaron. De modo que él qued3 equidistante de la iglesia y de la sinagoga, qued3 solo con esa fe...

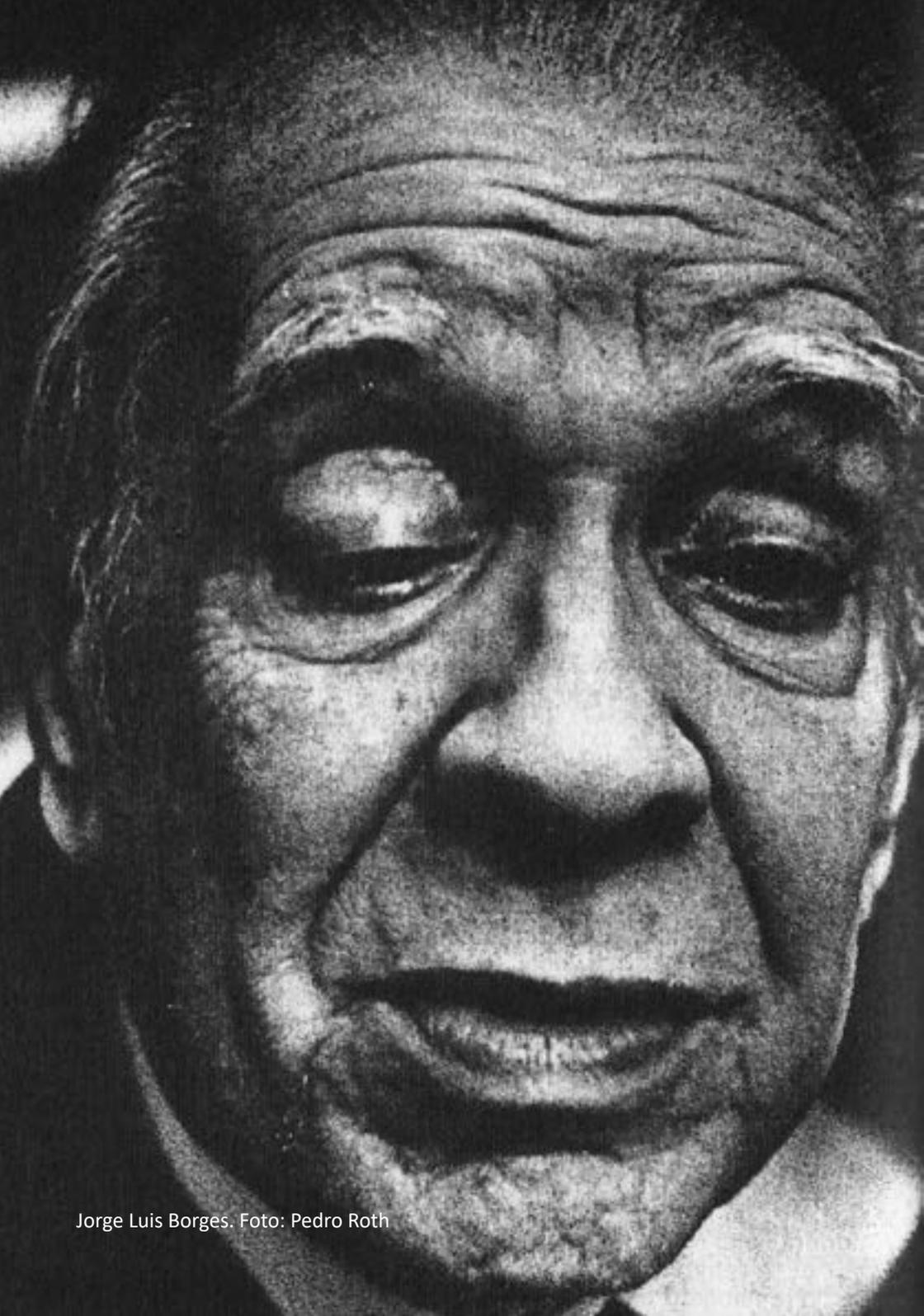
O.F.: En el racionalismo quiz3.

J.L.B.: S3, en el racionalismo, pero él qued3 solo. Bertrand Russell dice que quiz3 la filosof3a de Spinoza no sea invariablemente convincente, pero que no puede negarse que de todos los fil3sofos, el m3s querible (lovable) es Spinoza.

Reportaje retitulado por los editores de “Sefárdica”.

Fuente: Jorge Luis Borges y Osvaldo Ferrari: “Di3logo 3ltimo”.

Editorial Sudamericana – Buenos Aires, 1987. P3gs. 54, 55 y 56.



Jorge Luis Borges. Foto: Pedro Roth

SEFARAD

EN LA OBRA DE BORGES

CANSINOS ELIGIÓ SU DESTINO

JORGE LUIS BORGES

[...] Cansinos era sevillano de tradición católica. Hacia 1901 se trasladó a Madrid. Que yo sepa no volvería a ver el Guadalquivir y la Torre del Oro. Los poseería con esa plenitud que sólo puede deparar lo perdido. Desterrado en la capital, dilató su nostalgia de Andalucía en una nostalgia de Israel y, años después, cuando admirablemente tradujo el Libro de las Mil y Una Noches, en una nostalgia del Islam. Soñó, o exhumó, un antepasado judío perseguido por los familiares del Santo Oficio; el remoto ayer es fácilmente modificable. Profesó el judaísmo y se casó con una judía, para engendrar en ella un hijo judío. Los judíos lo son por andanzas pretéritas de su sangre y por un heredado acto de fe; Cansinos eligió su destino. Entre sus muchos libros hay una antología del Talmud, vertido directamente del texto. (...)

Fuente: Fragmento del Prólogo del Libro de Rafael Cansinos Assens: El Candelabro de los siete brazos. Alianza Ed, Madrid, 1986. Retitulado por los editores de Sefárdica.

“BORGES CONOCE EL TALMUD, LA CÁBALA Y LA GNOSIS”

RAFAEL CANSINOS – ASSENS

(...)

Gradualmente, en el curso de los años, él creó esta obra que todos admiramos, enorme y delicada, como la madurez de Verlaine, diversa y extraña —en que la realidad y el mito se funden como en Poe— donde los ecos de una antigüedad milenaria se amalgaman con impresiones totalmente nuevas —donde el Oriente y el Occidente estrechan sus almas— donde un hábil genio (que conoce todas las literaturas auténticas o apócrifas, el Talmud, la Cábala y la gnosis, y que se inició en todas las filosofías) acaba jugando con las apariencias visibles y las realidades presentidas creando un universo de simples posibilidades, donde la luz es el ocaso y donde la imagen verdadera se confunde con la especular.

(...)

Madrid, 1963

Fuente: Fragmento tomado de L’Herne: “Jorge Luis Borges”, París, 1981 (2da. ed.). Artículo retitulado por los editores de Sefárdica.

DE LA DIVERSA ANDALUCÍA

JORGE LUIS BORGES

Cuántas cosas. Lucano que amoneda
el verso y aquel otro la sentencia.
La mezquita y el arco. La cadencia
del agua del Islam en la alameda.
Los toros de la tarde. La bravía
música que también es delicada.
La buena tradición de no hacer nada.
Los cabalistas de la judería.
Rafael de la noche y de las largas
mesas de la amistad. Góngora de oro.
De las Indias el ávido tesoro.
Las naves, los aceros, las adargas.
Cuántas voces y cuánta bizarría
y una sola palabra. Andalucía

“Los Conjurados”, Buenos Aires 1986

1965: BORGES, INTEGRANTE DE UN CENTRO DE ESTUDIOS SEFARDITAS

“Algunos jóvenes militantes de organizaciones antisemitas están combatiendo, sin sospecharlo siquiera, la sangre de sus abuelos”, apuntó risueñamente Alberto Liamgot, que con León Dujovne, Avelino Herrero Mayor, Bernardo Cana Feijoo, Enrique de Gandia, Abraham Rosenvasser y Jorge Luis Borges, acaba de constituir el Centro de Estudios Sefaraditas de Buenos Aires. La institución se propone realizar estudios superiores sobre temas vinculados con la colectividad sefaradita (40.000, el 15 por ciento de los israelitas de la Argentina), descendientes de los judíos españoles expulsados por los reyes Isabel y Fernando en sucesivas oleadas, ante, durante y después del descubrimiento de América.

Fuente: Revista “Confirmado” pág. 36. Edición del 9 de julio de 1965. Artículo retitulado por los editores de Sefárdica.

a la mía en ésta, nuestra ciudad natal. La última, el 25 de agosto de 1984, acaba de hacer dos años, día en que Borges cumplía 85 años;

El presente trabajo fue leído por su autor, en el homenaje realizado a Jorge Luis Borges –titulado “Borges e Israel”– por el Instituto de Intercambio Cultural y Científico Argentino-Israelí, en Buenos Aires, el 28 de agosto de 1986.

Delfín Leocadio Garasa, aquí presente, con otros amigos escritores, estaba también, en mi casa porteña, aquella noche memorable.

Por último, el 27 de noviembre de 1985, la víspera de su partida a Ginebra, pude abrazarlo, despidiéndome yo –ya que él ha estado siempre y estará en Buenos Aires– en la librería de nuestro común amigo Alberto Casares, en la calle Arenales, con motivo de la inauguración de una espléndida exposición de primeras ediciones de su obra.

En fin, y ahora, ante ustedes, debo elegir entre los pocos hondos recuerdos que de él poseo, para que mi voz, como enseñó Machado, no falte a su homenaje.

Debo a Borges, (quiero decir: a su obra, que son casi lo mismo), el descubrimiento del orbe sefardita, del mundo judeoespañol, del que provenía por línea materna; ese; esplendor hebraico que, en mi opinión –como alguna vez quedó escrito en “SEFARDICA”–, tiembla y yace vivo entre los varios temas hispánicos por los que su poesía, contrariamente a lo que se supone, mostró una constante dilección. (2)

¿Quién ignora, a esta altura, que Rafael Cansinos Asséns, el sefardita sevillano, de quien Bernardo Ezequiel Koremblit escribió también muy bellas páginas, fue el maestro que Borges eligió tener, con razón o sin ella, pero sin duda autoconvenciéndose de su discipulazgo, para otorgarle vida –y gloria– en su palabra? Borges, por supuesto, lo recordó en un poema tan revelador de su perdurable devoción a Cansinos como de su fidelidad a Israel.

RAFAEL CANSINOS - ASSENS

La imagen de aquel pueblo lapidado
y execrado, inmortal en su agonía,
En las negras vigiliass lo atraía
Con una suerte de terror sagrado.
Bebió como quien bebe un hondo vino
Los Psalmos y el Cantar de la Escritura
Y sintió que era suya esa dulzura
Y sintió que era suyo aquel destino.
Lo llamaba Israel. Íntimamente
La oyó Cansinos como oyó el profeta
En la secreta cumbre la secreta
Voz del Señor desde la zarza ardiente.
Acompáñeme siempre su memoria.

Las otras cosas las dirá la gloria.

Porque los nombres de su sangre –sefardita y andaluza y por lusitana, ibérica– son las remotas y acendradas señales de la geografía de su alma. Así, un soneto suyo, titulado “Una llave en Salónica”, nos devuelve a la cuenca de los siglos, al yacimiento de alumbrado gozo y dolor con que el autor de “Elogio de la sombra” nos dejó dicho, para siempre, su amor a Israel; ese otro poema –“hermoso como un león al mediodía”– que, luego, reviviremos en la voz perenne y legendaria de Berta Singerman.

(2) *Ver Sefárdica – Año 2 – Nº 3 – Agosto 1985: Los sefarditas y el Oriente en la obra poética de Borges, por Ricardo Adúriz, páginas 165 a 174.*

UNA LLAVE EN SALÓNICA

Abarbanel, Farías o Pinedo,
Arrojados de España por impía
Persecución, conservan todavía
La llave de una casa de Toledo.

Libres ahora de esperanza y miedo,
Miran la llave al declinar el día;
En el bronce hay ayer, lejanía,
Cansado brillo y sufrimiento quedo.

Hoy que su puerta es polvo, el instrumento
Es cifra de la diáspora y del viento,
Afin a esa otra llave del santuario

Que alguien lanzó al azul, cuando el romano
Acometió con fuego temerario,
Y que en el cielo recibió una mano.

Podría recordar ahora, si no fuese injusto cercenar el espacio que les corresponde a mis compañeros de homenaje, y que con muchos más títulos que yo, merecen, ese bellissimo poema rimado que Borges dedicó a Spinoza, el filósofo sefardita, nacido en Ámsterdam por obra de la segunda diáspora ibérica, a quien nos dejó —en palabras de Borges— el más alto, el más “arduo cristal: el infinito / mapa de Aquél que es todas sus estrellas”.

Cómo olvidar, entonces, su elogio a Enrique Heine, ese Bécquer alemán, a quien Borges retrató en su poema “París, 1856”, revelándolo en los húmedos días de febrero, en postrimerías de su tránsito, entre sus ruiseñores, sus “noches de oro y sus cantadas flores”. Y tantos otros poemas, e

intocadas piezas de su prosa, que son espejo de su compasivo amor ante el dolorido rostro de la judeidad; en suma, su propio reflejo, íntegro y ensismado, en el insondable lago de la cultura y el heroísmo hebreos, razón y hábito de la supervivencia de Israel.

PARIS, 1856

La larga postración lo ha acostumbrado
A anticipar la muerte. Le daría
Miedo salir al clamoroso día
Y andar entre los hombres. Derribado,
Enrique Heine piensa en aquel río,
El tiempo, que lo aleja lentamente
De esa larga penumbra y del doliente
Destino de ser hombre y ser judío.
Piensa en las delicadas melodías
Cuyo instrumento fue, pero bien sabe
que el trino no es del árbol ni del ave
Sino del tiempo y de sus vagos días.
No han de salvarte, no, tus ruiseñores,
Tus noches de oro y tus cantadas flores.

Su obra, o Borges mismo, tal una vieja sinagoga de Toledo o de Gerona, umbrosa de piedad y sufrimiento, luminosa y sellada como un salmo críptico, me llevó a la España de las tres religiones y culturas. La que él llamó, sencillamente, España de la Noche Oscura del Alma, del Islam y de la Cá-bala. Y así, en sus poemas viví y gocé una suerte de Jerusalén terrestre; un rostro, tan secreto e íntimo, como convivencial, pacífico y profundo por el que, mucho después, pude, quise adentrarme a través de la sabiduría y erudición —indiscutibles, aunque sus tesis fuesen contrastables— de Julio

Caro Baroja en su apasionante “Historia Social de Los Judíos en España moderna y contemporánea”; obra que conocí por merced generosa del investigador y estudioso de estas temas que es Mario Cohen.

Releo, ahora, apresurado, estos folios entristecidos por definitiva ausencia del poeta, y comprendo que, al menos, a través de Borges, llegué a conocer algo de Israel, a cuyo pueblo, por su intercesión esclarecida, ya amo. Al que comprendo desde su religión, la cepa madre de la mía, al hilo el agua que sustenta la sed en el desierto, al agua que vivifica e inflama la zarza de los siglos, y que le hizo conocer a la oquedad del mundo, un sólo Dios, y una esperanza en la que nacemos, nos movemos y existimos.

Tengo, por último, para cerrar este mínimo homenaje de mi admiración y mi nostalgia, tan pequeñas ambas como una sola lágrima que no se presta a los discursos, un recuerdo más, al que titulé –tal como fue– “Paseo con Borges”; versos que paso a leer rápidamente para que nos llegue pronto, para que vuelva cuanto antes, la voz plena y hermosa de la poesía del maestro, Jorge Luis Borges. La única, en verdad, que mi corazón y mi memoria quisieran aún oír, sentir, seguir oyendo.

PASEO CON BORGES

Especial para Sefárdica

Maestro: si la memoria es fiel, si usted
recuerda al poeta que le habla,
no olvidará aquella mañana
de abril en el Retiro. La luz se derramaba
en torno de sus pasos vacilantes
y su bastón medía nuestro encuentro
en las agujas de un reloj silente.

Yo lo llevaba de mi brazo,
del mismo modo en que se lleva a un niño
ciego, hasta que aprende los rituales
de la memoria opaca y la costumbre.
Alto, fue la consumación de un mediodía
perfecto y delicado; los celajes
navegaban, despacio, entre los árboles
y nuestros pasos graves
remontaban su voz, quieta y forjada
en una fragua de metales nobles.

Tardío, yo le hablaba de Baroja
y usted me respondía con los versos
de Lope. Como si nunca mañanase,
y aquel instante continuara en vértice
fijo, puntual, la primavera, cada año,
repite sus palabras de hombre ciego
que vio en la transparencia de los sueños
la claridad del mundo. Sonreía

usted, o su memoria; da lo mismo
porque aprendí a su lado que los ojos
del alma trasparecen las edades
y la ceniza inmóvil.

A usted, maestro,
no le fue ajeno el resplandor intacto
del día, que se alzaba como un sable,
piadoso y frágil, sobre mi cabeza
joven. Su voz de anciano era
la anunciación visible del crepúsculo,
la construcción pausada, el universo
claro y espléndido, apenas diluido
en el crisol del aire.

Ciegos, los dos, volvimos quedamente
recordando unos versos de Lugones:
“Al promediar la tarde de aquel día”
éramos, ambos, sombras tanteantes.
usted volvía, en silencio, a sus visiones
y quien, desconsolado, escribe este poema
aún se palpa los ojos, no comprende
la noche que te habita tras los párpados;
estas duras escamas de la muerte
que, como a Saulo, no le caen ahora
de las tristes pupilas, sino que prevalecen
frente a la luz misericorde.

Ricardo Adúriz



Jorge Luis Borges. Foto: Pedro Roth

EL GOLEM

EN LA OBRA DE BORGES

EL GOLEM

JORGE LUIS BORGES

Nada casual podemos admitir en un libro dictado por una inteligencia divina, ni siquiera el número de las palabras o el orden de los signos; así lo entendieron los cabalistas y se dedicaron a contar, combinar y permutar las letras de la Sagrada Escritura, urgidos por el ansia de penetrar los arcanos de Dios. Dante, en el siglo XI, declaró que todo pasaje de la Biblia tiene cuatro sentidos: el literal, el alegórico, el moral y el anagógico; Escoto Erígena, más consecuente con la noción de divinidad, ya había dicho que los sentidos de la Escritura son infinitos, como los colores de la cola del pavo real. Los cabalistas hubieran aprobado este dictamen; uno de los secretos que buscaron en el texto divino fue la creación de seres orgánicos. De los demonios se dijo que podían formar criaturas grandes y macizas, como el camello, pero no finas y delicadas, y el rabino Eliezer les negó la facultad de producir algo de tamaño inferior a un grano de cebada. Golem se llamó al hombre creado por combinaciones de letras; la palabra significa, literalmente, una materia amorfa o sin vida.

1 Parejamente, Schopenhauer escribe: "En la página 325 del primer tomo de su Zauberbibliothek (Biblioteca mágica), Horst compendia así la doctrina de la visionaria inglesa Jane Lead: Quien posee fuerza mágica, puede, a su arbitrio, dominar y renovar el reino mineral, el reino vegetal y el reino animal; bastaría, por consiguiente, que algunos magos se pusieran de acuerdo para que toda la Creación retornara al estado paradisiaco". (Sobre la voluntad en la naturaleza, VII.)

** Manual de Zoología fantástica compilada con Margarita Guerrero. Fondo de Cultura Económica 1957-1984.*

En el Talmud (Sanhedrin, 65, b) se lee:

Si los justos quisieran crear un mundo, podrían hacerlo. Combinando las letras de los inefables nombres de Dios, Rava consiguió crear un hombre y lo mandó a Rav Zera. Este le dirigió la palabra; como el hombre no respondía, el rabino le dijo: —Eres una creación de la magia; vuelve a tu polvo.

Dos maestros solían cada viernes estudiar las Leyes de la Creación y criar un ternero de tres años, que luego aprovechaban para la cena.

La fama occidental del Golem es obra del escritor Gustav Meyrink, que en el quinto capítulo de su obra onírica *Der Golem* (1915) escribe así:

El origen de la historia remonta al siglo XVII. Según perdidas fórmulas de la cábala, un rabino (2) construyó un hombre artificial —el llamado Golem— para que éste tañera las campanas en la sinagoga e hiciera los trabajos pesados. No era, sin embargo, un hombre como los otros y apenas lo animaba una vida sorda y vegetativa. Esta duraba hasta la noche y debía su virtud al influjo de una inscripción mágica, que le ponían detrás de los dientes y que atraía las libres fuerzas siderales del universo. Una tarde, antes de la oración de la noche, el rabino se olvidó de sacar el sello de la boca del Golem y éste cayó en un frenesí, corrió por las callejas oscuras y destruyó a quienes se le pusieron delante. El rabino, al fin, lo atajó y rompió el sello que lo animaba. La criatura se desplomó. Sólo quedó la raquítica figura de barro, que aún hoy se muestra en la sinagoga de Praga.

Eleazar de Worms ha conservado la fórmula necesaria para construir un Golem. Los pormenores de la empresa abarcan veintitrés columnas en folio y exigen el conocimiento de los “alfabetos de las 221 puertas” que deben repetirse sobre cada órgano del Golem. En la frente se tatuará la palabra *Emet*, que significa “verdad”. Para destruir la criatura, se borrará la letra inicial, porque así queda la palabra *met*, que significa “muerto”.

(2) Judah Loew ben Bezabel.



El Golem en la imagen del film “Der Golem” de Paul Wagener (1920).

EL GOLEM (POEMA)

JORGE LUIS BORGES

*Si (como el griego afirma en el Cratilo)
El nombre es arquetipo de la cosa,
En las letras de ´rosa está la rosa
Y todo el Nilo en la palabra ´Nilo´.*

*Y, hecho de consonantes y vocales,
Habrá un terrible Nombre, que la esencia
Cifre de Dios y que la Omnipotencia
Guarde en letras y sílabas cabales.*

*Adán y las estrellas lo supieron
En el jardín. La herrumbre del pecado
(dicen los cabalistas) lo ha borrado
y las generaciones lo perdieron.*

*Los artificios y el candor del hombre
No tienen fin. Sabemos que hubo un día
En que el pueblo de Dios buscaba el Nombre
En las vigilias de la judería.*

*No a la manera de otras que una vaga
Sombra insinúan en la vaga historia,
Aún está verde y viva la memoria
De Judá León, que era rabino en Praga.*

*Sediento de saber lo que Dios sabe,
Judá León se dio a permutaciones
de letras y a complejas variaciones
Y al fin pronunció el Nombre, que es la Clave*

*La Puerta, el Eco, el Huésped y el Palacio,
Sobre un muñeco que con torpes manos labró,
para enseñarle los arcanos
De las Letras, del Tiempo y del Espacio.*

*El simulacro alzó los soñolientos
Párpados y vio formas y colores
Que no entendió, perdidos en rumores
Y ensayó temerosos movimientos.*

*Gradualmente se vio (como nosotros)
Aprisionado en esta red sonora de
Antes, Después, Ayer, Mientras, Ahora,
Derecha, Izquierda, Yo, Tú, Aquellos, Otros.*

*(El cabalista que ofició de numen
A la vasta criatura apodó Golem;
Estas verdades las refiere Scholem
En un docto lugar de su volumen.)*

*El rabí le explicaba el universo
‘Esto es mi pie; esto el tuyo; esto la soga’.
Y logró, al cabo de años, que el perverso
Barriera bien o mal la sinagoga*

*Tal vez hubo un error en la grafía
O en la articulación del Sacro Nombre;
A pesar de tan alta hechicería,
No aprendió a hablar el aprendiz de hombre.
Sus ojos, menos de hombre que de perro
harto menos de perro que de cosa,
Seguían al rabí por la dudosa
penumbra de las piezas del encierro.*

*Algo anormal y tosco hubo en el Golem,
Ya que a su paso el gato del rabino
Se escondía. (Ese gato no está en Scholem
Pero, a través del tiempo, lo adivino.)*

*Elevando a su Dios manos filiales,
Las devociones de su Dios copiaba
O, estúpido y sonriente, se ahuecaba
En cóncavas zalemas orientales.*

*El rabí lo miraba con ternura
Y con algún horror. ¿Cómo (se dijo)
Pude engendrar este penoso hijo
Y la inacción dejé, que es la cordura?*

*¿Por qué di en agregar a la infinita
Serie un símbolo más? ¿Por qué a la vana
Madeja que en lo eterno se devana,
Di otra causa, otro efecto y otra cuita?*

*En la hora de angustia y de luz vaga,
En su Golem los ojos detenía.
¿Quién nos dirá las cosas que sentía Dios,
al mirar a su rabino en Praga?*

EL GOLEM (FRAGMENTO DE REPORTAJE)

Me hubiera gustado saber hebreo, pero no lo sé, y eso me ha impedido estudiar la cábala en profundidad. Todo lo que sé, se lo debo a Scholem.

Gershom Scholem me contó hace unos años que la primera noticia que tuvo de Borges fue un poema que tradujo al francés Roger Caillois en el que el poeta argentino le aludía.

La falsa humildad de Scholem quedó en evidencia cuando le comentó a Caillois: “Yo creo que sólo me cita para poder rimar Golem.”

Ese poema es uno de los que yo prefiero; bueno, digamos que es el menos malo de los míos. Pero hay alguna gente que me dice que no lo entienden; incluso algún antólogo lo ha omitido. En la hora de angustia y de luz vaga, en su Golem los ojos detentan. ¿Quién nos dirá las cosas que sentía Dios, al mirar a su rabino en Praga? Qué terrible, ¿verdad? ¿Qué sentirá Dios? Porque la obra del hombre es imperfecta, el Golem es al rabino como el hombre es a Dios, como el poema es al poeta: lo que creamos es siempre inferior a lo que deseamos.

() Fragmento del reportaje realizado a Jorge Luis Borges por Marcos Ricardo Barnatán y Matilde Gini aparecido en “El País”, Madrid (España).*

En el prólogo a su Obra Poética, que en 1984 publicara en Buenos Aires Emecé Editores, escribió Jorge Luis Borges:

“Tres suertes puede correr un libro de versos: puede ser adjudicado al olvido, puede no dejar una sola línea pero sí una imagen total del hombre que lo hizo, puede legar a las

antologías unos pocos poemas”.

“Si el tercero fuera mi caso yo querría sobrevivir en el Poema conjetural, en el Poema de los dones, en Everness, en El Golem y en Límites...”

“Los artificios y el candor del hombre no tienen fin, Sabemos en que hubo un día en que el pueblo de Dios buscaba el nombre en las vigilias de la Judería”.

de “El Golem”. JORGE LUIS BORGES



Borges acompañado de otros escritores. Entre éstos, el 2º de la derecha, es Adolfo Bioy Casares.

“EN ESOS LUGARES SE GERMINÓ UNA INCREÍBLE TEOLOGÍA...”

JORGE LUIS BORGES

I...] A.: Borges, ¿y qué produjo en un Joven de dieciséis años la lectura de ese libro? (El Golem, de Gustav Meyrink).

B.: Un enorme asombro. Ese mismo asombro, años después, me llevó a escribir el poema El Golem.

A.: Es decir que el contacto con el idioma alemán y el descubrimiento de aquella literatura fueron una marca que lo acompañaría siempre, ¿no?

B.: Es cierto. Pero no sólo me marcaron para toda la vida, sino que también me arrebataron mágicamente. El ostensible tema del libro de Meyrink era el gueto. Ahora Voltaire ha observado con agudeza que la fe cristiana y el Islam proceden del judaísmo, pero que, no obstante eso, los musulmanes y los cristianos abominan imparcialmente de Israel. Durante siglos, en toda Europa, el pueblo elegido fue confinado en barrios que tenían algo o mucho de leprosarios y que, paradójicamente, fueron invernáculos mágicos de la cultura judía. En esos lugares germinó un ambiente sombrío y, a la par, una increíble teología.

A.: Bueno, la cábala, precisamente, se desarrolla en esos guetos, ¿no es así?

B.: Sí. Ahora, la cábala es de indiscutible raíz española, y Moisés León, su inventor, la atribuye a una secreta tradición oral que dataría del Paraíso. Pero, como usted señaló, se desarrolla en esos barrios judíos y es allí donde encuentran terreno propicio para sus especulaciones sobre el carácter de la divinidad, el poder mágico de las letras y la posibilidad de que los iniciados puedan crear un Golem, así como Dios había creado a Adán.

Fuente: Roberto Alifano, Conversaciones Borges, Editorial Debate, Madrid, setiembre de 1986, pags. 194 y 195. Capítulo El Golem. Reportaje retitulado por los editores de Sefárdica.



Jorge Luis Borges. Foto: Pedro Roth

EL NOMBRE IMPRONUNCIABLE

MARCOS RICARDO BARNATÁN

No podemos cerrar este capítulo sin una referencia última a “El Golem”, ese poema tan mimado por Borges al que junto a “Límites” y “Poema conjetural”, considera el poeta de sus mejores composiciones, y por los que desea ser juzgado en la poesía. “El Golem” está escrito en dieciocho cuartetos. ¿Por qué cuartetos?, ¿por qué dieciocho? La explicación cabalista de lo primero es lo más evidente, cuatro son las letras con las que se articula el Nombre Secreto de Dios (Yod He Vav y He = YH W H).

*Y, todo hecho de consonantes y vocales,
Habrá un terrible Nombre, que la esencia
Cifre de Dios y que la Omnipotencia
Guarda en letras y sílabas cabales.*

La elección de dieciocho es más oscura. Borges agregó una unidad al mispar katán (número pequeño) que se obtiene de la suma gemátrica de las letras sagradas Y H W H sin tener en cuenta el cero de la Yod.

$1 (0) + 5 + 6 + 5 = 17$

Si sumamos las dieciocho estrofas con el número cuatro que es el de versos de cada cuarteto y con el número cinco que es el de letras de la palabra GOLEM, obtendremos la cifra veintisiete. O sea el *mispar gadol* (gran

número) más uno. El inefable número veintiséis que resulta de la suma de los valores numéricos del nombre del Creador, tan importante en toda la especulación cabalística.

$10 + 5 + 6 + 5 = 26$

Número que a su vez está compuesto por la repetición del trece, que a su vez se obtiene por la suma de las letras que componen la palabra UNO (Ejat en hebreo): Alef (1) + Heth (8) + Dalet (4) = 13. Y “Dios es Uno”:
recita la Ley de Moisés.

¿Qué nos estará indicando Borges al utilizar como clave secreta de su poema mayor dos cifras sagradas equivocadas en UNO?

¿Acaso no nos advierte ya el propio poema?:

*Tal vez hubo un error en la grafía
O en la articulación del Sacro Nombre;
A pesar de tan alta hechicería
No aprendió a hablar el aprendiz de hombre.*

Fuente: Marcos Ricardo Barnatán: Borges, el autor y su obra. Barcanova, Barcelona, 1984, Págs. 60 y 61. Fragmento del Capítulo: “Una Vindicación de la Cábala”.

Artículo retitulado por los editores de Sefárdica.

EL TEMA JUDÍO

EN LOS REPORTAJES A BORGES

“**TODOS, DE ALGUNA MANERA SOMOS GRIEGOS Y JUDÍOS**”

REPORTAJE A JORGE LUIS BORGES (*)

El rostro alargado, de pómulos altos, los ojos glaucos, uno de ellos ligeramente entrecerrado, la piel extrañamente lisa y pálida, con un rosa ligero que aparece de pronto: la conocida máscara espiritual de Borges. Al principio, seria; después, animada por una *pasión de la inteligencia*, por un verdadero ardor que lo rejuvenece, pero contenido dentro de fronteras precisas y marcadas por la ironía, de manera que hablar con Borges es, lo mismo que leer, dejarse llevar por el esplendor de una frase, hasta el límite donde la elegancia lo permite.

Le preguntamos qué valor, qué significado tiene, para él, su premio.

— Un significado íntimo —contesta— porque siempre me he sentido ligado a Israel, desde la infancia. Tuve una abuela inglesa, protestante, que sabía de memoria la Biblia. Después, en el año 16 ò 17, resolví estudiar alemán y lo logré a través de Heine. Fui el primero en traducir una selección de expresionistas alemanes, entre los que había muchos judíos. La lectura de *El Golem* de Gustav Meyring, me impresionó mucho y, a partir de esa novela y de mi encuentro con Scholem (1) (tengo un poema sobre el tema, en el que rimo Golem con Scholem), intensifiqué mis estudios sobre la Cábala. A Scholem lo conocí durante una visita a Israel, tan programada, que yo sabía con horas y minutos lo que haría cuatro días más tarde. Sin embargo, con Scholem, no resultó; nos salimos del programa; teníamos tres cuartos de hora para conversar y nos quedamos hasta el amanecer. Yo aprendí mucho. Espero volverlo a ver, cuando vaya a recibir mi premio. También fui amigo de Gerchunoff, soy amigo de Cansinos Asséns, he dado conferencias en la Hebraica sobre la Cábala, Spinoza, Buber y soy amigo de

León Dujovne. Recuerdo que, cuando lo votamos para el premio Nacional, una señora de ilustre apellido se opuso diciendo: “Yo no voy a caer en esa vulgaridad anticuada del antisemitismo, pero a los judíos los fusilaría”. Y, bueno, además he dicho a menudo, en varias conferencias, que más allá de las vicisitudes de la sangre (incognoscibles) todos pertenecemos a la mal llamada cultura occidental (medio oriental, porque es medio hebrea), y todos, de alguna manera, somos griegos y judíos.

—¿Qué representa para usted el nombre “Jerusalén”, históricamente y ahora?

—¿Ahora? Es estar en el sitio más antiguo del mundo y, a la vez, en el más nuevo y viviente. Un lugar tan abarrotado de tiempo, pasado y actual, que al volver a Buenos Aires tuve la impresión de haber pasado de la vigilia al sueño, no, al sueño es demasiado, a la *siesta*. Aquel país tan joven, tratando de salvarse; tan vital, tan heroico; esa Guerra de los “*Cinco*” Días... y todo ello basado en una tradición antiquísima... Estoy deseando volver. Es inútil decir que me siento honrado y feliz por el premio, lo digo lo mismo: no por inútil resulta menos veraz.

(Ni resulta menos claro, a los ojos del periodista, un rasgo curioso: Borges dice “Guerra de los *Cinco* Días” para marcarse, tal vez inconscientemente, un límite; para no incurrir en una participación total, desenfrenada. Una necesidad de apartarse, de ausentarse, que jamás le ha impedido, en los hechos, demostrarse abierto partidario de las causas justas, y que, sin buscar más lejos el ejemplo, no le impidió ser, junto a Bioy Casares, el primer escritor argentino que se pronunció a favor de Israel, durante esa misma Guerra de *Tan Pocos Días*).

Le preguntamos: ¿Conoce usted la nueva literatura israelí? ¿Tiene una impresión formada acerca de ella?

—No conozco el hebreo, pero he hablado con escritores israelíes que me han asombrado. Yo suponía que la tendencia literaria debería ser, naturalmente, un acercamiento a los Salmos, al Cantar de los Cantares, inclusive una épica, por la guerra a pesar de que el relato de las hazañas no se produce durante las guerras sino después (nunca he conocido a un soldado de la Segunda Guerra Mundial que quisiera hablar de eso). Pero no. Me han dicho que no querían copiar al rey David. Que querían ser modernos.

Yo les contesté que ser moderno no me parecía obligatorio. Desde el momento en que se nace se es moderno, quiérase o no. ¿Para qué imponerse una Contemporaneidad que todas maneras, ya se posee?

—Hay un rasgo que persiste en la literatura judía, desde los cuentos jasídicos hasta Heine o Agnón: es la levedad del trazo, la capacidad de traducir una situación dramática con humor y sin recargar la expresión. ¿A qué atribuye esa característica?

—Es cierto, esa característica existe. Es muy notable en Heine. Hay pueblos *con* y pueblos *sin* humor. Los ingleses lo tienen, los alemanes no. ¿Por qué razón por ejemplo en América latina, los únicos que tienen humor son los colombianos? Los argentinos, no. A ningún argentino se le ocurriría hacer un chiste sobre San Martín. En Bogotá es muy común que se diga, señalando una estatua: “Será algún prócer, pues. Próceres tenemos muchos. Héroes, pocos”.

— ¿Qué piensa usted del doble estereotipo en que se ha fijado a los judíos: por un lado, personificación de todo mal, y por otro, idealización extrema? ¿No cree que el judío tiene derecho a no responder ni a uno ni a otro esquema?

—No cabe duda alguna. Por otra parte, un judío es un ser difícil de encasillar en esquemas. El único esquema que lo refleja es el de un chiste que circulaba por Nueva York: “¿Qué es un judío? Un judío puede ser alto, bajo, ñato, narigón, pelirrojo, morocho, simpático, antipático, pecosito, sin pecas, de orejas grandes, de orejas chicas, lo único que lo singulariza es que no sabe hebreo”.

—Borges, ¿de dónde viene su atracción por la mística judía, por la Cábala, de la que usted ha hablado y que está tan presente en su obra?

—En primer lugar, como le dije, vino de la lectura de *El golem*. Luego, en casa, tengo una nutrida biblioteca en varios idiomas sobre la Cábala. Lo que me atrae es la impresión de que los cabalistas no escribieron para facilitar la verdad, para darla servida, sino para insinuarla y estimular su búsqueda. De ahí la abundancia de mitos y símbolos en los que sus autores no pudieron haber creído. Y eso no se da solo en los cabalistas medievales, sino en la Biblia, en el Libro de Job, en Cristo mismo: no hablan en forma lógica, hablan con símbolos y metáforas; no dicen abiertamente,

sugieren el camino.

— ¿Cree que ya puede hablarse de una literatura argentina de rasgos visibles, discernibles?

—Sí, puede hablarse. En los demás países latinoamericanos hubo siempre una tendencia al realismo, al alegato social, al documento. Ahora han llegado a la literatura fantástica y eso pudo haber partido de aquí, de Bioy Casares o, a lo mejor, también de mí mismo. Es un rasgo diferencial, ¿no cree?, pero no el primero ni el único. En el siglo XIX no se dio nada, en ninguna parte, parecido a nuestra literatura gauchesca.

El Oeste norteamericano tenía un paisaje similar, personajes similares, y sin embargo produjo el *western*, pero no produjo una poesía que reflejara ese paisaje y esos personajes. Además nosotros no podríamos concebir una literatura en la que el comisario fuera el héroe.

Borges se pone de pie. Rodeado por los imponentes sillones oscuros de la Biblioteca Nacional, por un momento vuelve a asumir el aire de historia que irremediablemente lo acompaña. El periodista no puede evitar un pensamiento intemporal, la sensación de estar hablando con alguien más largo que su vida, con alguien que llegará más allá de su muerte. Una impresión vertiginosa que la conversación caprichosa de Borges, su repentino humor, su fascinante manera de contestar a la vez con valentía y negligencia, convencido y ausente, habían por un momento atenuado.

(1) *Guershon Scholem, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, autor de “La Mística Judía”.*

(*) *Reportaje a Borges de la Revista Raíces, febrero de 1971 (págs. 36 y 37), realizado en oportunidad de recibir el Premio Jerusalén.*



Plaquetas con las que instituciones judeoargentinas distinguieron a Jorge Luis Borges.

Arriba: La distinción del Museo Judío.

En el centro: La otorgada por la Sociedad Hebraica Argentina.

Abajo: La plaqueta que le dio la Organización Hebrea Argentina Macabi.

(Fotos: Amanda Ortega)

“TENGO TAMBIÉN UNA GOTA DE SANGRE JUDÍA, COMO TODO EL MUNDO”

Tengo una gota de sangre india, de la que no me siento particularmente orgulloso; dos gotas de sangre española, una gota de sangre portuguesa, una gota de sangre inglesa, una gota de sangre francesa, al menos me gusta creer que la tengo, aunque bien podría ser apócrifa. Tengo también una gota de sangre judía, como todo el mundo. Nosotros, americanos del norte y del sur, somos europeos exiliados.

Fuente: Entrevista de Patrick Sery: “Soy fundamentalmente un anarquista”, en L’Évenement de Jeudi, Número 85, 19/06/86.

Fragmento. Artículo retitulado por los editores de “Sefárdica”.

“La más antigua de las naciones es también la más joven”, escribió el poeta en “Israel, 1969”.

BORGES Y SU ORIGEN SEFARADÍ

— *¿Qué representa para Ud. el pueblo judío?*

— En mi opinión Israel, junto con Grecia, son quienes más les han brindado a Occidente. Con el pueblo judío en particular siento una gran afinidad, tengo mucho cariño y además un gran respeto. En el orden personal puedo afirmar que tengo antepasados judíos. Soy descendiente de marranos y en mi familia existen tres apellidos judíos que son Acevedo, Rubio y Pinedo. Anecdóticamente le cuento que de Victoria Ocampo —que perteneció a la aristocracia argentina— también se dice que fue descendiente de judíos. Siempre me interesé por el misticismo judío y por la Cábala. He leído un libro sobre este último tema de Gershon Scholem y escribí un cuento inspirado en él: “El Golem”. También he escrito un cuento cuyo título corresponde a la primera letra del alfabeto hebreo: “Aleph”.

— *El Aleph expresa una concepción muy particular sobre el espacio y el tiempo...*

Es cierto, me inspiró la idea de la eternidad, que expresa que todos los momentos, el ayer, el hoy y el mañana son para Dios un solo momento. Yo tomé esa expresión y la apliqué a una categoría más humilde que es la del espacio y me imaginé el Universo contenido en un solo punto que es el principio y el final de todas las cosas: “El Aleph”.

Rubén Carlos Moverer

Fuente: Fragmento del reportaje de Rubén Carlos Moverer aparecido en La Luz, 26/10/85, Buenos Aires. Entrevista publicada con el título homónimo.

Borges recibiendo el Premio Jerusalem



Borges con Arturo Illia



PÁRRAFOS SELECTOS

DE LA OBRA DE BORGES

TESTIMONIO ARGENTINO: ISRAEL

JORGE LUIS BORGES

Más allá de las aventuras de la sangre, más allá del casi infinito y ciertamente incalculable azar de los tálamos, toda persona occidental es griega y judía. No se dirá lo mismo de otras estirpes. La cultura germánica, por ejemplo, me atrae singularmente, pero es sabido que su culminación más cabal se produjo en Islandia, la **última Thule** de Virgilio, isla perdida que sólo pudo gravitar desde lejos en la historia del mundo. Sobre el monumento épico más antiguo de las literaturas germánicas, el sombrío *Beowulf* anglosajón, cae la luz de la Eneida, que es luz romana que refleja luz griega, y hasta los nombres de divinidades septentrionales que perduran en la nomenclatura de los días —*Wednesday*, día de Woden; *Thursday*, día de Thor— son meras traducciones vernáculas de Mercurio y Júpiter.

Fuente: Revista Sur. P. 254, sept.-oct., 1958. Buenos Aires.

El orbe occidental es cristiano; el sentido de esta afirmación es que somos una rama del judaísmo, interpretada por sus teólogos a través de Aristóteles y por sus místicos a través de Platón. Como el budismo o el islam, el cristianismo es una cultura, un juego antiguo delicado y complejo de hábitos mentales y emocionales que la voluntad no puede cambiar. Carlyle (observa Spencer) creyó haber abjurado a la fe calvinista de sus mayores, pero en su nuevo mundo sin Dios persistió incólume el rigor de esa fe. El nietzscheano que se cree más allá del bien y del mal, juzga y condena a su enemigo según las tablas de los diez mandamientos.

Jesús, en el *Paraíso Recuperado*, opone las artes y letras hebreas a las helénicas, cuyo defensor es el Diablo; en realidad los dos polemistas se

complementan y son máscaras o facetas de Milton, para el cual (pese al “asqueroso hebraísmo” de que lo ha acusado Ezra Pound) su controversia era académica, ya que Israel y Grecia estaban reconciliadas en él. Para esta reconciliación trabajó toda la escolástica; antes que los cristianos la emprendieron Filón de Alejandría y Maimónides. El método alegórico del primero inaugura el vasto proceso. Filón cree percibir las puras esencias platónicas en los ángeles del Pentateuco; desde el punto de vista de la crítica, esa interpretación es indefendible, pero anticipa la fusión de las dos culturas.

Los hechos que acabo de recordar son elementales y se aprenden (y olvidan) en las escuelas; no así lo que sugieren o enseñan. Sugieren que más allá de aversiones o preferencias, de filosemitismo o antisemitismo, somos irreparablemente judíos y griegos o, si se quiere, judíos helenísticos. Modificar esa determinación secular no depende de nuestro arbitrio.

Hasta aquí he pensado, o he intentado pensar, históricamente. Otra manera hay de considerar este asunto, más intemporal y más íntima. Podríamos decir que Israel no sólo es una entonación, un exilio, unos rasgos faciales; una ironía, una fatigada dulzura, una voluntad, un fuego y un canto, es también una humillación y una exaltación, un haber dialogado con Dios, un sentir de un modo patético, la tierra, el agua, el pan, el tiempo, la soledad, la misteriosa culpa, las tardes y el hecho de ser padre o ser hijo.

UNA VINDICACIÓN DE ISRAEL

JORGE LUIS BORGES

Es posible defender mal una buena causa. Formulo esa perogrullada o axioma, pues he notado que la mayoría de los hombres (y todas las mujeres y todos los periodistas) piensan que si una causa es buena, también lo son todos los argumentos que se esgrimen en su favor. El fin, para esos malos razonadores, justifica los medios... Ignoro si Louis Golding comparte ese curioso error, sé que su causa es buena y que sus razones son nulas.

Louis Golding se propone refutar el antisemitismo. La empresa (teóricamente, es fácil). Para ello basta demoler los vulnerables y evidentes sofismas de los antisemitas. A Golding esa demolición no le basta: una vez rebatidos esos sofismas, los invierte y los aplica a los adversarios. Estos (absolutamente) niegan las contribuciones judías a la cultura de Alemania; Golding (absurdamente) limita la cultura de Alemania a las contribuciones judías. Declara que el racismo es disparatado, pero no hace otra cosa que oponer, con una simetría casi servil, un racismo israelita al racismo nazi. Continuamente pasa de la necesaria defensa al contraataque inútil. Inútil, pues las virtudes de Israel no precisan los desmeritos de Alemania. Inútil e imprudente, pues equivale de algún modo a aceptar la tesis enemiga, que postula una diferencia radical entre el hombre judío y el que no lo es.

En un resumen liminar este libro (#) promete falazmente a quienes lo lean “un examen conciso pero total del problema judío, encarado desde todos los ángulos”. En lugar de este examen —ya diestramente realizado por Belloc en el libro *The Jews* (Londres, 1937)— Golding nos da con incorregible fervor una vindicación y un martirologio. Con ironías, con indignación, con piedad, nos refiere la historia secular de los Beni-Israel: historia ensangrentada, fugitiva y esencialmente heroica. Doscientos páginas integran el libro. Las cuarenta finales ponderan el experimento sirio de Arthur Balfour. El autor descrea de las posibilidades sionistas de las repúblicas

sudamericanas, “que adolecen en general de fiebres palúdicas y de gobiernos inestables”.

Este alegato ha sido ilustrado con antiguas y atroces representaciones de autos de fe y con encantadoras efigies fotográficas de Henri Bergson, de Israel Zangwill, de Sigmund Freud, de Albert Einstein, de Paul Ehrlich y Paul Muni.

(#) *Comentario del libro de Louis Golding: The Jewish Problem. El Hogar, Buenos Aires, 24/03/1939.*

AGNÓN: LA MEMORIA VIVIENTE DE ESTE PUEBLO ADMIRABLE

Empezaré con unas consideraciones que corren el albur de parecer digresivas, pero que, sin embargo, nos llevarán al tema esencial: la personalidad y la obra de nuestro gran contemporáneo, Agnón.

Es verdad que poco he alcanzado de esa obra, ya que mi ignorancia del hebreo —ignorancia que deploro pero es un poco tarde para corregirla— me ha obligado a juzgarlo a través de una versión inglesa de aquel libro suyo que recuerda “Los fastos de Ovidio”, ese libro sobre el año litúrgico de los judíos, y una versión francesa de los “Cuentos de Jerusalén”. Tendré, pues, que limitarme a lo que he entrevisto y a lo que me ha asombrado y deleitado en esos libros, sobre todo, en el segundo.

Y ahora vuelvo a esas consideraciones que pueden parecer un poco extrañas al tema y que, sin embargo, creo necesarias.

Empecemos por una pregunta, aparentemente sencilla y esencialmente compleja, como lo son todas las preguntas. ¿Qué es una nación? La primera tentación que nos acecha es dar una respuesta de orden geográfico. Evidentemente, ésta sería insuficiente. Entonces tendríamos que pensar, para la definición que nos preocupa, en la suma de memorias que anidan en el seno del pueblo.

Recuerdo aquí a Bernard Shaw, cuando le hablaron del sufrimiento humano, de la suma de sufrimientos que iban acumulándose, y él contestó que lo que un individuo puede gozar y sufrir, marca el límite de lo que puede gozar y sufrir la humanidad. Ésta, evidentemente, es abstracta, a diferencia de los individuos que son, desgraciadamente a veces, reales. ¿Y entonces cómo podríamos definir “una nación”? Creo que no hay un ejemplo más claro de “nación” que el de Israel, cuyos orígenes casi se confunden con los del mundo y que llega, a través de la desdicha, del exilio, de la diáspora, a nuestros días.

¿Qué es, entonces, esa nación? Es la memoria de las sucesivas generaciones. Esa memoria puede estudiarse de dos modos; como la estudian los historiadores, reducidos a una árida serie de fechas y de nombres geográficos, o como la estudia el folklore, es decir, como una suerte de museo de curiosidades, como una colección.

Pero hay otra tradición, que no se limita a las fechas del historiador, ni a las curiosidades del folklore. Es algo más profundo, que no se repite, sino que florece de un modo vivo y eso es, precisamente, lo que encontramos en la obra de Agnón. Y así “Los cuentos de Jerusalén” —a que ya aludí— pueden ser leídos en varios planos; como relatos contemporáneos, trágicos o humorísticos; y también, como sucede con toda obra de arte, como íntimos símbolos nuestros. En la obra de Agnón apreciamos como una serie de espejos cambiantes, esa tradición hebrea a lo largo de los siglos, y advertimos la acentuada influencia que en ella ha ejercido el jasidismo. Es indudable que los cuentos jasídicos recopilados en sus tempranos años por Agnón y Martin Buber dejaron imborrable huella en el magno escritor israelí.

Todo esto vive y florece en Agnón. He aquí aquel hermoso cuento “Ido y Einam”, surcado de misterios y simbolismos. Es la extraña historia de un erudito a quien le son reveladas noventa y nueve palabras de un idioma desconocido. Creo que son noventa y nueve también los nombres de Dios, fuera del centésimo, Tentagramaton, que es infalible. En ese cuento, aunque de un modo indirecto, está insinuada la leyenda del Golem, del hombre creado mediante palabras sagradas por un cabalista de la judería de Praga.

Me referiré al cuento “El Pan Entero” que nos recuerda a varios de Kafka. Ese cuento está hecho de una serie de percances. Reconoce la importancia del azar en nuestra vida. Relata las infinitas y minúsculas postergaciones del hombre hambriento, que no llega a la jornada de paz, advirtiéndose, pues, la influencia de Kafka, quien también ahora es parte de la memoria judía. Pero, en Kafka, no hay mayor esperanza, creo. Sus cuentos, sus novelas nos conducen a una esperanza tan lejana, que son terribles en la desesperación. En cambio, Agnón espera, Agnón cree. Por eso me parece que uno de los muchos aciertos de la Academia de Suecia ha sido el premiar no a un escritor de la desesperación y la tristeza, sino a un escritor que, como otro laureado con el premio Nobel, Bernard Shaw, siente lo

trágico del destino humano, pero cree asimismo que el “happy ending”, el final feliz, es decir, el paraíso no está más allá de nuestras esperanzas.

Viene a mi memoria el cuento titulado “El Toldo”, en el que se habla de un país que puede ser cualquiera. Ese país está castigado por la sequía, con un cielo inexorablemente azul. Además está atacado por enemigos, la tierra no produce nada y los ríos están secos. Sus habitantes están divididos en dos partidos: el de los “cabezas cubiertas” y el de los “cabezas desnudas”. Paradójicamente, los defensores de los “cabezas desnudas” creen que pueden guarecerse, siempre que el techo no los toque, y enarbolan así sombrillas y paraguas. Los otros, los que creen en la cabeza cubierta, se dividen en partidarios del gran sombrero, de la gorra, del sombrero cónico, del sombrero piramidal.

Se destruyen entre ellos. Pero hay un hombre, uno solo (esto es importante), que no pertenece a ninguno de los partidos. Este hombre sale, furtivamente, de la ciudad y ruega a Dios para que mande una lluvia bienhechora. Cuando esto se sabe, el hombre es execrado por ambos partidos, pues había emprendido una acción, sin la autorización de los altos jefes. Todos se ponen de acuerdo y deciden construir un gran toldo para detener la lluvia pedida por el impío. Se constituye una comisión para que decida qué nombre debe darse al toldo que debe cubrir toda la extensión del país. Se nombran comisiones y luego comisiones de comisiones para estudiar la correcta ortografía y etimología de la palabra.

Mientras el país se pierde en trivialidades, Dios, que ha oído la plegaria del hombre solitario, envía la lluvia. El desierto florece como ha florecido Israel.

Y aquí podemos oír un eco lejano de aquella tradición judía que dice que, en cada momento, en el Universo, ignorándose unos a otros, hay desparrramados treinta y seis hombres rectos. Esta leyenda ha sido estudiada por Max Brod, el amigo de Kafka. Estos hombres justos recorren el mundo y son inmediatamente reemplazados cuando mueren. Esa cambiante dinastía está salvándonos en este momento.

La memoria de Israel está en Agnón. No es una memoria erudita: es una memoria viva.

Lo conocemos bajo un seudónimo y creo que este hecho no es fortuito.

No escribió, vanidosamente, para él. Sabía que era, de algún modo, la memoria viviente de ese pueblo admirable al cual todos pertenecemos más allá de las vicisitudes de la sangre.

He hablado de Israel. Es todo.

Fuente: Instituto de Intercambio Cultural y Científico Argentino-Israelí, 1967.

Conferencia: Buenos Aires, 1967, págs. 205 al 209. Disertación retitulada por los editores de Sefárdica.

EL REFLEJO

JORGE LUIS BORGES Y ADOLFO BIOY CASARES

Todo en el mundo está dividido en dos partes, de las cuales una es visible y la otra, invisible. Aquello visible no es sino el reflejo de lo invisible.

Zohar, 1, 39.

Libro de sueños. Buenos Aires, 1938.

SOLICITADA

MANIFIESTO DE LA GENTE DE ARTE

Nosotros, gente de arte, firmantes de este manifiesto, somos hombres libres y por serlo defendemos a todos los pueblos injustamente atacados, como en este momento dramático del mundo, el Estado de Israel. Su pueblo de antiquísima historia y, al mismo tiempo, tan joven como nación, se ha visto enfrentado al más terrible de los problemas: defender su tierra, que es decir defender la base de su realidad espiritual en el concierto de las demás naciones.

Nosotros hemos considerado siempre que el hecho que Israel, después de innúmeras vicisitudes, haya recuperado el legítimo e irrenunciable derecho a ser poseedor de su tierra no sólo representa cumplir con la aspiración de un pueblo sino que parejamente contribuye al progreso de la humanidad.

Por eso, por encima de las circunstancias políticas y diplomáticas, defendemos fervorosamente esa realidad histórica que constituye el Estado de Israel, que desde su creación ha tenido por meta definitiva la convivencia pacífica con todos los países del orbe. La clara evidencia de esto lo demuestra el haber logrado en tan pocos años un perfil singular de país civilizado y atento, por lo tanto, a las mejores esperanzas que siempre, sueña el hombre a través de la historia.

Nosotros confiamos que los dirigentes de todos los países contribuyan a lograr una justa paz para Israel y para todos los pueblos que en este momento están tan sedientos de ella.

BUENOS AIRES, JUNIO DE 1967.

FIRMADO: JORGE LUIS BORGES Y OTROS

Fuente: Diario "El Mundo". Buenos Aires, día 28/06/67.

GERCHUNOFF: EL ESTILO DE SU FAMA

Palabras de J.L. Borges

(...) Como Diderot, como el doctor Johnson, como aquel Heine a cuya memoria ofreció un libro emocionado, Alberto Gerchunoff legó con igual felicidad el lenguaje oral y el escrito y en sus libros hay la fluidez del buen conversador y en su conversación (me parece oírlo) hubo una generosa e infalible precisión literaria (...)

(...) Gerchunoff, tan inteligente, admiraba más la inteligencia que la sabiduría; y en el *Árbol místico del Zohar* —el *Árbol* que también es un hombre, el *Adam Kadmon*—, la sabiduría es la segunda esfera gloriosa de la divinidad y la inteligencia es la tercera. La sabiduría, nos dicen, está en el *Quijote* y en la *Biblia*; esos libros acompañaron a nuestro amigo en sus andanzas por la tierra, “en el tren paciente a Tucumán..., en la plástica silla de tijera, en la cubierta, frente al regocijo del mar”. (...)

Fuente: Jorge Luis Borges: El estilo de su fama. Davar 31-33. Buenos Aires, pág. 105, abril 1951. Disertación retitulada por los editores de Sefárdica.

EL LIBRO DE JOB

CONFERENCIA DE JORGE LUIS BORGES ()*

INTRODUCCIÓN

A pesar de la hospitalidad que siento en ustedes me considero un poco un intruso. Pero hay dos razones que me hacen mitigar esa impresión. Una de las razones es que yo he sido criado dentro de la fe cristiana y la cultura occidental: la cristiandad, más allá de nuestras convicciones o de nuestras dudas personales, es una amalgama de dos naciones que me parecen esenciales: Israel (el cristianismo procede de Israel) y Grecia. Más allá de las vicisitudes de nuestra sangre, de nuestra múltiple sangre, ya que tenemos dos padres, cuatro abuelos, etc. —en progresión geométrica— y ya que Roma fue una suerte de extensión del helenismo, creo que todos, por el mero hecho de pertenecer a la cultura occidental, somos hebreos y griegos.

De modo que algún derecho me asiste hoy al hablar sobre el Libro de Job, aunque ignore la lengua hebrea y aunque no he podido leer el texto original y los Comentarios Rabínicos.

La otra razón sería que el mismo Job —según leemos en las primeras líneas del libro que lleva su nombre— no era hebreo, ya que pertenecía a la tierra de Hus, tierra de idólatras. Hay un gran poeta argentino, autor de un breve poema titulado, “Dios, Job y Satanás”, que consta de seis líneas que trataré de recordar. Creo que son así:

“Entre este mísero judío,
Pobre y ansioso de la muerte
Y un Dios feroz que se divierte
En la eternidad de su hastío,
Satanás, el ángel sombrío
se alza divinamente fuerte”.

(*) *Introducción y conclusión de la conferencia de Jorge Luis Borges publicada por el Instituto de Intercambio Cultural Argentino-Israelí en Conferencias “el Libro de JOB”, Buenos Aires, 1967, págs. 93 a 95 y 99 a 192.*

El poema es hermoso y sería una pedantería decirle a Martínez Estrada, a la sombra de Martínez Estrada, ya que él ha muerto, que Job no era judío, que nació en tierra de idólatras, aunque se lo supone descendiente de Abraham.

Con respecto al epíteto feroz, aplicado a Dios, el verdadero y último objeto de mi conferencia será demostrar que el propósito del Libro de Job es que no podemos aplicar ningún epíteto humano a Dios; no podemos medirlo según nuestras medidas. En cuanto a Satanás, el ángel sombrío, no es tal en los primeros dos capítulos del Libro de Job; es más bien una suerte de inspector divino, un ángel que recorre la tierra para examinar las obras de los hombres y que está en relaciones amistosas con la divinidad ya que conversa con Él. Yo creo que Martínez Estrada se dejó llevar por la connotación maléfica y por la tradición de la palabra Satanás, ya que éste sólo aparece, como he dicho, en los dos primeros capítulos del libro y luego desaparece, no se lo menciona; no es un ángel sombrío, no aparece divinamente fuerte, sino que es uno de los tantos miembros de la reunión que tiene la divinidad con sus ángeles.

He hablado de mi ignorancia del hebreo, ignorancia que espero corregir alguna vez, pero yo he cumplido sesenta y seis años y no me convienen las promesas a largo plazo porque éste es breve; pero en cambio, esta ignorancia mía me ha servido para releer en la admirable versión inglesa del siglo XVII el Libro de Job. Asimismo he leído, siquiera fragmentariamente, la curiosísima, y hoy casi olvidada traducción del Libro de Job del gran poeta español de origen judío —creo— Fray Luis de León. Y un trabajo de otro gran poeta español, Don Francisco de Quevedo y Villegas sobre “La constancia y los padecimientos del santo Job” y no he descuidado tampoco el estudio y la traducción francesa del gran orientalista Renan y algún otro artículo se me ha alcanzado también.

Conclusión: Veamos ahora las tres interpretaciones posibles del texto. La primera es la que prevaleció hasta el siglo XIX. Podría expresarse en unos versos de Quevedo que dicen:

“... y cuidados ansiosos y mortales
cargan, mas no doblegan nobles
cuellos.

Dios está solo encima de los males

y el varón que los sufre encima de ellos...”

El Libro de Job sería así una suerte de fábula del estoicismo; leemos que el hombre debe sufrir y no perder su fe.

El mismo Job dice: “... aunque me mate —refiriéndose a Jehová— creeré en Él...”.

En el tratado de Quevedo “La constancia y los padecimientos del santo Job” él ve, además, en Job una prefiguración de Cristo y de los todavía futuros mártires. Luego llegamos al siglo XIX y entonces se propone otra interpretación de la obra. El tema central de la obra no sería la constancia de Job en medio de sus trabajos sino la explicación del mal. Evidentemente, si Dios es justo, si Dios es omnipotente, ¿por qué existe el mal en el mundo? Leibniz, en el siglo XVIII, buscó explicaciones del mal, imaginó una biblioteca que constaba de mil volúmenes, pero esos mil volúmenes eran mil ejemplares de la Eneida; ahí la Eneida está tomada como libro perfecto. Dice “... esa biblioteca compuesta de mil ejemplares de la Eneida sería inferior a una biblioteca en la cual hubiera, no sólo la Eneida, sino obras muy inferiores a ella; esta segunda biblioteca sería superior en variedad a la primera”. Pero esto no toma en cuenta que los libros, mientras no se leen son cosas muertas, son objetos. En cambio, para un hombre, ser malvado, ser estúpido y ser, acaso, condenado al infierno, es un mal; de modo que este argumento de la variedad no parece muy convincente. Se ha usado, también, un argumento tomado de la pintura; se ha dicho que en un cuadro hay pequeñas zonas oscuras, opacas, y que estas zonas son necesarias para la armonía del conjunto. Se ha dicho que en la música puede haber

discordancias —es el mismo argumento repetido— pero, este argumento carece de valor si pensamos en un ser humano, si pensamos que ninguno de nosotros querría ser el peor volumen de la biblioteca, una discordancia o una mancha oscura.

Descartada la interpretación de que el autor se ha propuesto justificar el mal (además, en el texto, Dios no justifica lo que ha hecho, Dios simplemente confunde su temor y su gloria al pobre Job, no le da absolutamente ninguna explicación), queda la otra explicación que ha sido sugerida por Max Brod, en un libro sobre “Judentum und Christentum”. Es ésta: esos dos pasajes, que algunos han creído interpolaciones sobre el Behemot y el Leviatán, no son tales sino que encierran lo esencial del argumento. Porque Dios, al describir el Leviatán, pregunta: “... quién abrirá las puertas de su cara...”. Es decir, quién se animará a abrir la boca de la ballena y luego habla no sólo de lo extraño que es, sino de su belleza, y compara a los ojos de ese monstruo, mitad zoológico, mitad fantástico, con los párpados de la mañana.

Según esta interpretación, esos monstruos, que no son necesarios al argumento, figurarían allí, no como una prueba de la grandeza de Dios, que es capaz de crear al elefante y a su fuerza y, sin embargo, lo hace comer pasto como a los bueyes y pueda destruirlo, que es capaz de crear a la ballena y matarla; vendrían a ser, de algún modo, por lo mismo que son poderosos, monstruos, sobre todo incomprensibles (ya que no se ve qué razón puede haber para que existan en el Universo que puedan servir a la economía divina), símbolos de Dios.

Según esta tercera interpretación, que creo verdadera. Dios declara, por medio de estas descripciones, que Él es inescrutable, es decir que la naturaleza de Dios no tiene por qué ser comprendida por el hombre. Hablar de la justicia o de la bondad de Dios ya es una suerte de atrevimiento; es aplicar una medida humana a la divinidad. Creo que Huxley dice: “... no hay ninguna razón para que un hombre inteligente en el siglo XX comprenda al universo, es decir, comprenda a Dios” y creo que el verdadero, aunque acaso inconsciente propósito del Libro de Job, fue insistir en lo inexplicable e inescrutable de Dios. Dios no se justifica, declara su poder, evoca los ejemplos del Behemot y del Leviatán, no dice una palabra de la razón de las pruebas a que ha sometido a Job por su diálogo con el diablo.

Es decir, ese libro vendría a ser un libro escéptico, no en el sentido de que se niegue la existencia de Dios, sino en el de que no podemos comprender o medir a Dios: el universo existe, nuestras desdichas y, a veces, felicidades, raras veces felicidades, existen, no sabemos por qué, salvo que hay un sentido moral que nos dice que debemos obrar de un modo y no de otro. Es decir, Job, al ser un varón justo ha tenido razón. Yo creo que esta última explicación es la verdadera. Pero querría recordar, también, antes de concluir, que hay dos maneras de razonar, que un comentarista de Joyce ha llamado: “El pensamiento del día” (day thinking) y “El pensamiento de la noche” (night thinking).

Un poeta romántico, Coleridge, creía que estamos siempre razonando, aun cuando soñamos; él dice “... alguien está durmiendo, siente una opresión cualquiera sobre su pecho, la opresión de su brazo o de una frazada o lo que fuere, y entonces, sin despertarse, inventa una conjetura. Dice: siento una opresión sobre mi pecho porque se me ha acostado encima un león”. Pero esta explicación no se la propone como una hipótesis, sino que le da forma visual; sueña que tiene un león encima y padece una pesadilla. Corresponde a un razonamiento, aunque a un razonamiento falso, y sin duda, débil, ya que el hombre está durmiendo y su inteligencia es muy baja. Pues bien, el pensamiento humano, según Jung, se parecería a los sueños, es decir, la mitología es anterior a la filosofía. En un texto griego leemos que “el mar es el padre de todos los dioses”. Este es un pensamiento mitológico y luego en el período pre-socrático leemos que Tales de Mileto dice “... el agua es la raíz o el origen de todas las cosas...”.

Aquí ya tenemos un pensamiento abstracto, pero la imaginación hebrea, por lo mismo que era muy vívida, estaba acostumbrada a pensar por medio de metáforas, y por eso la lectura del libro de Job es difícil. A veces uno no sigue fácilmente los argumentos: Job y sus amigos no discuten directamente, emplean palabras abstractas, imágenes como aquella que he citado sobre “la patria de nieve”, “los párpados de la mañana” o “el monstruo que puede beber de un trago el río Jordán”. Es decir, en el Libro de Job tendríamos una tentativa, una antigua tentativa de pensar de modo abstracto pero el autor es, ante todo, un poeta, un gran poeta. Tiende a pensar por medio de metáforas. Aun Platón, en aquel admirable diálogo que narra el último día de Sócrates, pasa de los razonamientos a favor de la inmortalidad del alma a los mitos del río Leteo o el Tártaro. Es decir, los

griegos podían pensar en ambos planos: en el de las imágenes y en el de los razonamientos abstractos. En el Libro de Job, el poeta está razonando, pero, felizmente para nosotros, está poetizando. Creo que si hay un libro en el mundo que merece la palabra sublime ése es el de Job.

Es un libro enigmático, no a la manera de Góngora o de Joyce, que los son profesionalmente, se proponen serlo. Es un libro enigmático porque trata de ese enigma que es el universo, que somos nosotros y porque el poeta piensa, naturalmente, por medio de símbolos, de metáforas. Creo, y he recorrido algunas literaturas, que no hay en el mundo un libro más extraño, más inagotable, que el Libro de Job.

He citado tres interpretaciones: la estoica, aquella sobre el origen del mal y la que supone que lo esencial de Libro es lo inescrutable de Dios y del universo. Si esta conferencia sirve para que ustedes releen en el original o en una traducción ese libro infinito, entonces, creo no haber hablado en vano hoy.

ELEGÍA

(FRAGMENTO)

JORGE LUIS BORGES

Las generaciones de Israel estaban en ti cuando me dijiste sonriendo: *Je suis très fatigué, J'ai quatre mille ans*. Esto ocurrió en la Tierra; vano es conjeturar la edad que tendrás en el cielo.

No sé si todavía eres alguien, no sé si estás oyéndome.

Buenos Aires, 14 de enero de 1984.

(* Fragmento de ELEGÍA de "Los Conjurados", Alianza Editorial, 1986, Buenos Aires, págs. 33 y 34 (Escrita con motivo del fallecimiento de Abramowicz, amigo de Borges de la juventud.)

EL ALEPH

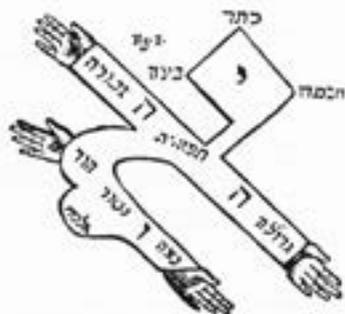
JORGE LUIS BORGES

(...)

Dos observaciones quiero agregar: una, sobre la naturaleza del Aleph; otra, sobre su nombre. Éste, como es sabido, es el de la primera letra del alfabeto de la lengua sagrada. Su aplicación al disco de mi historia no parece casual. Para la Cábala esa letra significa el En Soph, la ilimitada y pura divinidad; también se dijo que tiene la forma de un hombre que señala el cielo y la tierra, para indicar que el mundo inferior es el espejo y es el mapa del superior; para la *Mengenlehre*, es el símbolo de los números transfinitos, en los que el todo no es mayor que alguna de las partes.

El quinto párrafo del cuarto capítulo del tratado *Sanhedrin* de la Mishnah declara que, para la Justicia de Dios, el que mata a un solo hombre, destruye el mundo: si no hay pluralidad, el que aniquilara a todos los hombres no sería más culpable que el primitivo y solitario Caín, lo cual es ortodoxo, ni más universal en la destrucción, lo que puede ser mágico. Yo entiendo que así es (...)

Jorge Luis Borges. Obras Completas. Libro El Aleph. Buenos Aires, pág. 627. Emecé Editores.



Ideograma kabalístico de la letra ALEF

GÉNESIS IV, 8

JORGE LUIS BORGES

Fue en el primer desierto.

Dos brazos arrojaron una gran piedra.

No hubo un grito. Hubo sangre.

Hubo por vez primera la muerte.

Ya no recuerdo si fue Abel o Caín.

UNA PEDAGOGÍA DEL ODIO

JORGE LUIS BORGES

Las exhibiciones del odio pueden ser más obscenas y denigrantes que las del apetito carnal. Yo desafío a todos los amateurs de estampas eróticas a que me muestren una sola más vil que alguna de las veintidós que componen el libro para niños “Trau keinem Fuchs aut gruener Heid und keinem Jud bei seinem Eid”, cuya cuarta edición está pululando en Baviera. La primera es de 1936: poco más de un año ha bastado para agotar cincuenta y un mil ejemplares del alarmante opúsculo. Su objeto es inculcar en los niños del Tercer Reich la desconfianza y la abominación del judío. Se trata, pues, de un curso de ejercicios de odio. En ese curso colaboran el verso (ya conocemos las virtudes mnemónicas de la rima) y el grabado en colores (ya conocemos la eficacia de las imágenes).

Fuente: Revista “Sur”, mayo de 1937.

Interrogo una página cualquiera: la número cinco. Doy ahí, no sin justificada perplejidad, con este poema didáctico: “El alemán es un hombre altivo que sabe trabajar y pelear. Por lo mismo que es tan hermoso y tan emprendedor, lo aborrece al judío”. Después ocurre una cuarteta, no menos informativa y explícita: “He aquí el judío — ¿quién no lo reconoce?—, el sinvergüenza más grande de todo el reino. Él se figura que es lindísimo, y es horrible”. Los grabados son más astutos. El alemán es un atleta escandinavo de dieciocho años, rápidamente caracterizado de obrero. El judío es un turco amulatado, obeso y cincuentón. Otro rasgo sofisticado: el alemán acaba de rasurarse, el judío combina la calvicie con la suma pilosidad. (Es muy sabido que los judíos alemanes son Ashkenazim, hombres de sangre eslava, rojizos. En este libro los presentan morenos hasta la mulatez, para que sean el reverso total de las bestias rubias. Les atribuyen, además, el uso permanente del fez, de los cigarros de hoja y de los rubíes.)

Otro grabado nos exhibe un enano lujoso, que intenta seducir con un co-

llar a una señorita germánica. Otro, la acriminación del padre a la hija que acepta los regalos y las promesas de Sali Rosenfeld, que de seguro no la hará su mujer. Otro, la hediondez y la negligencia de los carniceros judíos (¿cómo, y las muchas precauciones para que la carne sea Kósher? Otro, la desventaja de dejarse estafar por un abogado, que solicita de sus clientes un tributo incesante de huevos frescos, de carne de ternera y de harina. Al cabo de un año, los clientes han perdido el proceso, pero el abogado judío “pesa doscientas cuarenta libras”. Otro, el alivio de los niños ante la oportuna expulsión de los profesores judíos. “¡Queremos un maestro alemán!”, gritan los escolares, entusiasmados, “un alegre maestro que sepa jugar con nosotros y que mantenga la disciplina y el orden. Queremos un maestro alemán que nos enseñe la sensatez”. Es difícil no compartir ese último anhelo.

¿Qué opinar de un libro como éste? A mí personalmente me indigna, menos por Israel que por Alemania, menos por la injuriada comunidad que por la injuriosa nación. No sé si el mundo puede prescindir de la civilización alemana. Es bochornoso que la estén corrompiendo con enseñanzas de odio.

“BASTABA CON VOLCAR EL AGUA, EL VINO Y LA SAL”

REPORTAJE A JORGE LUIS BORGES

En una obra del judeoalemán Martin Buber, “Historia de los Jasidim”, encontramos otra suerte de causalidad mágica. Se trata de una leyenda de los Jasidim, de la secta de los piadosos, donde se cuenta que el emperador de Austria, allá por el siglo XVIII, estaba por firmar un edicto contra los judíos. Esta noticia llega a una aldea perdida de Polonia, en la cual vive un rabino que, en el curso de un día, vuelca un salero, un vaso de agua y un vaso de vino. No se sabe por qué lo hace y él mismo cree que se debió a su propio descuido. Pero luego, al cabo de un tiempo, llega la noticia de que el edicto no ha sido firmado. El emperador estuvo por hacerlo tres veces, y las tres veces, por la torpeza de uno de los secretarios o por la suya propia, se volcó la tinta. Entonces vemos que existía una relación mágica, que bastaba con volcar el agua, el vino y la sal para que se volcara la tinta en el palacio de la lejana Viena.

Fuente: María Esther Vázquez, “Borges, sus días y su tiempo”. Buenos Aires, 1984, pág. 143. Artículo retitulado por los editores de “Sefárdica”.

“HEINRICH HEINE”, DE LOUIS UNTERMAYER

JORGE LUIS BORGES

No hay hombre de letras judío que no dedique un libro a la mayor gloria de Heine. Es un tema académico y su dificultad es tanto mayor si consideramos que Heine —a diferencia de Shakespeare o de Cervantes— deliberadamente explotó las posibilidades ironicopatéticas de su vida y dijo las palabras definitivas sobre su obra. Duro trance para los biógrafos: hallarse anticipados continuamente por el héroe que quieren explicar... *Pour ne pas se faire remarquer*, el poeta judeoamericano Louis Untermeyer (autor de *Leviatán asado*) ha publicado en Nueva York una biografía crítica de Heine. Desgraciadamente, no se ha resignado del todo al desairado papel de repetidor de cosas inmortales. Ha buscado la originalidad. La ha encontrado, ¡ay!, en el abundante manejo de la jerigonza particular del doctor Segismundo Freud. Un ejemplo entre mil: en las páginas de su libro está escrito que hacia 1828 “el joven Heinrich erró por las calles de Hamburgo en un estado de ambivalencia”. Debe de haber sido un espectáculo inolvidable.

Heine salva este libro, como ha salvado tantos otros dedicados a él. Heine es superior a su fama. De su obra poética es habitual no recordar sino algunos latidos exquisitos de *Lyrisches Intermezzo*; esa preferencia es injusta, ya que importa el olvido de las incomparables *Melodías hebreas*, de *Alemania*, de las *Historias*, de Biminí. (¿Habré de recordar que la mejor versión castellana de las *Melodías hebreas* es obra de un poeta argentino, de Carlos Grünberg?)

De las muchas ocurrencias de Heine que ilustran este libro, copio unas cuantas:

“Los alemanes en París tienen la misión de preservarme de la nostalgia”.

“Leyendo un aburridísimo libro me quedé dormido. Acto continuo, soñé que proseguía mi lectura y el aburrimiento me despertó. Eso se repitió tres o cuatro veces”.

A un amigo: “Usted me va a encontrar un poco estúpido. Fulano de Tal acaba de visitarme y hemos cambiado ideas”.

“No, no he leído a Auffenberg, pero sospecho que debe de parecerse a d’Arlincourt, a quien tampoco he leído”.

Fuente: El Hogar, 5 de agosto de 1938, citado por Jorge Luis Borges, Textos cautivos. Ensayos y reseñas en “El Hogar”, edición de Enrique Sacerio Gari y Emir Rodríguez Monegal. Tusquets Editores. Buenos Aires, pág. 256.

HISTORIA DE LOS ECOS DE UN NOMBRE

(FRAGMENTO)

JORGE LUIS BORGES

(...)

Moisés preguntó al Señor cuál era Su nombre: no se trataba, lo hemos dicho, de una curiosidad de orden filológico, sino de averiguar quién era Dios, o más precisamente, qué era. (En el siglo IX Erígena escribiría que Dios no sabe quién es ni qué es, porque no es un qué ni es un quién.)

¿Qué interpretaciones ha suscitado la tremenda contestación que escuchó Moisés? Según la teología cristiana, *Soy El Que Soy* declara que sólo Dios existe realmente o, como enseñó el Maggid de Mesritch, que la palabra *yo sólo puede ser pronunciada por Dios. La doctrina de Spinoza que hace de la extensión y del pensamiento meros atributos de una sustancia eterna, que es Dios, bien puede ser una magnificación de esta idea: “Dios sí existe; nosotros somos los que no existimos”, escribió un mejicano, análogamente.*

Según esta primera interpretación, *Soy El Que Soy*, es una afirmación ontológica. Otros han entendido que la respuesta elude la pregunta: Dios no dice quién es, porque ello excedería la comprensión de su interlocutor humano. Martin Buber indica que *Ehych asher ehych* puede traducirse también por *Soy el que seré* o por *Yo estaré donde Yo estaré*.

Moisés, a manera de los hechiceros egipcios, habría preguntado a Dios cómo se llamaba para tenerlo en su poder; Dios le habría contestado, de hecho: *Hoy converso contigo, pero mañana puedo revestir cualquier forma, y también las formas de la presión, de la injusticia y de la adversidad.* Eso leemos en el *Gog und Magog*. 1

1 Buber (*Was ist der Mensch?*, 1938) escribe que vivir es penetrar en una

extraña habitación del espíritu, cuyo piso es el tablero en el que jugamos un juego inevitable y desconocido contra un adversario cambiante y a veces espantoso.

Fuente: Historia de los Ecos de un nombre. Obras completas. EMECÉ Editores, Buenos Aires, pág. 750

Esta edición fue realizada con el apoyo de



Jorge Luis Borges y María Kodama en Palermo, Sicilia



70 AÑOS
JUNTOS

EDICIÓN 2019

*70 Años de Amistad Israel – Argentina
50 Años de la primera visita de Borges a Israel
120 Años de su nacimiento*

"Uno no puede imaginarse el mundo, uno no puede imaginarse la historia sin Israel. Sin Israel la historia sería distinta..."

"Tomé una decisión. Me dije: ya que he perdido el querido mundo de las apariencias, debo crear otra cosa: debo crear el futuro, lo que sucede al mundo visible que, de hecho, he perdido."



Jorge Luis Borges



EMBAJADA DE ISRAEL
EN ARGENTINA



Esta edición fue realizada con el apoyo de

